COLECCION DE ESCRITORES MEXICANOS

LUIS G. URBINA

LA VIDA LITERARIA DE MEXICO

Y

LA LITERATURA MEXICANA DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Edición y prólogo
de
ANTONIO CASTRO LEAL

TERCERA EDICION

EDITORIAL PORRUA, S. A
AV. REPUBLICA ARGENTINA, 15
MEXICO, 1986

PRÓLOGO DEL AUTOR

En el año de 1910 apareció en México la primera parte de una obra de gran aliento llamada *Antología del Centenario;* y esa parte era el principio de un estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de nuestra independencia nacional.

En el presente volumen está contenido el trabajo crítico que va al frente de la referida obra, y que confío en que tenga por sí solo algún interés para los aficionados a este género de investigaciones.

Mi objeto, al escribirlo, fue el de indicar las alteraciones que sufrieron nuestras formas literarias con motivo de aquel profundo movimiento social y político que se inició en la Nueva España de 1810 y terminó en el México de 1821.

A este trabajo mío siguen, en la *Antología del Centenario,* amplias y nutridas informaciones. En la tarea de recopilación de documentos y datos biográficos, bibliográficos e iconográficos, me ayudaron, con acucioso e inteligente empeño, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel. Mi labor consistió en escoger la parte antológica y en formular juicios rápidos acerca de la época y sus hombres representativos. Nuestros estudios, por circunstancias diversas, quedaron sin concluir y apenas esbozados. No pierdo la esperanza de que otros, o los mismos que los

empezaron, los continúen, porque me parece que un trabajo de tal naturaleza abre un importante camino a las exploraciones históricas y sociológicas de los países hispanoamericanos.

Hoy me atrevo a dar a la estampa mi ensayo para que sirva de antecedente a varios apuntes sobre historia literaria de México, que me he propuesto publicar en breve.

Mi maestro, Justo Sierra, eminente pensador americano y ministro de Instrucción Pública, bajo cuya protección y dirección fue emprendida la *Antología del Centenario,* escribió, a guisa de prólogo, la siguiente página que me es grato y honroso reproducir aquí:

"La obra magna que, en colaboración con los señores Henríquez Ureña y Rangel, ha comenzado a realizar mi amigo Luis G. Urbina, no necesita de mis recomendaciones como no ha necesitado, por cierto, de mi dirección efectiva. Toda mi labor, gratísima sin duda, ha consistido en esto: aprobar un plan de trabajo; oír los informes que sobre su ejecución solía transmitirme mi amigo; interesarme cada vez más en ella; leer, a medida que era redactada, la bella y vivaz introducción con que ha decorado la obra y que no es un simple centón, sino una excursión crítica a través de nuestra literatura vernácula en los comienzos del siglo XIX, en la que del análisis, no somero, pero sí rápido, de las obras de nuestros progenitores literarios, resultan unos cuantos bocetos admirables que hablan, que cuentan una historia de almas, de pasiones y anhelos en un momento supremo de nuestra existencia, en el momento en que bajo la superficie mansa del lago colonial se preparaba, como erupción de volcán, el advenimiento de una patria nueva, de una nueva sociedad, de una mentalidad nueva...

"Los autores de la *Antología del Centenario* han desenterrado muchas memorias sumidas en el polvo secular como en un sepulcro; han hurgado muchos papeles vetustos; han

removido, aunque con manos pías de poetas y literatos, muchas cenizas, y rastreado muchas anécdotas reveladoras, a la vera de vidas próceres. Esta devoción por su obra, este aquerenciamiento con los archivos que custodian —disecada entre las hojas de sus legajos, pero aún perfumada de emoción y de malicia, la primera flor de la poesía puramente nacional— son la mejor recomendación del florilegio que los autores me encargan depositar en la grada más humilde del altar de la Patria: elaborado con las risas candorosas de un pueblo que despertaba a la libertad y a la vida, con los trágicos afanes de los que golpeaban el bronce de las liras en horas de implacables luchas y con ensoñaciones casi nunca realizadas, casi nunca abandonadas, tal es el libro en sus quilates más subidos: es una obra buena y perdurable."

LUIS G. URBINA

I

El día 9 de diciembre del año de 1803 la capital de Nueva España renovaba el suntuoso espectáculo de una solemne ceremonia pública: el descubrimiento de la estatua ecuestre del rey don Carlos IV, erigida, sobre firme y elegante pedestal, en la Plaza de Armas. Ya en el siglo anterior, en 1796, la adulación medrosa del marqués de Branciforte, que quiso congraciarse con el soberano y hacerse perdonar sus turbias relaciones con el favorito Godoy, se había apresurado a colocar, en el mismo sitio, una escultura provisional, de estuco dorado, mientras duraba la obra magna de la fundición, limadura y cincelado del hermoso modelo con que el artista valenciano Manuel Tolsá perpetuó, revistiéndola de la augusta indumentaria de los emperadores romanos, la innoble figura del monarca español. Más de un año duraron las arduas operaciones, que requerían diversos artífices, y en las que Manuel Tolsá hizo "las funciones de escultor, vaciador, fundidor e ingeniero", con sorpresa, admiración y entusiasmo de los habitantes de México.

Por fin, aquel día azul y claro, bajo los ardores de nuestro sol americano, que, aun en los meses del invierno, tiene alegrías primaverales, después de la solemne misa de gracias que se celebró en la Catedral —por ser "día de cumpleaños de la reina María Luisa"— de vuelta al Real

Palacio, el excelentísimo señor virrey José de Iturrigaray, acompañado de la Real Audiencia y demás tribunales, de otros cuerpos ilustres y de la nobleza, que con tan glorioso motivo concurrió al besamanos; asomados a los balcones todos los personajes de la comitiva, y, además, la excelentísima señora virreina María Inés de Jáuregui y el ilustrísimo señor arzobispo Francisco Xavier de Lizana, en medio de un repique general de campanas, sobre el mar de cabezas que alborotadamente colmaba la gran plaza, se rasgó en dos mitades el velo encarnado que cubría la regia efigie, y apareció el bronce reverberante, perfilando en el aire límpido el contorno del caballo magnífico, el grueso torso del jinete, el extendido brazo cuya mano empuña con dignidad el cetro, y, por coronamiento, la testa, a la que pulidos retocamientos no pudieron quitar su aspecto de dueña nariguda y obesa, tocada con la simbólica rama de laurel.

"Inmediatamente —dice la *Gazeta de México*— se le hicieron los supremos honores debidos al original que allí se representaba". Se descargaron diez piezas de artillería, colocadas, de antemano, en el interior de la Elipse, especie de circo diseñado en el centro de la plaza por un zócalo de piedra labrada, sobre el cual se asentaba una verja de hierro. A los costados de la estatua estaban formados en batalla los regimientos de la Corona y de Nueva España. Las músicas de estos cuerpos rompieron en himnos de triunfo.

El regimiento de Dragones de México, que estaba fuera de la Elipse, al mismo tiempo que los otros y que la artillería, saludó el acto del descubrimiento con tres ruidosas descargas. Las aclamaciones sacudieron la atmósfera.

Calmados los vítores, serenada la multitud, el virrey

mandó que fueran abiertas a un tiempo las cuatro puertas de la Elipse, correspondientes a los cuatro puntos cardinales, y el pueblo entró en ella, en nervioso desorden, para satisfacer su infantil curiosidad de ver de cerca, ya en materia definitiva y perdurable, la obra del célebre escultor.

Para solemnizar con mayor decoro el acontecimiento, José de Iturrigaray ordenó también se iluminase por tres noches toda la ciudad, "que se hiciese repique general, paseo público de gala, y demostraciones de regocijo en el teatro". El pueblo se regocijó en una corrida de toros. De todos los barrios, cruzados todavía por canales fangosos, acudió la plebe con su repugnante aspecto de incuria y de miseria, y, rondando la estatua, sentó sus reales en la Plaza Mayor, y allí comió y bebió al aire libre. La aristocracia, durante tres tardes, ostentó sus carrozas en los paseos de la Alameda y de Bucareli.

Currutacos y petimetras lucieron en paseos nocturnos, bajo las portaladas de Mercaderes y Agustinos, su falso y ridículo lujo. Indios y rancheros llegaron, en peregrinaciones, a contemplar el prodigio artístico, de paso para el Santuario de Guadalupe, donde comenzaban ya las suntuosas fiestas de la Virgen. La ciudad entera pululaba de gentío abigarrado y pintoresco.

Los laberínticos pasillos del Parián estaban incesantemente henchidos. Los puestos de toldo de petate y tripié de palo, en donde se voceaban los nombres de frutas o comidas regionales, sembraban, al capricho, el pavimento, en torno de la Elipse.

El pueblo, cuya fantasía infantil quedó herida por la plástica avasalladora de la estatua, empezó a tejer ficciones rudas y cándidas acerca del monumento, y pronto

la musa plebeya hizo correr de boca en boca versos referentes al *Caballito,* como dieron las gentes mexicanas en la flor de apodar la obra del Fidias valenciano, según la hiperbólica expresión de los panegiristas.

Y no diré la poesía popular, sino la facultad musical de la nación hispana, particularmente en la región andaluza; esa facultad casi inconsciente, manifestación idiosincrásica de la raza, de hallar espontánea y fácilmente la expresión rítmica y rimada, y de poner en los cerebros más oscuros una chispa de poesía primitiva; esa facultad, repito, se había extendido y desarrollado como prolífica semilla en terreno fértil, en las clases bajas de toda Nueva España, que habían aprendido el castellano, excepto el indio, que conservaba, con su dulce idioma autóctono, aglutinante y semiflexional, la triste y hosca gravedad de sus costumbres, no modificadas, y de su idolatría apenas transformada en un cristianismo de forma grosera y embrionaria. El cantar callejero, la copla volandera, la aleluya oportuna, la sentencia, versificada, de un proverbio local, fueron siempre constante entretenimiento del pueblo mexicano; marcaron siempre uno de sus rasgos mentales más genuinos y persistentes.

La relación de la ceremonia, escrita por la *Gazeta de México* (7 de enero de 1804) trae este curioso pasaje, que describe con fotográfica fidelidad una faz del estado social de la época:

> Deseando el ilustrísimo señor arzobispo que la pública demostración de amor y lealtad del pueblo mexicano para con su augusto Monarca, en la colocación de la estatua ecuestre, se hiciese más plausible entre sus amadas ovejas, mandó vestir en este día con traje uniforme a más de doscientos niños pobres, que de su orden le presentaron los cu-

> ras de esta capital, sacándolos de las escuelas de sus respectivas parroquias. No contento este digno prelado con testimonio tan expresivo de su afecto a nuestros Soberanos, y de caridad para con los pobres de la capital, quiso también dar una prueba de su ejemplar humildad, conduciendo a dichos niños en procesión hasta la Santa Iglesia Catedral, en donde oyeron de rodillas la Misa de Gracias, y de allí, por entre un inmenso concurso de gentes, al salón del Palacio de los excelentísimos señores Virreyes, quedando Sus Excelencias muy complacidos y edificados con un acto tan tierno y piadoso. De vuelta al Palacio Arzobispal, dio su ilustrísima a cada uno de los niños la limosna de un peso fuerte para que socorriesen a sus padres y familia.

Dice además la relación que el oidor Mier y su esposa obsequiaron al escultor y a su consorte (y no a los niños pobres, como afirman Bustamante y otros) con un "suntuoso banquete" y un tejo de oro de quince marcos de peso.

Lo que no dice la *Gazeta,* y éste es el punto interesante para el presente estudio, es que José Mariano Beristáin de Souza, deán de la Catedral, abrió un certamen literario, con seis premios de cincuenta pesos cada uno, y con un brevísimo plazo de cinco días para presentar las composiciones. Concurrieron a él más de doscientos poetas, y las obras premiadas, con otras muchas, se dieron a la estampa en un opúsculo titulado *Cantos de las musas mexicanas* (1804).

Como se ve, la Iglesia, primera fuerza social entonces, socorría a la infancia paupérrima con una mano, y llamaba con la otra a los hombres de letras. Era públicamente generosa. En la oscuridad de los templos, en el fondo de los claustros, juntaba ambas manos, más que

para orar, para recontar los cuantiosos caudales y para oprimir las pusilánimes conciencias.

Los *Cantos de las musas mexicanas* coleccionados por el canónigo Beristáin son una muestra elocuente de la literatura vernácula al comenzar el siglo XIX. Desde la dedicatoria del coleccionador, campea el estilo enfático y sobrecargado de la poesía española en el siglo XVIII. Un eco de las fanfarronerías pomposas del autor del *Polifemo* suena en aquellas octavas trufadas de adjetivos adulatorios, y construidas con giros de forzada elegancia. Ya en su sermón de gracias, escrito siete años antes con el mismo motivo, en su pomposo sermón del *Caballito,* este orador había desplegado en la cátedra sagrada toda la truculenta riqueza de su literatura y toda su hiperbólica y palaciega adulación.

> Demos un paso más a lo interior de su grandeza —había dicho entonces refiriéndose a Carlos IV—. Tú, Señor, que diste a Carlos Antonio una estatura tan gallarda, corpulenta y sobresaliente como la de Saúl, en señal de la altura y eminencia del solio a que le destinabas; Tú le diste también, como a David, una humildad digna de su elevación; como al hijo de Betsabé un corazón dócil, obediente a tus preceptos y a los de su padre; como a Ezequías un amor tierno por la felicidad de sus pueblos; como a Josías una religión la más pura, y un celo por Tu ley el más vivo y acendrado. ¿Y podré yo, Señor, hablar dignamente de la fidelidad, generosidad y moderación que concediste al Príncipe de Asturias? Carlos Antonio es un don de Dios, y como tal, ejemplo de hijos fieles y de vasallos leales; don de Dios, destinado, por lo mismo, a regir un gran Imperio en los tiempos de las sublevaciones, de las ingratitudes y de los parricidios; don de Dios, lleno del espíritu de obediencia, del espíritu de amor, del espíritu de respeto a su rey y padre dignísimo...

> Carlos IV —¡oh mexicanos!— frecuenta muy a menudo, con indecible regocijo de la Iglesia y edificación de sus pueblos, los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía; Carlos IV no habla a los obispos y sacerdotes con aquel tratamiento de *vos* o de *tú* que la Majestad de sus antecesores acostumbró siempre, sino con otro más respetuoso y honorífico; Carlos IV reza; Carlos IV hace oración; Carlos IV ayuna; Carlos IV canta por las mañanas los salmos de David. ¡Qué ternura para ti, Iglesia Santa! ¡Qué espectáculo tan agradable al mismo Dios! Y para vosotros ¡qué incentivo de amor y de respeto, españoles! Después de un Eduardo de Inglaterra, de un Enrique de Alemania, de un Esteban de Hungría, de un Luis de Francia, de un Fernando de Castilla, y otros que veneramos en los altares, yo no sé cuántos reyes puedan haber dicho con David, literalmente, lo que Carlos IV: *Cantabo et Psalmum dicam domino*. Un rey de este carácter es el que San Juan Crisóstomo deseaba ver para darle el Imperio de la Tierra y de los Mares...

En esta pieza oratoria, la retórica envuelve en una pasamanería chillona el servilismo más hipócrita y ruin. Es todo un retrato moral del hombre que, años más tarde, fulminó sus cláusulas altisonantes contra los autores de la emancipación, contra los revolucionarios. Era, indudablemente, este criollo poblano, uno de los más conspicuos intelectuales de su tiempo: era ilustrado, era cortesano. Activo y enérgico defensor realista, quizá no tan leal como activo, escribió tonantes tiradas retóricas para el periódico y para el púlpito. Ahí están sus artículos en *El Verdadero Ilustrador Americano,* en *El Amigo de la Patria;* ahí está su *Declamación cristiana en la función de desagravios a la Virgen de Guadalupe.* De cualquier modo, todo se le puede, todo se le debe perdonar, porque dejó un monumento de paciencia y de inteligencia en su *Biblioteca hispano-*

americana septentrional, índice literario de tres siglos, muy nutrido y completo, si bien no siempre verídico ni justo, pero sin el cual no es posible hacer estudios sólidos de aquellas épocas acerca de nuestras letras patrias.

Pues bien; como la dedicatoria, todos los *Cantos de las musas mexicanas* (1804), todas las poesías contenidas en esa colección, marcan los distintivos singulares del período de la decadencia literaria española del siglo XVIII: la vacuidad, la hinchazón, el prosaísmo. En América vivíamos un poco retrasados en modas y en literatura; tardíamente nos llegaban ambas cosas de la metrópoli. Es verdad que comenzaban ya los poetas de Nueva España a paladear el gusto francés. La *Poética* fría, atildada y amanerada del buen Ignacio de Luzán Claramunt de Suelves y Gurrea había pasado de mano en mano durante dos generaciones entre la juventud literaria de México; es verdad que el estilo neoclásico de Meléndez Valdés comenzaba a filtrarse entre los plateresco ornatos del culteranismo, y que, aunque poco, influía ya Leandro Fernández de Moratín en la compostura, armonía y proporción del verso y de la prosa: pero en uno y otra quedaban todavía perceptibles los dejos extravagantes de Góngora, las alambicadas circunlocuciones de Baltasar Gracián y los atrevidos arrestos de concepto y de expresión de Francisco de Quevedo. Las formas literarias del siglo XVII se resistían a desaparecer y hallaban arraigo y vida, no ya sólo en los métodos de enseñanza y cultura, sino también en nuestro modo de vivir colonial, en nuestras costumbres, viejas y persistentes, que nos daban el aspecto de una España arcaica al principiar el siglo XIX.

El hecho de que en una población de ciento cincuenta mil habitantes (de los cuales más de la mitad se compo-

nía de turbas de analfabetas, de inculto y grosero pueblo) se presenten en cinco días, a disputarse un premio exiguo y un alto honor, doscientos poetas, demuestra que nuestros grupos de civilización eran esencialmente literarios. Y no, por cierto, fue cosa extraña en la capital de México este fenómeno de entusiasmo poético; recuérdese que en 1585 refiere Bernardo de Balbuena que entraron en un certamen más de trescientos poetas (había más poetas que estiércol, es la frase de Fernán González de Eslava), y que en 1682 la Universidad novohispana celebró un brillante certamen en honor de la Inmaculada Concepción, al que concurrieron, en banda innumerable, liras gongóricas para entonar cantos de artificio y divertimiento, verdaderos juegos de palabras, sonetos ecoicos, octavas de doble rima, estrofas compuestas, a manera de centones, con versos sueltos del lírico cordobés, arregladas y combinadas, como las piedras en un mosaico, para producir la sombra de un oscuro sentido.

Ya, por entonces, la severa mordaza de la regla, la pávida preocupación religiosa, habían hecho enmudecer en la fría celda de su Monasterio de San Jerónimo a la monja apasionada y genial, a la profunda Sor Juana Inés de la Cruz, en cuyos divinos discreteos, en cuyos aéreos y luminosos alambicamientos, como en urdimbres tejidas con rayos de sol, se enredaron para siempre los sueños y los desengaños de un amor misterioso y sin esperanza. En el espíritu de la Décima Musa se anidó el genio más alto de la poesía americana de los siglos coloniales. Tras ella no quedaron sino marañas líricas, ingeniosas y efímeras, no se oyeron sino extrañas canciones, churriguerescas y frágiles, ruidos retóricos, extravagantes y vacíos.

Los conceptistas y los culteranos españoles habían ati-

borrado nuestra imitada literatura de insana exuberancia, de falsas ornamentaciones, de oropelescas y caprichosas joyas, de mal gusto. Como rocío inesperado en los ardores de un jardín veraniego, cayó al mediar el siglo XVIII, en la literatura mexicana, el preceptismo amanerado y gélido, pero sensato y circunspecto, de los rimadores y doctrinarios franceses, con Luzán a la cabeza.

Y las enciclopédicas enseñanzas del fraile benedictino Benito Jerónimo Feijóo, que en su *Teatro crítico* y en sus *Cartas eruditas* discutía con espíritu libre verdades positivas, en aquel tiempo "de paralización científica en España"; y las sátiras agudas y donosas del Padre Isla en su *Fray Gerundio de Campazas,* modelo de estilo claro y fácil y de burla elegante; y las censuras risueñas y hondas de José de Cadalso, en sus *Eruditos a la violeta* —los tres, hablistas diáfanos— fueron lentamente influyendo en los modos de escribir la prosa en Nueva España, sin que pueda afirmarse que por eso perdió nuestra literatura su viejo carácter encrespado, campanudo y pomposo.

El movimiento evolutivo de las letras se había retardado un poco en la América española, donde imperaban aún, en la lírica, como en dominio conquistado, el elegante, sensiblero y almibarado Juan Meléndez Valdés, y con él fray Diego González y, algo menos, los dos Moratín, el grave Nicolás y el pulido y marmóreo Leandro, cuando ya en España anunciaban, con sus clarines de oro, un alba nueva, el arrebatado y radiante Manuel José Quintana y el vehemente y enardecido Nicasio Alvarez de Cienfuegos, ambos transformadores violentos de los moldes poéticos, en los que insuflaron soplos cálidos de Revolución Francesa.

En México se cantaba y se vivía a la antigua. La educación jesuítica marcó profundamente sus huellas en el alma de los colonos españoles, en los criollos y los mestizos que pasaron por las aulas universitarias mexicanas, donde la metafísica sumergía el pensamiento en profundidades de penumbra azul, y la dialéctica era como una malla de razonadas sutilezas. La filosofía escolástica imperaba en toda su magnificencia. Aristóteles y Santo Tomás dividíanse el señorío espiritual. Platón andaba errante, fuera de las aulas, en la mente de algunos pensadores idealistas. A la mitad del siglo XVIII, los jesuitas, consumados latinistas y teólogos, habían influido poderosamente en las orientaciones mentales de Nueva España. Ellos disciplinaron y formaron hombres de la talla de Francisco Javier Clavijero, el historiador; de Andrés Cavo, el autor de los *Tres siglos de México;* de Miguel Mariano Iturriaga, el teólogo; de Diego José Abad, el poeta de la celebrada obra latina *Heroica de Deo Carmina;* de Francisco Javier Alegre, autor latino del poemita épico *Alexandriados* y de la égloga *Nysus*, traductor latino de la *Batracomiomaquia* y de la *Ilíada;* de Agustín de Castro, traductor de Safo, de Séneca el trágico, de Fedro, Horacio, Virgilio, Juvenal, y de Milton, Young y Gessner; autor de una historia de la literatura mexicana y de varios poemas castellanos.

Desterrada la Compañía de Jesús, quedaron, sin embargo, por largo tiempo, sus herencias intelectuales. Quizá una buena parte de ellas tocó al doctor Juan Benito Díaz de Gamarra, profesor de filosofía moderna en México, primer expositor, aquí, de Descartes, Locke y Gassendi; y alcanzó al célebre presbítero José Antonio Alzate, cuyas *Gazetas de literatura* sirvieron tanto como propagadoras de cultura literaria y científica.

En el último tercio del mismo siglo XVIII florecieron, como distinguidos hombres de letras, Luis Montaña, docto en ciencias y artes; José Nicolás Maniau, profesor de teología y filosofía en la Universidad de México, y que, entre otros méritos notables, tuvo el de haber sido protector del poeta Francisco Ortega; Rafael Sandoval y José Ignacio Borunda, que se dedicaron a investigaciones filológicas y arqueológicas sobre la civilización precortesiana, y los hermanos Bruno y José Rafael Larrañaga, estudiosos latinistas y poetas que vivieron hasta más allá de la primera década del siglo XIX.

Pero estos dos últimos, y José Agustín de Castro, y Luis González Zárate, y Casandro de Rueda y Berañejos, y Carlos y Manuel Calderón de la Barca, y los hermanos Francisco y Elvira Rojas y Rocha, y todos los literatos que pasaron de un siglo a otro su bagaje de versos, no hicieron otra cosa sino prolongar la ensordecedora garrulería o el rimado prosaísmo, de cepa genuinamente española, ya un tanto modificados aquí y allá, como dije, por el seudoclasicismo de la reciente escuela.

*

Entre aquella vocería lírica, entrando apenas el siglo nuevo, oyóse de pronto una voz dulce y amable, una voz casi femenina, que entonaba suaves endechas amorosas. Las entonaba con una afabilidad y una cordialidad inusitadas, con un perceptible trémolo de sollozo y un ligero humedecimiento de lágrimas, que llegaban al corazón. Era como si entre la algarabía de las aves de corral se escuchase, a intervalos, el zurear de una paloma en celo. Odas de forma anacreóntica, como entonces se las llamaba, odas

lindas y pulcras, que, aun imitando las del cantor de *Rosana en los fuegos,* tenían un acento muy personal de candor y pureza:

Por la margen de un río
que mansamente corre,
la zagala Clorila
cogiendo estaba flores.
Una le pido, y ella,
tan inocente, entonces,
a escoger, de las que echa
en sus faldas, me pone.
Su confianza respeto;
mas entretanto, dióme
palabra de ser mía
en lícitos amores.
Pasó el verano, vino
el otoño, y conformes
fueron siempre los frutos
a sus honestas flores.
Aprended, zagalejas,
y vosotros, pastores,
a disfrutar placeres
que no son los de Dione.

De estas dulzuras eróticas pasaba la voz a suspirar nostalgias de perdida felicidad, de bien lejano, de vaporoso ensueño desvanecido:

Mortal hipocondría,
que siento como daños
de mis molestos infelices años,
enferma de mi musa la alegría.
Ya no, como solía,
canta de los pastores
inocentes amores:
ya no canta las simples zagalejas
coronadas de flores
tras de blancas ovejas.

Ya no canta ¡ay de mí! la Doris bella
ni la Clori serrana;
ésta grata y aquélla
tan cruel como hermosísima tirana.
Ya le influye otra estrella,
otra estrella de aspecto rigoroso.
Y mudada la alegre perspectiva
del tiempo venturoso,
los males llora de mi suerte esquiva.
¡Ay musa! ¡Desgraciada musa mía!
Tras del alegre canto
vaya tu triste llanto,
al modo que la noche sigue al día.
Este alivio me da en las ocasiones
que el alma dolorida
quiera llevar con menos aflicciones
los *ratos tristes* de mi amarga vida.
Así exclamaba, cuando
en éxtasis quedó mi fantasía:
entonces parecióme que veía
una deidad llorando:
mi misma Musa que invocado había.
Era su rostro ya marchito y feo;
sin luz sus ojos, como amedrentados
al ruidoso tropel de mis cuidados;
su cabellera blanca y sin aseo;
toda su contextura
a la corva figura
de la triste vejez muy semejante.
¡Qué aspecto tan extraño el que tenía!
Pone en mi mano un lúgubre instrumento,
unísono al que pulsa la elegía,
de ébano negro; y en el mismo instante
me echa sus brazos, y con raudo vuelo
por los vientos se sube
hasta entrarse en el seno de una nube,
que le sirvió como de oscuro velo...

Del letargo volví; pero agitados,
como de un grave ensueño, mis sentidos,
levanto hasta los cielos mis gemidos,
en lágrimas los ojos empapados.

¿Quién era ese poeta, que con la miel bucólica de los tiempos de Boscán, clarificada momentos después por el lusitano Montemayor y por Gil Polo, edulcoraba la fruta, insípida antes y de áurea corteza, de la poesía colonial? ¿Qué aliento virgiliano, venido del mismo seno de la Naturaleza, no del oscuro rincón del aula, con fragancia de campiñas en flor, y no con olores de manoseados escolios, oreaba los vetustos arabescos de las ruinas escolásticas?

El *Diario de México,* en 1806, al calce de los *Ratos tristes* puso la siguiente nota: "El autor de estos *Ratos tristes* es el mismo de *Las flores de Clorila.* Se nos ha remitido una carta en que se dice ser natural de la villa de Zamora. Otros dicen que es de Celaya y nosotros hemos dicho que es de Querétaro. Siete ciudades de la Grecia se atribuían el nacimiento de Homero. Sea de esto lo que fuere, poco nos importa. Sus producciones son muy bellas y conservamos varias de las mejores, que se irán insertando".

En la villa de Zamora, hacia mediados de 1768, había nacido el poeta. Había venido a México en su primera juventud y luego, muy pronto, se había vuelto a la provincia de Michoacán, donde tomó el hábito de San Francisco. Bajo las arcadas del claustro de Querétaro, el joven fraile comenzó a soñar silenciosamente y a metrificar sus sueños. Sus estudios de latín diéronle considerable fuerza expresiva y pulieron su versificación. A Valladolid de Michoacán, donde residió mucho tiempo, a Silao,

a San Antonio de Tula, pueblecillo de la intendencia de San Luis Potosí, y al Real de minas de Tlalpujahua, el franciscano fue siempre acompañado de su musa. Tiempo hacía que, antes de que el *Diario de México* diese publicidad a las primorosas anacreónticas, el nombre del poeta sonaba en los grupos literarios. Algunas obras suyas corrían, manuscritas, entre los cultivadores líricos.* El glorioso recién llegado a las letras se llamaba el reverendo Padre fray JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ DE NAVARRETE (1768-1809).

Cuando con suave timidez se decidió a que sus inspiraciones saliesen de la celda, como salen los pájaros de la jaula, el guardián del convento de Tlalpujahua tenía treinta y siete años, gallarda figura, aire bondadoso y manso, y acrisolada fama de virtud.

Con su rostro apacible y sus ojos azules y limpios, suavemente iluminados por la lámpara perenne de una extática fantasía, fray Manuel de Navarrete exteriorizaba los encantos de ternura y serenidad de su espíritu. Son los mismos que caracterizan su poesía.

Entre los adornos de una retórica muy convencional y artificiosa, como la que entonces constituía el primer elemento poético, se sorprenden en Navarrete expresiones vivas, enérgicas, animadas y sinceras.

El sentimiento se revela, rompiendo moldes impuestos y quebrando adornos de papel dorado. Late, por debajo de la tela sonora y meliflua de una versificación marginal, un corazón de hombre tierno y apasionado. Brilla la ima-

* El *Diario de México* comenzó a publicar los versos de Navarrete el 2 de enero de 1806. Ya había hecho mención de ellos Juan Wenceslao Bárquera, en una *carta* publicada el 20 de noviembre de 1805.

ginación rica y verdadera, entre las cuentas de vidrio de un erotismo suave y pulcro.

Meléndez Valdés influye, casi completamente, en la forma poética de Navarrete. El gusto neoclásico, delicado hasta la insinceridad, simétrico hasta la monotonía, frío hasta el aburrimiento, invade casi toda la obra del fraile mexicano.

Sin embargo, entre las nimiedades caseras y las quejas almibaradas, entre los cantos a la pollita de Clori y a los canarios de Lisi, y los lamentos de los pastores de *biscuit* de las églogas, que son una prolongación del italianismo de Garcilaso, se agitan emociones dulces e ingenuas que nos producen ahora, a través de un siglo, la impresión de la realidad bien sentida. Lo que con más espontaneidad canta Navarrete es el amor y la tristeza.

Mejor que en la oda pindárica, que intentó más de una vez, y que en la elegía lacrimosa, recargada de citas mitológicas, y que en los cantos místicos y éticos, su poesía encuentra en la melancólica terneza o en el apacible ardor del idilio las expresiones naturales y hermosas y las imágenes lúcidas y evocadoras.

Siente con mucha intensidad la naturaleza y la describe con brillantes matices. Su silva *La mañana* tiene toques magistrales de colorista.

Allí está mejor el poeta que en los cantos de gran aliento. Un lejano perfume de helenismo da, a veces, a sus pequeñas odas, aristocrático sabor. Los amores que le inspiran son, más bien que pasiones, entretenimientos apasionados, juveniles ansias, devaneos amorosos. Las deidades paganas, con sus simbólicos atributos, cruzan a cada instante por los versos de Navarrete, que, en su neoclasicismo, de ellas se vale como de emblemáticas expresiones.

Cupido, retoza; Venus, sonríe; Jove, el almo padre, es frecuentemente invocado; pasan corriendo las Gracias con las cabelleras desatadas; Pan sopla su agudo caramillo, bajo la frescura de las frondas, y sátiros y ninfas bailan en el claro del bosque, en torno de la fuente, en cuyos cristales arde el sol. Hasta las fábulas de Navarrete toman el aspecto de sátiras antiguas:

Una vieja de ochenta
y un viejo de cien años,
para aumentar el mundo
sus bodas concertaron.
Como dos armazones
de fragmentos humanos
se presentan aquellos
novios apolillados.
A las nupciales fiestas,
como era de contado,
vino el Dios Himeneo
con su cirio en la mano.
Vino la madre Venus,
sus toallas preparando;
y su hijo también vino
y sus harpones trajo.
Cercáronse del lecho,
cuando ya se acostaron,
aquellos esqueletos
en forma de casados.
Y al verlos tan endebles,
tan viejos, tan cascados,
unos a otros se miran
los dioses soberanos.
Apartáronse al punto
Himeneo cabizbajo,
avergonzada Venus,
y Cupido llorando.

Sin embargo, de cuando en cuando, fray Manuel de Navarrete, cediendo a las influencias del medio y al gusto de la época, cae en un prosaísmo grosero, usa expresiones triviales y crudas, imágenes burdas, toscas y mal encubiertas alusiones de sentido soez.

Leed el *Prólogo ingenuo,* que ha pasado a las ediciones del poeta, probablemente, con serios errores tipográficos:

Dirá quien mis versos lea
tal vez sin ningún primor:
váyase el rudo pastor
a cantar allá a su aldea.

Mas para cuando así sea,
desde ora mi musa acuerda
decirle, pues que discuerda
con su oído mi estilo llano:
"Vaya el necio ciudadano
con su crítica a la mi...
re-fa-sol-la. Esto es, a co-
mer con música, que son
dos gustos a un tiempo.

Como acontece a casi todos los poetas mexicanos, no siempre tiene pureza su léxico. Con relativa insistencia se deslizan los regionalismos en la dicción poética; y, por hacerse más familiar, más íntimo, recurre a muy vulgares locuciones mexicanas. Uno de sus pruritos es el de abusar del diminutivo, el de aplicarlo impropiamente, como suele hacer nuestro pueblo:

Heme de holgar ahora
con algunos versitos...

Sí, Cupidillo tierno,
muy mole, muy blandito...

La tortolita tierna
que en jaulita curiosa...

Incurrió también Navarrete en otro abuso: abusó de la sinéresis, como todos o casi todos sus contemporáneos, y gran parte de los que le precedieron: ha sido éste un defecto común, por muchos años, en la poesía mexicana. No romper los adiptongos, darles valor unisilábico, es un vicio prosódico fuertemente arraigado en nuestra fonética americana.

Pero a pesar de sus imperfecciones, que entonces no se reconocían, o no se notaban, o eran perdonadas por

los técnicos, el poeta ejerció, al aparecer, un súbito y vigoroso predominio. Juan Wesnceslao Barquera (llegará la hora de hablar de este hombre laborioso) escribía al *diarista de México* en noviembre de 1805, refiriéndose a las primeras composiciones de Navarrete, insertas en el periódico: "...en ellas verá usted que el lustre y la belleza de esa facultad no es tan extraña de nuestro clima. Bellas producciones del buen gusto que interesarán nuestros papeles y harán el honor del poeta que me las ha comunicado. Alternarán las mías siguiendo sus propias huellas".

Eso hicieron muchos: seguir las huellas de Navarrete, y, por lo mismo, afirmarse en la imitación meléndez-valdesiana es un fervoroso mariano.

La gloria de Navarrete fue como un relámpago: luminosa y breve. Cuatro años duró. En 1809 murió el poeta. No fue tampoco larga su agonía; pero, rápida como vino, le dejó tiempo para cumplir con un escrúpulo de su conciencia; su primer biógrafo lo dice:

> Hallándose en esta situación, hizo salir de su recámara a una señora anciana, que le cuidaba, llamada doña Josefa Silva, con pretexto de enviarla por un medicamento; y, aprovechándose de aquel intervalo, puso fuego a sus manuscritos.*

Tal decisión no era entre los poetas rara en tiempos pasados, ni mucho menos tratándose de frailes y creyentes. La lumbre se comía los secretos. Estas reservadas discreciones, que no parecen ser otra cosa que un excesivo

* *Memoria sucinta de los principales sucesos de la vida de fray Manuel Navarrete, escrita por un íntimo amigo suyo*: figura en todas las ediciones de las poesías de Navarrete.

pudor contra las malignidades del mundo, traen a la memoria los últimos momentos de San Juan de la Cruz, entregando a las llamas las cartas de la Doctora de Avila. "Se sabía —agrega el biógrafo— que perecieron treinta sonetos dirigidos a Anarda". ¿Qué pasó por el ánimo del virtuoso poeta? ¡Quién sabe!

Marcelino Menéndez y Pelayo disculpa los inocentes erotismos del fraile franciscano, atribuyéndolos a prurito de imitación y artificio. A decir verdad, yo veo algo más que el afán literario en la obra de Navarrete, y, más que veo, siento que un alma, delicadamente simpática, revela un poco, descubre a medias sus misteriosas agitaciones de ternura y afecto. Nada real, nada positivo se encontrará tal vez, en lo referente a devaneos amorosos, en la vida de este virtuoso varón. Pero de las reconditeces de su corazón apasionado salen estas voces suaves y castas, estos reclamos de ave, estos versos de dulzura inefable. Los deliquios pastoriles, las aventuras idílicas, no están vividos sino soñados. El Padre Navarrete no amaba a Clori, ni a Filis, ni a Lisi, ni a Anarda; amaba a la ilusión; amaba al amor. Y en la lámpara de su fe, como en un vaso sagrado, caían y se quemaban gotas de poesía pagana, esencias de voluptuosidad y deleite.

Ello es que, en su tiempo, nadie puso reparo a los cánticos eróticos de Navarrete. José Manuel Sartorio, a quien tocó juzgar, como censor, de las odas que, con el título general de *La inocencia,* dedicó el poeta a la Arcadia Mexicana, de la cual fue electo Mayoral, dijo: "¿Quién puede negar su aprobación a estas bellezas tan dignas de salir al público?"

*

El censor que así habló pasaba entonces por uno de los sabios en bellas letras más rectos y juiciosos. Era un hombre lleno de piedad, de bondad y de santidad, el presbítero José Manuel Sartorio (1746-1829). Era también un poeta. Un poeta ramplón, aniñado, humilde.

Cuando hizo el elogio de Navarrete alcanzaba los sesenta años. Había sido alumno de los jesuitas, rector de Colegios, catedrático de historia y disciplina eclesiásticas, capellán de varias instituciones religiosas, examinador sinodal del Arzobispado de México, presidente de Academias de humanidades. Su fama de orador se había extendido por todo el reino. Sin embargo, su vida no había dejado de ser modesta y pobre. No poseía bienes de fortuna; amaba las letras; cultivaba el latín; vivía una vida sencilla, cristiana, amable y pura. Era un cura risueño, afable, nervioso; un imaginativo incansable. Gustaba de hacer versos, muchos versos. Rimaba incesantemente su existencia, hasta en los episodios más baladíes y comunes. Cuando no tenía qué rimar, rimaba las oraciones de sus breviarios. Así, su obra poética resulta caudalosísima; casi toda ella es sagrada y piadosa. Tradujo, glosó, parafraseó, imitó pasajes bíblicos, plegarias cristianas, vidas de santos, letanías, secuencias, antífonas.

Era inagotable, constantemente prosaico, fofo y chavacano.

Una mano amiga, una curiosa gratitud, recogió en 1832 cuantas rimas del Padre Sartorio pudo encontrar. Son muchas. Están coleccionadas en siete gruesos tomos en octavo. Allí se leen, además de las poesías místicas, décimas de encargo, sonetos sobre temas familiares, octavas para felicitación, epigramas insulsos, redondillas para colectar limosnas, epitafios extravagantes, fábulas insustanciales, can-

ciones para despertar a las novicias el día de su profesión; versos sueltos a personas y animales, a damas nobles, a madres abadesas, al arzobispo, el virrey y a un can llamado el *Mono,* y a la "victoria de un perico"; a las caseras, a los pobres que andaban desnudos, a una viejecita que pidió versos al poeta: verdaderas inocentadas todas. Varias de estas fruslerías están escritas en versos latinos. Las más, en castellano de inferior calidad. Se dirían ensayos de un párvulo en una pizarra escolar. Escuchad:

A una viejecita que aseguraba haberme amado desde niño, y me pidió le hiciese un verso para tener consigo una cosa de mi composición.

(Décima extemporánea.)

Puedo, Ignacia, asegurar
que correspondo al cariño,
con que, desde que era niño,
tú me comenzaste a amar.
Ninguno podrá negar
que yo un ingrato sería
si a amor de tanta hidalguía
mi amor no correspondiese.
El verso ya está hecho: cese
de cantar la musa mía.

A OTRO

Hermanito mío querido,
goza el día de tu Santa;
y con alegría tanta
que lo goces muy cumplido
José María Julián,
hijito mío querido,
unos versos me has pedido;
ya te los doy: aquí están.

A UNA COMADRE RELIGIOSA

Luego al instante que supe
que la suerte te me dio
por comadre ¡oh, cuánto yo
me he alegrado, Guadalupe!
Pero sin que me preocupe,
es fuerza que más me cuadre
que apellidarte comadre,
como tu criado servirte
y, como tu hijo, decirte
Madre, Guadalupe, Madre.

Se nota desde luego que tales insulseces están elaboradas de encargo. El Padre Sartorio repartía a sus feligreses versos y bendiciones. La sacristía de su parroquia, a manera de un ínfimo Parnaso, se había convertido en un lugar donde las musas bajas y populares dictaban al bachiller las rimas más tontas. En ocasiones la sátira asomaba su aguijón entre estas florecillas de trapo. Y he aquí que la gracia resultaba ingenua, pero burda:

ALUDE A UN PERRO LLAMADO "EL TERRIBLE"

Contáronme, señora (caso horrible),
que en vuestra casa vive una gran fiera,
a quien su condición brava y severa
mereció que le llamen "El terrible".

Parecióme, por tanto, inasequible
el horror de subir vuestra escalera,
temiendo que el mastín me acometiera
y me hiciera un servicio no sufrible.

Mas sabiendo después que, a hocico abierto,
abrasó solamente entre sus fraguas
las enaguas de Albina: —Ya a cubierto

estoy —dije, saliendo de mil aguas—
no será tan terrible, no, por cierto,
pues acomete sólo a las enaguas.

SOBRE EL BANDO QUE CONDENÓ A CÁRCEL
A LOS POBRES DESNUDOS

Una manta a su cuerpo trae pegada,
y tal vez nada más, la pobre gente;
mas no ofende al pudor, pues finalmente
es su tápalotodo una frazada.

Chupa y calzones lleva una alindada
currutaca persona: es evidente;
mas los bultos descubre impuramente
de partes y trasero. ¡Ay, que no es nada!

No obstante, la celosa policía
perdona a ese tapado descubierto
que más bien la sentencia merecía,

y condena al desnudo, aunque cubierto.
¿Esto por qué será? Juro a fe mía,
que es porque el pobre siempre hiede a muerto.

Aunque docto y severo en sus composiciones religiosas, todo lo que en estos juguetes profanos es vulgar y atrevido, no abandona Sartorio su pedestre y desmañado estilo, y sólo muy de tarde en tarde se perciben, por entre el musitar de beatas de su versificación, algunos cristalinos acordes de harpas bíblicas y una que otra vibración de tiorbas angélicas.

Ensayó este poeta su numen en metros y combinaciones diversas: arte mayor y menor; liras a lo fray Luis; octavas reales, endechas, serventesios, coplas, romances. Y hasta combinaciones rítmicas de raro acento musical, como en

este bello pasaje dialogado, en un *rasgo* dedicado a Nuestra Señora de los Dolores:

MARIÓFILA PARTENIA

M.—¿Oyes, Partenia fiel? Ven; vamos juntas
al monte de la mirra.
P.—En hora buena;
vamos unidas.
M.—¿Y sabes a qué vamos?
P.—A llorar con María.
M.—¿Sabes qué pena?
P.—Muy afligida.
M.—¿Harás por consolarla?
P.—Es madre mía.
M.—¿Y lágrimas bastantes
darás?
P.— Corridas.
M.—¿La aliviarás?
P.— Confía.
M.—¿Pues ya qué nos detiene
para ir a toda prisa?
P.—Hermana, vamos,
y en el viaje que hacemos
mátenos el dolor.
M.—¿Cómo le mostraremos
nuestro sensible amor?
P.—Mariófila, las dos
llorando sin cesar.
LAS DOS.—La podremos ¡oh Dios!
algún tanto aliviar.
P.—Ya oigo de mi adorada
el funesto gemir.
M.—La pena de mi amada
no puedo ni sentir.
LAS DOS.—Almas ¿cuál es aquella,
que de esta Madre bella
comprenda el gran pesar?

Estos versos extraños nos sugieren la idea de que son adaptaciones a un cantò ritual.

Mas después que alguien se ha dado cuenta de labor tan pródiga queda la impresión de haber recorrido un vasto campo árido, un llano extenso, que sólo aquí y allá deja asomar, entre los secos yerbajes de noviembre, el cáliz pálido de una que otra retrasada amapola.

Y este poeta prosaico y fecundo, este émulo de Rabadán, de repente, por obra de una extraordinaria exaltación sentimental, sacudía sus ramplonerías, olvidaba su verbosidad casera, cerraba los ojos ante la vulgar visión de la vida, y prorrumpía en deliciosos himnos de amor sacrosanto, inspirados en la más pura fuente mística, en los cánticos del profeta, en las divinas *fioretti* que en la sombra medieval se mecen acariciadas por brisas del cielo, en los deliquios enfermizos de Santa Teresa, en las contemplaciones luminosas de Luis Ponce de León. Es incorrecto todavía; pero ya no torpe, ni inferior, ni trivial; ya es un verdadero poeta, no exento de los defectos de artificiosa retórica de su época; más expresivo, sincero, embargado por un hondo sentimiento y abrasado por las lumbres del estro. Su fantasía se eleva y la elevación es súbita y prodigiosa. El humilde y sano cura que escribe versos sobre el papel de china en que envuelven su regalo de dulces las viejas abadesas; el abastecedor de décimas de ocasión en las fiestas del barrio; el piadoso juglar que excita la caridad cristiana poniendo redondillas lacrimosas en el plato de las limosnas, sufre inesperadamente una transformación, o, mejor dicho, una transfiguración. Vuela arrebatado en una nube de incienso. Sube de rodillas, con las manos juntas y los ojos extáticos. Por debajo de la sotana le palpitan las alas. ¿Qué ha pasado? Una cosa

sencilla: que canta el amor y el dolor de la Virgen María; que una devoción profunda lo ha vuelto uncioso e inspirado, que es un fervoroso mariano.

Un panegirista del Padre Sartorio, el doctor José María Torres y Guzmán, vicerrector de la Archicofradía de la Santa Veracruz, nos va a explicar el misterio, nos lo va a explicar con fe de creyente y revelaciones de milagro:

> Dos meses contaba de nacido —dice— cuando dio las primeras señales de aquel amor tierno y reverente que siempre conservó a la madre del Verbo Eterno; y que, en sentir de algunos Santos Padres, es un claro signo de la predestinación. Lloraba a todo grito, y se manifestaba bien en él la bilis que lo dominaba, dando malos días y peores noches a sus padres, cuando advirtieron éstos la repentina cesación de sus lloros. Averiguan el motivo, y le ven fijos los ojos en una imagen de la Santísima Virgen. Pero no es una mera casualidad la que lo aquieta a su presencia; las cosas contingentes suceden raras ocasiones; y en él correspondió el éxito a la experiencia todas las veces que se hizo. Se interpone el padre entre su vista y la imagen, y él, inquieto, la solicita y llora hasta que se le descubre. Le traen otra distinta, y sin el niño que aquélla tenía en los brazos, y muestra la misma severidad y se alegra y se sonríe. Se le presenta una estampa de la Señora y da señales del mismo gozo: alarga sus manecitas, la toma y la coloca sobre su corazón, cruzando encima de ella los brazos. Se le pretende quitar y la defiende...
>
> Su padre le dio las primeras lecciones para conocer las letras de nuestro alfabeto, y sin necesidad de la segunda, él las conoció todas, sin equivocar ni una; ya se le preguntasen en el orden que tienen, ya se le colocasen separadas y en desorden. Quiere aquél enseñarle a juntar las letras para formar el vocablo, y, dirigiendo el discípulo su vista a la parte opuesta de la que se le enseñaba, pronuncia por sí solo, y con nueva admiración de su padre, el dulce nombre de María, que en efecto estaba escrito.

Refería el mismo presbítero, don José Manuel Sartorio, siempre bañado en lágrimas, estos pasajes de sus primeros días que fueron el retrato en miniatura de sus futuros años.*

La candorosa hipérbole de este pasaje nos da la clave espiritual del cura de la Santa Veracruz. Aquí aparece, envuelta en credulidad infantil, una predisposición muy marcada: la predisposición al misticismo. Sartorio se creyó un predestinado, un elegido por la Madre de Dios. Y he aquí por qué, en ocasiones, son tan ardientes sus reclamos místicos; tanto, que saborea en ellos un extraño gusto de voluptuosidad pagana:

¡Ojalá sólo a ti ame
y no a vanos objetos mi dulzura!
Pues ea, dame, dame
a beber de tus pechos leche pura,
que ésta me apagará la humosa hoguera
de cualquier otro amor de baja esfera.

Déjame dar mil besos
a esos hermosos pies que me enamoran:
pies puros, pies ilesos,
pies que postrados ángeles adoran;
pies que triunfantes con denuedo vivo,
hollaron de la sierpe el cuerpo altivo...

¡Oh resplandor del cielo,
océano de grandeza desmedida!
Ven a nuestro consuelo,
benigna sana mi inmortal herida,
y con tus dulces pechos virginales
alivia mi afición, cura mis males.

* *Oración fúnebre que en las solemnes honras del presbítero don José Manuel Sartorio... pronunció el doctor don José María Torres y Guzmán...* Imp. de Valdés. México, 1829.

Estas imploraciones, de un evidente sensualismo, nos revelan también el apasionado temperamento de Sartorio. Bien se adivina, bien se siente correr, bajo la blancura de esta vida ejemplar, el fuego de la sangre italiana. Los requiebros y las ternezas a María alcanzan su grado máximo de ardor expresivo:

Sí, mi alma, yo te amo;
mi vida, te quiero;
mis ojos, te adoro;
mi bien, te confieso.

Mi madre, te aclamo;
mi luz, te venero;
mi amparo, te imploro;
mi salud, te aprecio.

Te invoco, esperanza;
te llamo, consuelo;
te nombro, dulzura;
te ansío, refrigerio.

Tú eres mi señora;
tú, mi dulce dueño;
tú, de mis servicios
adorado objeto.

Tú, mi sol hermoso;
tú, mi claro cielo;
tú, mi bella luna;
tú, mi firmamento;

tú, mi jardín noble;
tú, mi alegre huerto;
mi pensil tesalio
y mi campo ameno.

Pero este poeta que, bajo el nombre de *Partenio*, adoró, con fervor tan vivo, al más hermoso símbolo de la castidad y del dolor en la leyenda cristiana, tuvo otro amor tan grande, tan hondo como éste; otro amor por el cual sacrificó el buen cura su reposo, su tranquilidad, su bienestar; otro amor que él cantó, no ya en versificación arrebatadora y arcaica, sino en cláusulas impetuosas, en discursos elocuentes, en improvisadas y ardentísimas arengas: el amor a la Patria. Más de veinte años de su ancianidad inmaculada dedicó este mexicano al servicio de ese otro primer amor. El fue de los primeros, de los pocos que se negaron a hacer del púlpito una tribuna política en contra de la libertad.

La historia literaria puede abandonarlo al terminar el año de 1809. La historia política debe ocuparse en seguir sus pasos, a través de las vicisitudes sociales, hasta el año de 1829, en que el Padre Sartorio entregó, por fin, a María y a México su ya agobiada vida. El mismo la sintetizó, haciéndose su propio epitafio:

Conditus hac vili, jacet en, Sartorius urna. Is fuit Orator, nunc tace, hospes abi.

Oculta bajo de esta
losa triste y funesta
yace el pobre Sartorio.
Fue orador; aplaudióle su auditorio;
mas nunca ha predicado
mejor que ahora callado.
La muerte, en fin, su asunto fue postrero;
oye el sermón, y vete, pasajero.

*

José Agustín de Castro (1730-1811), hijo de Valladolid de Michoacán, alcanzó por estos tiempos inusitada celebridad. Editó, en tres tomos, su *Miscelánea de poesías sagradas y humanas* (1797). En ellas se muestra presuntuoso y prosaico. Eso es lo que se nota, particularmente, en sus poesías religiosas. En las profanas, en muchas de las profanas, usa, con cierta agradable gallardía, de la dialéctica conceptuosa y de la riqueza culterana de los apólogos calderonianos, como en esta glosa:

Tarda la lengua en decir
una fina voluntad,
cuando los ojos la explican
en un abrir y cerrar.

Ama el corazón muriendo,
pero a la lengua ordenando
que diga de cuándo en cuán-
[do
el mal que está padeciendo.

Habla ésta, mas el estruendo
del corazón al morir
no la deja prorrumpir;
con esto vienen a estar
pronta la vista en hablar,
tarda la lengua en decir.

Muere porque a tanto llega
de las ansias el rigor,
cuando la pasión de amor
todos los arbitrios niega.
Muere, y al hacer entrega
de su escondida heredad
¿qué otra cosa en realidad
se halla en los bienes, por [junto
de aquel corazón difunto?
Una fina voluntad.

Con temor, con desconfianza,
es natural proceder
siempre que se ve no haber
en el enfermo esperanza.

Los ojos, pues sin tardanza
las miradas multiplican:
bien su pasión significan;
pero se nota por cierto
que ya el corazón ha muerto
cuando los ojos la explican.

Muere corazón tan fiel,
hallando al fin de sus días
entre las cenizas frías
un pago tirano, cruel.
Triste corazón aquel
que muere por sólo amar,
pues aun no llega a expirar
y ya le está prevenido
el sepulcro del olvido
en un abrir y cerrar.

Además de los habituales defectos prosódicos, tiene también los comunes a los escritores americanos de principios del siglo XIX: provincialismos y giros y construcciones defectuosos. En varias composiciones este poeta trata de enaltecer en la rima la germanía popular y *charra.* Tales ensayos no pasan de ser los loables intentos de emancipación literaria.

En la parte de su obra que él titula *Poesías humanas,* hay varias de tendencia satírica, que no carecen de interés por cuanto que retratan el ambiente colonial:

DIÁLOGO ENTRE LA MARQUESA Y LA CRIADA

—¡Aquí está el chocolate! ¡Qué calor!
—¿Qué horas?
—Las once dadas. ¡Buen dormir!

—¡Guapa ropa me tengo de vestir!
Prevén la cascarilla y el olor.

—Ahí está el peluquero.
—¡Gran señor!
Que se entre al gabinete a divertir;
y dispón el recado de escribir
que voy a contestar a cierto amor.

—Mas... no se pase a Usía...
—¿Qué?...
—Persignar.
—Eso después se hará.
—(Sí; como ayer.)
—Prepara la botica de peinar.

—Ya no hay misa.
—¿Pues qué? ¿Qué se ha de hacer?...
¿Quién es esta madama? No hay que hablar:
un demonio vestido de mujer.

Diálogo entre dos críticos en el paseo

—¿Quién es aquél que corre?
—Pretendiente.
—¿Aquél que da mil gritos?
—Litigante.
—¿Aquél pobre quebrado?
—Comerciante.
—¿Aquél con tantos polvos?
—Escribiente.

—¿El que habla a solas, quién?
—Poeta reciente,
que no puede encontrar un consonante.
—¿Aquél muy charlatán?
—Un estudiante,
tenido por capaz entre esta gente.

—Casa de locos es tan dilatada
que el primero parece sin segundo
según tiene su tema de arraigada.

—¿Locos? No; cuerdos son.
—Yo me confundo.
¡Cuál será de los locos la arrancada
si éstos por cuerdos corren en el mundo!

DIÁLOGO ENTRE LOS MISMOS CRÍTICOS

—¿Quién es aquel *fachenda?*
—Un don Aquel.
—¿A qué horas está en pie?
—Salido el sol.
—¿Cómo sus letras son?
—De Facistol.
—¿Cuáles sus facultades?
—De oropel.
—¿Pretende algún destino?
—Hacer papel.
—¿Qué puchero es el suyo?
—Pura col.
—¡Qué piernas tan delgadas!
—De fistol.
—¿Y así andará en retratos?
—El, por él.
—¿Es casado?
—Con una tal por cual.
—¿Qué tal es su expediente?
—Muy civil.
—¿Cómo su raciocinio?
—Garrafal.
—¿Tan escasa es su luz?
—La de un candil.
—¿La mantiene el marido?
—No, el rival.
Casados de este jaez conozco mil.

Otro colaborador del *Diario de México,* al mismo tiempo que lo eran Navarrete y Sartorio, es ANASTASIO DE OCHOA Y ACUÑA (1783-1833). En 1806 aparece, en el periódico que acabo de nombrar, su primera composición: es satírica. Oídla: no está contenida en la obra que con el título de *Poesías de un mexicano* publicó el autor en Nueva York (1828):

¿Con una tinta que venden
exquisita en el Portal,
dizque se curan su mal
los que de cisnes se ofenden,
y que ser cuervos pretenden
con presunción extremada?
—*No sé nada.*

¿Dizque es el gasto crecido,
que hacen hombres y mujeres
en perfumes y alfileres;
y de la coqueta, ha habido
mil quejas, porque ha subido
el precio de la pomada?
—*No sé nada.*

¿Y del Parnaso un espía
dizque avisó que en el *Diario*
se encontró más de un plagia-
que lucirse pretendía [rio
con lo ajeno que cogía,
siempre la boca callada?
—*No sé nada.*

¿Dizque dice tales cosas
con su insulsa redondilla
esta pequeña letrilla,
que a unos parecen graciosas
y a otros son tan fastidiosas
que el oírlas les enfada?
—*No sé nada.*

Muy joven era Ochoa; contaba veintitrés años cuando publicó estos versos, que muestran su afición por un género en el que había de sobresalir.

El insigne Menéndez y Pelayo lo prefiere humanista y alaba su traducción de las *Heroidas,* de Ovidio, de la cual dice que es bella, muy exacta, a veces muy poética, y con cierto suave abandono de estilo que remeda bien la manera blanda y muelle del original.

En efecto: Ochoa fue un excelente latinista, como lo comprueban esa y otras traducciones de los poetas clásicos, y los fragmentos de los *Heroica de Deo Carmina*

del mexicano Abad. Desde muy niño, según aseguran sus biógrafos, Ochoa estudió latín, y su paso por el Colegio de San Ildefonso y por la Universidad debe de haberle afirmado hacia su favorita inclinación por la lengua matriz.

Pero no es Ochoa un humanista seco y avellanado, de sabor arcaico, de estilo sin jugo, de construcciones rígidas, de trasposiciones latinizantes. No es un enfático y académico *latinoparlante*, a la usanza de la época. Es en todo y por todo un verdadero poeta.

No vuela mucho ni muy alto; pero si vuela con mesura y gallardía. Encuentra, a cada paso, expresiones elegantes y agradables eufonías. Es un poeta de su tiempo: artificioso y retórico, con ecos de Iglesias de la Casa, y marginales de las anacreónticas neoclásicas. Mas, sin dejar de rendirle el tributo a la moda literaria, a que tan pocos espíritus pueden sustraerse, Ochoa lleva más lejos sus imitaciones, las remonta a los Siglos de oro y es, se le conoce, un asiduo lector de los poetas andaluces del siglo XVI, de Jáuregui, de Caro y Andrada (probablemente ambos bajo el nombre protector de Rioja), y de los de otras escuelas: De la Torre, Cristóbal de Castillejo, los Argensolas.

Es indudable que Lope lo impresionó, lo sedujo. El famoso sonetista *Tomé de Burguillos,* el estupendo Lope, es para Ochoa un ejemplo constante. Lo sigue: trata de acercársele y de reproducirlo. Algunas veces copia, con fría gracia, el modelo. Y así, por ejemplo, de aquel juguete artístico tan celebrado y comentado, "Un soneto me manda hacer Violante..." Ochoa intenta hacer otro juguete, menos donoso, pero no exento de bizarría y arrogancia:

¡Catorce versos! Mas está el *primero;*
pasemos al *segundo;* no va malo.
El *tercero*... aquí es ello; mas lo igualo
y con el *cuarto* ya es cuarteto entero.

El *quinto* ¡qué primor! salió sin pero;
síguese el *sexto;* bien, si lo acabalo,
al *séptimo* sin pena me resbalo
y me paso al *octavo* placentero.

Respiremos, en fin: el *nueve* es éste,
tan fácil como el *diez;* y este terceto
acabe el *once* cueste lo que cueste.

¡Quién lo creyera! el *doce* está completo.
¿Y el *trece?* ¡Apolo su favor me preste!
El *catorce* ¡oh placer!... Ya está el soneto.

No en inspiración ni en fantasía, que, particularmente en el género erótico, eran escasas en Ochoa, pero sí en arquitectura métrica igualaba y aun superaba a sus contemporáneos de México. Pocos son sus descuidos y dependen en su mayor parte de modismos y fonetismos regionales que afean la dicción o trastornan con disonancias desagradables la música del verso.

Pero en muchas rimas, en composiciones enteras, su prosodia es perfecta, y correcto y rico su léxico.

Por las poesías serias es menos conocido y estimado que por las humorísticas y jocosas.

Es ésta una injusticia explicable. Era natural que fuera más popular en aquello en que más se acercaba al alma de la colectividad, inepta para apreciar las hermosuras del humanista, y apta, en cambio, como pocas, para saborear el dulce veneno de malicia del poeta burlesco, que ridiculizaba tipos y costumbres de antaño con epigrámico donaire.

Aquí Ochoa sigue siendo, como en sus obras serias, un notable copista, aunque resulta más espontáneo, genuino y sincero en producir la vena satírica. Ya dije que Iglesias de la Casa fue uno de sus autores favoritos; pero, por paralelismo a sus graves modelos, no dejó, o dejó muy pocas veces, de acordarse de aquel risueño poeta, cuyo maravilloso gracejo representa y revive aún toda la intencionada jovialidad de una raza y de una época: Baltasar del Alcázar. Aquí y allá se sorprenden, en Ochoa, rasgos de aquel generoso humor del soldado español, y también alientos, reminiscencias y parodias, del agrio y punzante Góngora, y de Quevedo el truhanesco y desenfadado burlador.

Las festivas caricaturas de Ochoa son, por lo general, muy mexicanas, muy regionales, hechas algunas sobre frases y modismos locales, de que aún se conservan huellas en nuestras conversaciones familiares. Ochoa no logró que se desplegasen en franca risa los labios adustos de Menéndez y Pelayo.

No comprendió este crítico eruditísimo la razón de las estrepitosas carcajadas que nos arranca la lectura del satírico mexicano. Y es que el célebre polígrafo no puede darse cuenta, como nosotros, de la fácil y encantadora naturalidad, de la precisión y del tino con que está retratada nuestra vida social, y con que están pintadas, a líneas caricaturescas, las gentes coloniales: el currutaco pedantesco, la coqueta pirraquita, la doncella descocada, el perverso cócora, la vieja emperifollada, el rábula mentecato.

El *Atanasio de Achoso,* el *A. O.* y *Ucaña, El Tuerto* del *Diario de México,* hacían las delicias de los suscriptores de este periódico. Todos ellos eran sólo el disfraz

del severo Ochoa, que solía poner a su bonete de párroco los alharaquientos cascabeles de Momo.

Además de las *Heroidas,* de Ovidio, tiene Ochoa otro extenso trabajo de traductor: el *Facistol,* de Boileau Despreaux.

*

Estos eran los estilos y formas, alrededor de los cuales se agruparon, para constituir núcleos de género literario, los poetas líricos mexicanos antes de 1810: el amatorio, el bucólico, el religioso, el satírico. Los prosistas, como ya lo expresé, seguían los rastros de Jovellanos, Isla, Feijóo y Cadalso, o bien se remontaban a Gracián y Quevedo, y tal cual emprendía el vuelo hasta Cervantes.

La cátedra sagrada, importantísima rama literaria, que no me es dado estudiar aquí detenidamente, se resentía, aún, en principios del siglo, del galimatías gongórico que lo contaminó en el XVIII. A la nueva era habían pasado las voces enigmáticas y pedantescas de la secta gerundiana.*

* Muchos fueron los oradores sagrados en México de 1800 a 1821. No renovó las glorias de Lorenzana ninguno de los tres arzobispos, hijos de España, que ocuparon la sede de la capital del virreinato desde 1802, año en que Lizana y Beaumont sucedió a Núñez de Haro († 1800), hasta 1821, fecha en que, sin renunciarla, la dejó vacante para muchos años del terco Pedro José Fonte. Como oradores se señalaban en esta época, entre los mexicanos, además de Beristáin, Sartorio, fray Servando Teresa de Mier, y Bringas Encinas (a quienes me refiero en el presente estudio), el doctor José Nicolás Maniau, ya mencionado; el doctor Guridi Alcocer, conocido como figura política; el doctor Gómez Marín, el satírico de *El Carrutaco* por *alambique;* el Padre Nicolás de Lara, el Padre José Loreto Barraza, el doctor José Ignacio Heredia, fray José María Orruño Irasusta y el Padre Díaz Calvillo, conocidos también por sus folletos políticos;

Y poetas, prosistas, oradores eran un tardío reflejo de la Metrópoli, una reproducción retrasada de España, una rezagada manifestación de nuestras inevitables relaciones mentales con el pueblo que, mezclándose al indígena, produjo esa nueva unidad étnica: el mexicano, con caracteres antropológicos distintos de los de sus progenitores, pero con el idioma del conquistador, idioma rico, enérgico, preciso; lenguaje robusto y, a la vez, admirablemente flexible y sonoro, que lo liga para siempre a la expresión latina, y, por lo mismo, influye de un modo poderoso sobre su siquis, sobre las modalidades características de su percepción y de su afectividad.

Por el viejo y sólido acueducto hispano nos llegaron las linfas claras y resonantes de la literatura francesa

el doctor José Demetrio Moreno Buenvecino, el Padre José Pichardo, fray Luis Carrasco, el doctor José Alejandro Jove, el Padre José Mariano Ponce de León, el Padre Vicente Alnaldo, el Padre Vasconcelos y Vallarta, y Antonio Joaquín Pérez, que llegó a obispo de Puebla. En segundo orden se citan otros muchos mexicanos, tales como el doctor Alcalá y Orozco, fray José Miguel Aguilera, el Padre José Victoriano Baños, el canónigo Sebastián de Betancourt, fray Francisco Calvo Durán, el doctor conde de Pineda, fray Manuel Díaz Castillo, el canónigo Díaz Ortega, el Padre José Nicolás Flores, el Padre José Ventura Guareña, el canónigo Lema, el Padre López Torres, fray Antonio Narváez, fray José Nava, el Padre Francisco Patiño, el doctor Peña Campuzano, el Padre José María Sánchez, el Padre Juan José Sandi, el Padre Torre Lloreda, el doctor José Mariano Vizcarra. Hay que tomar también en cuenta a los oradores sagrados de procedencia extranjera, que por entonces se daban a conocer en México, entre los cuales figuran, en primera línea, dos interesantes personajes históricos: Abad y Queipo, y el insigne peruano fray Melchor de Talamantes. Otros españoles deben citarse junto a ellos: fray Ramón Casaus, el obispo de Oaxaca; fray Francisco Aguilar, el doctor Alcaide y Gil, el doctor Manuel Bárcenas, el doctor José María del Barrio, fray Dionisio Casado, el doctor González de Candamo, fray Bernardo González Díaz, el Padre Francisco Fernando Flores, el doctor Benito Moxó, fray Francisco Núñez y fray Francisco de San Cirilo.

neoclásica. Por medio de Luzán supimos de Boileau y de Rapin; por medio de Samaniego nos impresionaron las fábulas de moral caprichosa de Lafontaine; por medio de Moratín conocimos a Molière, y por medio, en fin, de los escritores que propagaron el gusto francés, nos contagiamos de esa aborrecible enfermedad léxica que se ha hecho endémica en la América española: el galicismo.

Los medios de popularización de las bellas letras, de 1800 a 1809, fueron el periódico y el folleto. Este, sobre todo, constituía un importante vehículo literario. Es innumerable la cantidad de cuadernillos que circulaban, y que, escritos en prosa o en verso, contenían desde algún sesudo estudio sobre graves materias, excepto política, hasta un romance de ciego satirizando personas, tipos o costumbres.

Las antiguas *Gazetas,* periódicos de vida escasa e intermitente, se establecieron en Nueva España en el siglo XVII, y eran entonces hojas de noticias que se publicaban cuando llegaban a Veracruz barcos de España.

El estudio del eminente Joaquín García Icazbalceta sobre *Tipografía mexicana* trae datos sugestivos y curiosos acerca de los orígenes coloniales de las *Gazetas.* Eran esperadas éstas con la ansiedad con que se esperaban las naos de China que venían por Acapulco cargadas de seda oriental y de cerámica mongólica.

Ello es que en el último tercio del siglo XVIII se dieron a la estampa el *Mercurio* de Bartolache, los cuatro periódicos de Alzate, y, ya regularmente, con quince o veinte días de intervalo, la *Gazeta de México,* dirigida por Manuel Antonio Valdés, poeta religioso y político de muy poco aliento, y tal vez el primer hombre de sentido pe-

riodístico verdadero. En la alborada del siglo XIX no quedaba en Nueva España sino esta sola publicación, constituida en órgano oficial del Virreinato para dar a conocer, además de las noticias extranjeras, algunas del interior del país, disposiciones gubernativas y bandos y ordenanzas municipales. Aunque escasos, no faltaban una que otra vez trabajos literarios y científicos.

*

En 1805 el doctor JACOBO DE VILLAURRUTIA y el licenciado CARLOS MARÍA DE BUSTAMANTE, previo permiso del virrey Iturrigaray, fundaron el primer periódico diario de Nueva España: el *Diario de México.*

Villaurrutia, notable letrado, adelantándose a los conocimientos ortográficos ambientes y mostrando una gran sabiduría en la fonética castellana que es casi una clarividencia, puesto que cien años después la comprueba el insigne *fonologista* Fernando Araujo en estudios científicos superiores, quiso que se escribiese el prospecto del flamante *papel* suprimiendo de los vocablos las *aches* mudas, las úes después de cada q, etc., con lo cual tuvo por mira simplificar el valor representativo de los signos gramaticales.

En ese prospecto se expresa el objeto del periódico y el orden y la calidad de los asuntos que trataría: 1o. Avisos del culto religioso.—2o. Decretos y disposiciones gubernativas.—3o. Noticias de causas judiciales importantes.—4o. Noticias de ciencias y artes.—5o. Noticias comerciales.—6o. Necrologías.—7o. Anuncios de diversiones públicas.—8o. "Habrá un artículo de varia lectura, que unas veces hablará al literato retirado, otras

al proyectista bullicioso; ya al padre de familia, ya a las damas melindrosas; tan pronto se dirigirá al pobre como al rico, y se dará lugar a las cartas, discursos y otras composiciones que se nos remitan, siempre que lo merezcan, que puedan servir de diversión, cuando no traigan otra utilidad, y que guarden las leyes del decoro, el respeto debido a las autoridades establecidas, que no se mezclen en materias de la alta política y de gobierno (en que por lo común yerran groseramente los que las tratan fuera de los únicos puestos en que pueden verse por todos sus aspectos) y que no ofendan a nadie. Y también se insertarán los epigramas, fábulas y demás rasgos cortos de poesía que no contengan personalidades y sean dignos de imprimirse".

Una gran ayuda, un gran estímulo fue para la literatura el *Diario de México.* Es la exacta fotografía de la vida ciudadana, no tanto en su aspecto oficial como la *Gazeta,* sino en el familiar y callejero, en el social, y también en el intelectual. El *Diario* dio a conocer, acogió, prohijó, empolló a los escritores que iban a llenar el primer tercio del siglo XIX.

En él hizo sus primeras armas en la Prensa quien había de dar a ésta un extraordinario impulso: el licenciado JUAN WENCESLAO BARQUERA, incansable escritor público, tan activo como Bustamante, emprendedor, atrevido, dispuesto a la lucha, incorrecto pero fecundísimo, de ilustración enciclopédica, aunque superficial, no exento de gracia en sus burlas ni falto de intención en sus malicias, individuo de significación y relieve en la historia del periodismo mexicano.

Colaboradores del *Diario de México* fueron: Navarrete, Sartorio, Ochoa, Beristáin, Mariano Barazábal, Ra-

món Quintana del Azebo, José Victoriano Villaseñor, Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, Juan María Lacunza, José Mariano Rodríguez del Castillo, Juan José de Güido, José Antonio Reyes, Pedro Cabezas, Juan de Dios Uribe, el licenciado Francisco Estrada, el doctor Antonio Uraga, Antonio Pérez Velasco, Joaquín Conde, y otros muchos cuyas firmas se ven con menos frecuencia que las de aquéllos, pero entre quienes deben contarse personajes como el insigne guatemalteco Antonio José de Irisarri, en 1806, año que pasó en México.

La primera página del periódico se cubría siempre con poesías, ya originales, ya copiadas, muchas veces comentadas, anotadas, analizadas. A esta publicación recurrían los aficionados de las provincias lejanas, en busca de refugio para sus ensayos literarios. Y los versos y los artículos iban marcando una singular tendencia: la adaptación.

Los jóvenes poetas mostraban un vago deseo de dar carácter nacional a las formas, estilos y géneros de que se valían para la expresión de su pensamiento, de mexicanizarlos por medio, no sólo de alusiones a las costumbres coloniales y del uso de nombres de cosas del país, hechos por lo común con palabras indígenas castellanizadas, sino también recurriendo a la descripción del aspecto físico de nuestra tierra, de sus paisajes típicos, de sus campos de agave, de sus diáfanos horizontes, de sus blancos volcanes, grandiosas leyendas prehistóricas cubiertas de nieve.

La intención era buena; pero, en lo general, los resultados no correspondieron a la intención. Copio aquí una anacreóntica *Al pulque:*

Si el vino se ha acabado,
dame pulque, mancebo;
también el pulque es don
del gran padre Lieo.
¿No ves cómo se me hinchan
las venas al beberlo?
¿Cómo se enciende el rostro,
cómo me late el pecho?
Pues advierte ora en mi alma
un entusiasmo nuevo,
cual no inspiró jamás
la trípode de Febo.
Ya alrededor de mí
girar el mundo veo;
ya la tierra a mis ojos
se cubre de humo denso;
ya mis piernas vacilan
me tiembla todo el cuerpo;
para apoyar mis pies
me va faltando el suelo.
¡Oh Baco! Tú me encumbras
hasta los altos cielos.
Urania, docta musa,
¡oh ninfa del Permeso!
reconoce el olivo
que en esta frente tengo.
Tu sacerdote soy
y he quemado mi incienso
a la falda del Pindo
y del Parnaso excelso.
Haz que conozca yo
mejor que Tolomeo,
los nombres y los giros
de estos globos de fuego.
¿Qué es esa mancha blanca
que desigual advierto
entre la Osa Mayor
del Olimpo soberbio?
¿Es pulque derramado?
Pero no: soy un necio;
conozco la Vía Láctea,
de su origen me acuerdo.
Perdona, sacra Juno,
si a comparar me atrevo
el jugo del maguey
al néctar de tu pecho.
La razón me ha faltado,
yo mismo no me entiendo.
¡Tal me han puesto los dones
del gran padre Lieo! *

* J. M. M., *Diario de México,* 8 de febrero de 1806.—No son éstos los únicos versos al pulque: en el mismo *Diario* pueden encontrarse otra anacreóntica anónima (20 de abril de 1807), un *Himno* firmado *Homitquil* (24 de mayo de 1810) y un soneto firmado *El apasionado de los muertos: Trianguli pico minaticis* (30 de abril de 1815). Sobre el mismo asunto hay también sendas anacreónticas de José María Moreno *(Poesías,* Puebla, 1821) y de Juan José Lejarza *(Poesías,* México, 1827): las anacreónticas de este último, además, están llenas de alusiones al *mexicano néctar,* al cual la musa virgiliana de Bello tributó elegante elogio, sin conocerlo quizá.

El hábito naciente de celebrar en versos (manchados siempre por cierto sello de grosería como distintivo) el licor indígena se perdió pronto, afortunadamente.

Pero en la época a que se contrae este estudio no es de extrañar que el pulcro Ochoa pusiera esta significativa nota a su

Otra demostración de este esfuerzo de emancipación literaria se observa en las fábulas y en las sátiras. En las fábulas, la fauna y la flora mexicanas son las que, de preferencia, sirven para las representaciones apológicas; y en las sátiras abundan las locuciones y modismos de nuestro pueblo, y hasta sus característicos defectos de pronunciación.

En suma, el *Diario de México* se constituyó desde 1805 en órgano principal de la literatura mexicana. Gracias a su estímulo, pudo formarse en la capital del Virreinato una sociedad de bellas letras: la Arcadia de México, tomando por modelo, como todo lo que aquí se implantaba entonces, una sociedad artística española.

Leopoldo Augusto de Cueto, en su celebrado *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*, nos da una idea de lo que fueron estas *Arcadias:*

> La academia de los Arcades —escribe— formalmente constituida en 1790 por Crescimbeni, poeta con razón olvidado (pero en realidad creada antes, en el Palacio Corsini de Roma, por Cristina de Suecia, aquella reina esclarecida que, ansiosa de civilización, llevó a su lado a Descartes y a Grecia, y rindió sin tregua culto sincero a las conquistas de las ciencias y a los hechizos de las letras y de las artes) caracteriza la decadencia del verdadero sentimiento poético. Esta *Academia de los Arcades, la más famosa* de Italia *por mérito y por desprecio* (expresión de César Cantú) tuvo por objeto poner coto a los extravíos del gusto *marinesco*. Mas no hizo, en verdad sino trocar el delirio por el fastidio y desarrollar ridículamente la moda pastoral, que, hija degenerada de la imaginación de Sannazaro, que había dado a la Arcadia griega

oda *Del agua (Diario,* 20 de septiembre de 1807): "Ya nuestros poetas han cantado el vino, y no se han olvidado del pulque, vaya ahora algo al agua."

una forma ideal, produjo tanta insulsez y amaneramiento en la poesía. Doce hombres insignes fueron escogidos para la formación de las leyes académicas de los *Arcades,* entre ellos el sabio deán de Alicante don Manuel Martí. Todos ellos se reunían en el *Bosco Parrasio* del Monte Janículo, donde emblemas, usos académicos y tareas poéticas, todo tenía un carácter por demás risible y candoroso. Estaban contagiados del espíritu de afectación y de artificio que había corrompido las letras, y da de ello manifiesto testimonio la pueril descripción de designar a los *Arcades* con nombres más o menos griegos, a veces en sumo grado extravagantes, con lo cual se daban por alistados entre los pastores de la Arcadia. Desde el de *Alfesibeo,* que adoptó Crescimbeni, hasta los que usa todavía esta hoy anacrónica Academia ¡qué lista tan singular de exóticos nombres, tan extraños a veces por su sonido y siempre por la ficticia transformación personal que suponen! ¡Prelados, cardenales y hasta Pontífices, transformados en pastores de Arcadia, siempre tan amartelados, tan disertos y tan insípidos! El éxito maravilloso de esta Academia fue la consagración de aquella plaga de poetas pastoriles que se inspiraban en su gabinete, sin ver más cielo ni más campo que la pared o el tejado de la casa vecina, y de aquella moda irrisoria que convertía entre nosotros al respetable Jovellanos en *El Mayoral Jovino,* al rígido magistrado Forner en *El zagal Fornerio,* al severo canónigo Porcel en *El caballero de los Jabalíes,* y al grave don Jaime Villanueva en *El pastor Jamelio.*

Los principales literatos que escribían en el *Diario de México,* desconocidos, los más, antes de 1805, formaron hacia 1808 la Arcadia de México, por idea de José Mariano Rodríguez del Castillo, quien da cuenta de la fundación en el número del *Diario* del 16 de abril del citado año de 1808. Los primeros Arcades, según lo dice el artículo de Rodríguez del Castillo, fueron *Delio* (José Victoriano Villaseñor), *Damón* (Anastasio de Ochoa y

Acuña), *Batilo* (Juan María Lacunza), *Anfriso* (Mariano Barazábal) y *Amintas* (el mismo articulista); poco después se les agregó *Dametas* (Ramón Quintana del Azebo). Rodríguez del Castillo da cuenta *(Diario,* 23 agosto 1809) de que más tarde ingresaron a la Arcadia Fray Manuel de Navarrete, a quien se eligió *Mayoral;* Manuel Manso, con el nombre de *Alexis,* y el guatemalteco Simón Bergaño y Villegas, que no tomó nombre pastoril. Navarrete tampoco eligió nombre de árcade, aunque en sus versos se llamaba a sí mismo *Silvio,* y Mariano Barazábal le llamó *Nemoroso (Diario,* 20 marzo 1808 y 28 septiembre 1809). La temprana muerte de Navarrete dio ocasión en el mismo año de 1809 de que se discutiera quién debía sucederle como *Mayoral;* el sucesor fue al fin Francisco Manuel Sánchez de Tagle. Pertenecieron a la Arcadia, además, *Guindo* (el militar Juan José de Güido, residente en Veracruz), *Fileno* (de quien sólo se conoce el anagrama *P. F. José Leal de Gavie)* y, probablemente, *El zagal Quebrara* (Juan Wenceslao Barquera), *Mopso* (el doctor Agustín Pomposo Fernández de San Salvador), *Partenio* (el Padre Sartorio), *Marón Dáurico* (el militar español don Ramón Roca) y varios versificadores no identificados hasta ahora: *Palemón, Mirtilo, Fisnaro, Antimio* (que no es Ochoa, como ha solido creerse). Más tarde, Ochoa sustituyó su nombre de *Damón* por el de *Astanio,* y Rodríguez del Castillo el suyo de *Amintas* por el de *Tirsis.*

Probablemente todos los árcades mexicanos, o la mayor parte de ellos, entraron en el Certamen literario que la Real y Pontificia Universidad de México abrió en el día 6 de enero de 1809 para "solemnizar la exaltación al trono de su Augusto y deseado Monarca el Señor don Fernando VII".

La famosa jura de Fernando VII fue, como se sabe, hecha en condiciones de inquietud política. Fue un golpe teatral del virrey Iturrigaray, alarmado por los rumores y agitaciones de tempestad que nos llegaban de la Metrópoli.

También aquí, no violentos ni atronadores, sino sordos y subterráneos, oíanse ruidos extraños que hacían presentir graves alteraciones en la masa social. Sobre algunas cabezas criollas y mestizas brillaba no sé qué luz siniestra precursora del rayo. La debilidad moral y económica de España nos tentaba a resolver de un modo definitivo nuestro viejo problema de libertad. Muy oculto, muy cuidado, como substancia explosiva, iba y venía, bajo protesta de sigilo, entre dos o tres hombres de los más ilustrados, uno que otro libro escrito en francés, que llevaba el nombre de un autor prohibido: Voltaire, Diderot, Rousseau, Mirabeau.

La adulación, una adulación desenfrenada, ocultaba estos ruidos medrosos. Oíd cómo hablaba la adulación por boca de la Universidad (*Gazeta,* 7 enero 1809):

> La interposición de inmensos mares os impide a vosotros, alumnos de la Sabiduría, la envidiable suerte, que otros más afortunados gloriosamente logran, de suspender las tareas de Minerva para correr a alistarse bajo las banderas de Marte a sacrificar sus vidas por la libertad del Soberano; pero a lo menos ha quedado a vuestros ansiosos corazones el desahogo, aunque pequeño, de ejercitar vuestras plumas, que no podéis conmutar por la espada, para engrandecer a un Monarca, tanto más amado de sus pueblos, cuanto más perseguido de un tirano. Y cuando éste, intentando despojar a vuestro buen Rey del trono que le destinó la Providencia y le concedió la Naturaleza, ha cimentado en esta injusta separación grandes esperan-

zas de usurpar el corazón de sus vasallos ¿vosotros no os habéis de empeñar en declarar los leales incontrastables sentimientos de éstos, desengañar aquellas locas esperanzas, y manifestar al mundo entero que, si la astucia pudo apartar de la vista y compañía de sus hijos a un Padre el más querido, ni ésta ni violencia alguna es capaz de arrojarle del solio que cada uno de ellos le ha erigido en su corazón? ¡Ah! Nunca el trono ha exigido con más justicia el tributo de la sabiduría, y nunca serán más gloriosos los esfuerzos de las letras.

Por tanto, la Universidad Mexicana, que aún no ha satisfecho sus deseos con ver colocada sobre los pechos de sus alumnos la amable efigie del deseado FERNANDO, para mayor desahogo de su amor y satisfacer de algún modo los deberes que le impone una obligación verdaderamente sagrada, os convoca hoy a que, celebrando las relevantes prendas que forman el sobresaliente mérito de su joven Soberano, transmitáis hasta las más remotas edades su augusto y glorioso nombre. Quiere que ahora, más que nunca, empléeis todas vuestras luces y desvelos en celebrar a un Monarca amado y defendido con entusiasmo; que vuestras plumas, esas plumas en que está vinculada la inmortalidad de los héroes, eternicen a ese Rey, el más acreedor a los elogios, no sólo de los pueblos que tienen la gloria y felicidad de rendirle vasallaje, sino aun de aquellas naciones que sólo han escuchado su nombre y sabido su desgracia. Nada, por último, solicita con mayor anhelo que publicar a vista del mundo el amor y respeto a sus legítimos Soberanos, que la han caracterizado en todo tiempo, y que hoy la ocupan tan justa como agradablemente en consagrar al suspirado FERNANDO este clarísimo testimonio de una fidelidad que, inspirada y mantenida por la religión, durará en su obsequio y su defensa, mientras circule en nuestras venas la española sangre.

Uno de los primeros premios de este certamen lo obtuvo el Mayoral de la Arcadia mexicana, con unas octa-

vas reales de brío artificial, aunque sonoro. Navarrete no supo quizá su triunfo. El dictamen del jurado calificador se publicó en la *Gazeta* (27 septiembre 1809). Tres meses hacía que el inspirado franciscano dormía el más tranquilo de sus sueños en la iglesia del Convento de Tlalpujahua.

Así, pues, el *Diario de México,* con una eficacia grande para aquellos tiempos, coadyuvó al estímulo y engrandecimiento de las letras patrias. En ese periódico se trataron, entre muchos insignificantes y efímeros, asuntos de interés universal y particular, y se propagaron conocimientos de utilidad general.

Y entre número y número, y artículo y artículo, y noticia y noticia, iban deslizándose, disfrazadas de letrillas satíricas, o de fábulas chuscas, o de cuentos extravagantes, alusiones políticas, ideas rebeldes, doctrinas de libertad.

La moda, asimismo española, de ocultarse bajo un seudónimo más o menos significativo, cuadraba perfectamente con la vida colonial al dar principio el siglo XIX, y se extendió de una manera prodigiosa. Todos se escondían, todos "jugaban la careta" literaria, por medio de seudónimos, iniciales, anagramas y apodos. Juan Wenceslao Barquera usaba seis falsos nombres; Barazábal, cuatro; Quintana del Azebo, nueve; Juan María Lacunza, siete; Rodríguez del Castillo, cinco, y hubo algunos tan esotéricos y enrevesados, como los siguientes: Can-azul (Lacunza); el caballero Arbueraq (Barquera); Iknaant y El tío Carando (Ramón Quintana del Azebo); El Tuerto (Ochoa); Nicolás Fragcet (Sánchez de Tagle).

Curiosa y digna de atento y penetrante análisis es la sociedad mexicana de aquella época churrigueresca y des-

orientada, y los arquetipos que se agitan en el ambiente colonial son por todo extremo interesantes como productos sociológicos: nuestro carrutaco, variante del español, no igual a éste, porque a la audacia y a la pereza del modelo mezcla un poco de la ladina hipocresía indígena; la pirraquita, hembra de arrestos hispanos, devota y atrevida, ignorante y presuntuosa, llena de ridícula gracia y de malas costumbres; el payo de manga embrocada, paño de sol, botas de campana y ancho sombrero de alas rígidas, campesino malicioso, caviloso, honrado y fiel, sano de cuerpo y alma, heredero de la rusticidad castellana; el lépero, paria del arrabal, humano despojo de la civilización, arrojado a la existencia por el deseo de un macho blanco satisfecho en una india sumisa y asustada; y muy encima una aristocracia nueva, sin sangre azul, sin árbol genealógico, sin abolengo linajudo ni pergaminos apolillados, pero rica, fastuosa, derrochadora y señoril; y muy abajo, un océano oscuro de superstición y tristeza y abandono, un mar muerto, sobre el que flotaba, como un eco pavoroso, el último grito de angustia de la raza vencida. La división etnológica separaba también moralmente los cuatro grandes grupos demográficos: los gachupines, los criollos, los mestizos, los indios. En realidad, sólo la religión católica juntaba las almas bajo las bóvedas de las iglesias coloniales. La devoción era el solo vínculo fuerte.

Y así vivían, con apariencia tranquila, con aire manso, con levíticas costumbres, los habitantes de las principales ciudades de Nueva España. En la casa de un canónigo, en el sarao de una condesa, en la tertulia de un oidor, en la sacristía de una parroquia, en el locutorio de un convento, se hablaba de cosas profanas o sagradas, se rezaba, se reía, se comentaba el último sermón de la

Catedral, las últimas noticias del infame *Corso,* las fiestas populares, las luces de los barrios, las ceremonias de Pendón Real; se escribían y se componían versos; se leía la *Gazeta* o el *Diario de México*... Y *sotto voce,* a espaldas de la Audiencia, detrás de la Santa Inquisición, en torno del palacio del virrey, se hacía otra cosa de mayor trascendencia: se conspiraba.

II

Dos días después de que, con gran pompa y reales honores, la audiencia de México entregó en el palacio virreinal el mando de la colonia al excelentísimo señor virrey Francisco Javier Venegas, en el lejano pueblo de Dolores, de la intendencia de Guanajuato, estallaba la insurrección. En la madrugada del 16 de septiembre de 1810, un viejo cura, astuto y enérgico, rompió el silencio de la conspiración, preñado de pequeños rumores. Fue un acto violento, precipitado, sin plan, sin cálculo; fue un acto de decisión, de heroísmo, de sacrificio; un acto supremo de fe en la patria que venía. Miguel Hidalgo y Costilla, el padre de ella, era un sacerdote ilustrado; muy afecto a la literatura francesa, que él bebía en sus mismas fuentes, sin necesidad de recurrir a las malas traducciones españolas, que rara vez nos llegaban de la Península. Se había hecho notable como estudiante en el Seminario de Valladolid. Se cuenta que, ya cura, emprendió la versión castellana de varias obras de Racine, y que en las escuelas de su curato estableció clases de lengua francesa. Hidalgo era un hijo directo de los enciclopedistas; un admirador de los trágicos oradores de la Convención; un jacobino.

La noticia del levantamiento se recibió en la capital de Nueva España, probablemente, antes de que publicase algo respecto de ella la *Gazeta del Gobierno*. El

periódico oficial de 25 de septiembre da a conocer un curioso documento en que el Consejo de Regencia de España e Indias se dirige a los americanos en demanda de auxilios pecuniarios. Es una proclama lacrimosa y doliente y, al mismo tiempo, rebosante de odio contra Napoleón. Entresaco, por curiosidad, un pasaje que da idea del estado de ánimo de la nación española entonces:

> Si alguna vez —¡oh americanos!— la exageración con que llegan las noticias a una tan larga distancia; si los rumores que hacen correr los malignos; si las insinuaciones pérfidas de los intrigantes y ambiciosos hacen vacilar vuestra esperanza para cansar vuestra generosidad y debilitar vuestra fe, volved los ojos al inocente Monarca que idolatráis y oíd las voces con que se dirige a vosotros y os implora: —No me desamparéis; por hallarme reducido al funesto cautiverio a que la alevosía me condujo, no dejo de ser vuestro príncipe, vuestro padre; el mismo soy a quien con tanta exaltación aclamasteis, y en cuyo nombre cifrabais la felicidad de los dos mundos. ¡Oh americanos! poned la consideración en lo que sufren mis hijos de España por su independencia y por mi nombre; ved a cuánta costa cumplen con los juramentos que desde el principio hicieron. Estos juramentos os ligan del mismo modo a vosotros que a ellos. ¡Pero qué diferencia! El destino os colocó lejos de los atentados de la usurpación, y el incendio no puede acercarse a vosotros. No dudo yo, no duda vuestra patria que, puestos en la misma situación que ellos, mostraríais la misma bizarría y haríais iguales sacrificios. Pero al fin la fortuna os concede a menos costa la felicidad y la gloria. Vosotros pagáis la deuda del Estado en plata y oro, ellos en sangre; vosotros, en esas regiones impenetrables a la voracidad de los tiranos, sufrís inquietudes, perplejidades, ansias por la suerte de la Metrópoli; los españoles combaten, perecen y por todas partes sienten el destierro, la devastación y el incendio. Ellos no se cansan de resistir; ellos no desesperan de

vencer. Y vosotros ¿os cansaréis de auxiliar? Sí, americanos, vuestros hermanos de Europa os piden y reclaman vuestra generosidad y vuestros envíos. No vienen vuestros caudales, como en otro tiempo venían, a disiparse por el capricho de una corte insensata, a sumergirse en el piélago insondable de la codicia hidrópica de un favorito; vuestro oro y vuestra plata son tan necesarios al Estado como la sangre y los brazos de los españoles; vuestro oro y vuestra plata se convierten, luego que llegan, en soldados que mantienen la libertad de la patria; preparan mi rescate y defienden mi corona. ¿Podéis enviarlos a más bella aplicación, a uso más digno...? ¡No me desamparéis!

A continuación de esta proclama publicó la *Gazeta* el bando de Venegas, en el que excitaba a los habitantes del reino a concurrir, según sus facultades, "para tan santa y justa causa".

Y aseguran los historiadores que tal proclama y bando produjeron desastroso efecto entre los americanos, cansados ya de echar torrentes argentinos en el tonel danaidesco del Tesoro español.

Pero si la *Gazeta* de 25 de septiembre nada dice relativo al levantamiento de Hidalgo, en cambio, la del 28 da a conocer el bando en el cual Venegas ofrece diez mil pesos por cada una de estas tres cabezas: la de Hidalgo, la de Allende, la de Aldama. Y el mismo número trae, además, un suplemento que contiene el edicto de excomunión con que el obispo electo de Valladolid, Manuel Abad y Queipo, fustiga al cura de Dolores y a sus capitanes. El edicto es una pieza literaria de forma tribunicia. Posee sonoridad oratoria. Se ven en él los esfuerzos por llevar el convencimiento, la persuasión, la intimidación a todo un pueblo. La dialéctica teje maño-

samente sus redes traidoras; la retórica bruñe sus tropos ornamentales; la elocuencia afila sus dardos silbantes.

Era Manuel Abad y Queipo, su autor, persona de mucho entendimiento y de mucho prestigio, que a estas dos circunstancias unía un temperamento de luchador. Asturiano, hijo ilegítimo del conde de Toreno, había logrado sobreponerse a las dificultades que le acarreaba su ilegitimidad, y gobernar, con todas las prerrogativas y la investidura de obispo, la diócesis de Michoacán. Abad y Queipo era de vasta lectura, de espíritu libre, de palabra fácil. Su edicto contra los insurgentes es manifestación de una pluma gallarda y briosa; dice así:

> *Omne regnum in se divisum desolabitur.*—Todo reino dividido en fracciones será destruido y arruinado, dice Jesucristo nuestro bien. Capítulo XI de San Lucas, versículo XVII.—Sí, mis amados fieles: la historia de todos los siglos, de todos los pueblos y naciones, la que ha pasado por nuestros ojos de la Revolución Francesa, la que pasa actualmente en la Península, en nuestra amada y desgraciada patria, confirman la verdad infalible de este divino oráculo. Pero el ejemplo más análogo a nuestra situación lo tenemos inmediato en la parte francesa de la isla de Santo Domingo, cuyos propietarios eran los hombres más ricos, acomodados y felices que se conocían sobre la tierra. La población era compuesta, casi como la nuestra, de franceses europeos y franceses criollos, de indios naturales del país, de negros y de mulatos, y de castas resultantes de las primeras clases. Entró la división y la anarquía por efecto de la citada Revolución Francesa, y todo se arruinó y se destruyó en lo absoluto. La anarquía en la Francia causó la muerte de dos millones de franceses, esto es, cerca de dos vigésimos, la porción más florida de ambos sexos que existía; arruinó su comercio y su marina, y atrasó la industria y agricultura. Pero la anarquía en Santo Domingo degolló todos los

blancos franceses y criollos, sin haber quedado uno siquiera; y degolló los cuatro quintos de todos los demás habitantes, dejando la quinta parte restante de negros y mulatos en odio eterno y guerra mortal en que deben destruirse enteramente. Devastó todo el país quemando y destruyendo todas las posesiones, todas las ciudades, villas y lugares, de suerte que el país mejor poblado y cultivado que había en todas las Américas es hoy un desierto albergue de tigres y leones. He aquí el cuadro horrendo, pero fiel, de los estragos de la anarquía en Santo Domingo.

La Nueva España, que había admirado la Europa por los más brillantes testimonios de lealtad y patriotismo en favor de la madre patria, apoyándola y sosteniéndola con sus tesoros, con su opinión y sus escritos, manteniendo la paz y la concordia a pesar de las insidias y tramas del tirano del mundo, se ve hoy amenazada con la discordia y anarquía, y con todas las desgracias que la siguen y ha sufrido la citada isla de Santo Domingo. Un ministro del Dios de la Paz, un sacerdote de Jesucristo, un pastor de almas (no quisiera decirlo), el cura de Dolores, don Miguel Hidalgo (que había merecido hasta aquí mi confianza y mi amistad), asociado de los capitantes del regimiento de la Reina, don Ignacio Allende, don Juan de Aldama y don Josef Mariano Abasolo, levantó el estandarte de la rebelión y encendió la tea de la discordia y anarquía, y, seduciendo una porción de labradores inocentes, les hizo tomar las armas; y cayendo con ellos sobre el pueblo de Dolores el 16 del corriente al amanecer, sorprendió y arrestó los vecinos europeos, saqueó y robó sus bienes, y pasando después a las siete de la noche a la villa de San Miguel el Grande, executó lo mismo apoderándose en una y otra parte de la autoridad y del gobierno. El viernes 21 ocupó del mismo modo a Celaya, y según noticias parece que se ha extendido ya a Salamanca e Irapuato. Lleva consigo los europeos arrestados, y entre ellos al sacristán de Dolores, al cura de Chamacuero y a varios religiosos carmelitas de Celaya, amenazando a los pueblos

que los ha de degollar si le oponen alguna resistencia. E insultando a la religión y a nuestro soberano, DON FERNANDO VII, pintó en su estandarte la imagen de nuestra augusta patrona, Nuestra Señora de Guadalupe, y le puso la inscripción siguiente: "Viva la Religión. Viva nuestra Madre Santísima de Guadalupe. Viva Fernando VII. Viva la América. Y muera el mal gobierno".

Como la religión condena la rebelión, el asesinato, la opresión de los inocentes, y la Madre de Dios no puede proteger los crímenes, es evidente que el cura de Dolores, pintando en su estandarte de sedición la imagen de Nuestra Señora, y poniendo en él la referida inscripción, cometió dos sacrilegios gravísimos insultando a la religión y a Nuestra Señora. Insulta igualmente a nuestro Soberano, despreciando y atacando el gobierno que le representa, oprimiendo sus vasallos inocentes, perturbando el orden público y violando el juramento de fidelidad al Soberano y al Gobierno, resultando perjuro igualmente que los referidos capitanes. Sin embargo, confundiendo la religión con el crimen y la obediencia con la rebelión, ha logrado seducir el candor de los pueblos y ha dado bastante cuerpo a la anarquía que quiere establecer. El mal haría rápidos progresos si la vigilancia y energía del Gobierno y la lealtad ilustrada de los pueblos no lo detuviesen.

Yo, que a solicitud vuestra y sin cooperación alguna de mí parte, me veo elevado a la alta dignidad de vuestro obispo, de vuestro pastor y padre, debo salir al encuentro a este enemigo, en defensa del rebaño que me es confiado, usando de la razón y la verdad contra el engaño, y del rayo terrible de la excomunión contra la pertinacia y protervia.

Sí, mis caros y muy amados fieles; yo tengo derechos incontestables a vuestro respeto, a vuestra sumisión y obediencia en la materia. Soy europeo de origen; pero soy americano de adopción por voluntad y por domicilio de más de treinta y un años. No hay entre vosotros uno sólo que tome más interés en vuestra verdadera felicidad. Quizá no habrá otro que se afecte tan dolorosa y

profundamente como yo en vuestras desgracias, porque acaso no habrá habido otro que se haya ocupado y ocupe tanto de ellas. Ninguno ha trabajado tanto como yo en promover el bien público, en mantener la paz y concordia entre todos los habitantes de la América, y en prevenir la anarquía que tanto he temido desde mi regreso de la Europa. Es notorio mi carácter y mi celo. Así, pues, me debéis creer.

En este concepto, y usando de la autoridad que ejerzo como obispo electo y gobernador de esta mitra: declaro que el referido don Miguel Hidalgo, cura de Dolores, y sus secuaces los tres citados capitanes, son perturbadores del orden público, seductores del pueblo, sacrílegos, perjuros, y que han incurrido en la excomunión mayor del Canon: *Siquis suadente Diabolo,* por haber atentado a la persona y libertad del sacristán de Dolores, del cura de Chamacuero y de varios religiosos del convento del Carmen de Celaya, aprisionándolos y manteniéndolos arrestados. Los declaro excomulgados vitandos, prohibiendo, como prohibo, el que ninguno les dé socorro, auxilio y favor, bajo la pena de excomunión mayor, *ipso facto incurrenda,* sirviendo de monición este edicto, en que desde ahora para entonces declaro incursos a los contraventores. Asimismo exhorto y requiero a la porción del pueblo que trae seducido con títulos de soldados y compañeros de armas, que se restituyan a sus hogares y lo desamparen dentro del tercero día siguiente inmediato al que tuvieren noticia de este edicto, bajo la misma pena de excomunión mayor en que desde ahora para entonces los declaro incursos y a todos los que voluntariamente se alistaren en sus banderas, o que de cualquier modo le dieren favor y auxilio.

Item: declaro que el dicho cura Hidalgo y sus secuaces son unos seductores del pueblo y calumniadores de los europeos. Sí, mis amados fieles, es una calumnia notoria. Los europeos no tienen ni pueden tener otros intereses que los mismos que tenéis vosotros los naturales del país, es, a saber, auxiliar la madre Patria en

cuanto se pueda, defender estos dominios de toda invasión extranjera para el Soberano que hemos jurado, o cualquiera otro de su dinastía, bajo el gobierno que le representa, según y en la forma que resuelva la nación representada en las cortes que, como se sabe, se están celebrando en Cádiz o Isla de León, con los representantes interinos de las Américas, mientras llegan los propietarios. Esta es la egida bajo la cual nos debemos acoger: este es el centro de unidad de todos los habitantes de este reino, colocado en manos de nuestro digno jefe el excelentísimo señor Virrey actual, que, lleno de conocimientos militares y políticos, de energía y justificación, hará de nuestros recursos y voluntades el uso más conveniente para la conservación de la tranquilidad del orden público y para la defensa exterior de todo reino. Unidas todas las clases del Estado, de buena fe, en paz y concordia bajo un jefe semejante, son grandes los recursos de una nación como la Nueva España, y todo lo podremos conseguir. Pero desunidos, roto el freno de las leyes, perturbado el orden público, introducida la anarquía, como pretende el cura de Dolores, se destruirá este hermoso país. El robo, el pillaje, el incendio, el asesinato, las venganzas, incendiarán las haciendas, las ciudades, villas y lugares, exterminarán los habitantes, y quedará un desierto para el primer invasor que se presente en nuestras costas. Sí, mis caros y amados fieles: tales son los efectos inevitables y necesarios de la anarquía.

Detestadla con todo vuestro corazón; armaos con la fe católica contra las sediciones diabólicas que os conturban; fortificad vuestro corazón con la caridad evangélica, que todo lo soporta y todo lo vence. Nuestro Señor Jesucristo, que nos redimió con su sangre, se apiade de nosotros y nos proteja en tanta tribulación, como humildemente se lo suplico.

Y para que llegue a noticia de todos y ninguno alegue ignorancia, he mandado que este edicto se publique en esta Santa Iglesia Catedral y se fije en sus puertas, según estilo, y que lo mismo se ejecute en todas las parroquias

del obispado, dirigiéndose al efecto los ejemplares correspondientes.

Dado en Valladolid a 24 días del mes de septiembre de 1810. Sellado con el sello de mis armas y refrendado por el infrascrito secretario.

MANUEL ABAD QUEIPO, obispo electo de Michoacán. Por mandato de S. S. I. el obispo mi Sr.

Santiago Carmiña, secretario.

El edicto de Abad y Queipo fue comentado, exaltado, amplificado en el púlpito de casi todos los templos de Nueva España, que se habían convertido en una especie de clubes políticos. La iglesia entraba en el combate con un vigor extraordinario. Las imprecaciones sagradas eran una mezcla de grito y de sollozo como los trenos de Jeremías. La cátedra del Espíritu Santo fulminaba tremendos anatemas, que relampagueaban en las nubes de incienso, sobre la cabeza de los fieles.

Por su parte, el ejército ensayaba en sus proclamas una forma literaria más concisa y pujante. El 2 de octubre de 1810, el general Félix María Calleja del Rey, desde San Luis Potosí, dirigía a las tribus de campesinos ignorantes, que oían este extraño lenguaje sin entenderlo, la siguiente proclama, que es una arenga militar impresa:

Soldados de mis tropas, os han reunido en esta capital los objetos más sagrados del hombre: religión, ley y patria. Todos hemos hecho el juramento de defenderlos y de conservarnos fieles a nuestro legítimo y justificado gobierno. El que falte a cualquiera de estos juramentos no puede dejar de ser perjuro, y de hacerse reo delante de Dios y de los hombres. No tenemos más que una religión que es la católica, un soberano que es el amado y desgraciado Fernando VII, y una patria que es el país

que habitamos y a cuya prosperidad contribuimos todos con nuestros sudores, con nuestra industria y con nuestras fuerzas. No puede haber, pues, motivo de división entre los hijos de una propia madre. Lejos de nosotros semejantes ideas que abriga la ignorancia y la malicia. Sólo Bonaparte y sus satélites han podido introducir la desconfianza en un pueblo de hermanos. Sabed que no es otro su fin que dividirnos, y hacerse después dueño de estos ricos países que son, tanto tiempo ha, el objeto de su ambición. No podéis dudarlo: sabéis los emisarios que ha despachado, las intrigas de que se ha valido, y los medios que emplea para llevar a cabo este proyecto.

¿Y permitiremos nosotros que logre sus fines? ¿Que venga a dominarnos un tirano, y que nuestros altares, esposas, hijos y cuantos bienes poseemos, caigan en manos de aquel monstruo por el medio que se ha propuesto de introducir la discordia en nuestro suelo? A esto conspira la sedición que han promovido el cura de Dolores y sus secuaces: no hay otro camino de evitarlo que destruyendo antes esas cuadrillas de rebeldes que trabajan en favor de Bonaparte, y que con la máscara de la religión y de la independencia sólo tratan de apoderarse de los bienes de sus conciudadanos, cometiendo toda clase de robos, de asesinatos y extorsiones que reprueba la religión, como lo han hecho en Dolores, San Miguel el Grande, Celaya y otros lugares donde han llegado. No lo dudéis, soldados: del mismo modo veréis robar y saquear la casa del europeo que la del americano; la aniquilación de los primeros es sólo un pretexto para principiar sus atrocidades, y el peligro en que suponen la patria por parte de aquellos que tantas pruebas tienen dadas de su religiosidad y patriotismo, es un artificio de que se valen para engañarnos y hacernos caer en el lazo que nos ha preparado el tirano.

Vamos, pues, a disipar esa porción de bandidos que como una nube destructora asolan nuestro país, porque no han encontrado oposición. Si ha habido, por desgracia, en este reino gentes alucinadas y perdidas, que de

acuerdo con las ideas de Bonaparte se hayan atrevido a levantar el estandarte de la rebelión, y que, al mismo tiempo que protestan reconocer a nuestro legítimo y adorado Monarca, niegan la obediencia a las autoridades que nos gobiernan en su nombre, seamos nosotros los primeros que a imitación de nuestros hermanos de la Península defendamos y conservemos los derechos del trono, y limpiemos el país de estos perturbadores del orden público que procuran derramar en él los horrores de la anarquía.

El superior gobierno quiere que tengáis parte en esta empresa, y, usando de los grandes medios que están a su disposición, os invita a castigar y sujetar a los rebeldes con el ejército que ha salido ya de México y marcha para su exterminio. Yo estaré a vuestra cabeza y partiré con vosotros la fatiga y los trabajos: sólo exijo de vosotros *unión, confianza* y *hermandad.* Contentos y gloriosos con haber restituido a nuestra patria la paz y el sosiego, volveremos a nuestros hogares a disfrutar el honor que sólo está reservado a los valientes y leales.

San Luis Potosí, 2 de octubre de 1810.

FÉLIX CALLEJA

Como se ve, Napoleón era en México, al comenzar la insurrección, un nombre milagroso. Sonaba como un toque de clarín. Realistas e insurgentes lo pronunciaban, con odio igual, con la misma cólera; lo invocaban para enardecer los ánimos, para amedrentar a los timoratos.

Y lo que decía Calleja de los insurgentes, éstos lo afirmaban de los realistas. Estas fueron, según fray Servando Teresa de Mier, las primeras palabras de Hidalgo, en la madrugada del 16 de septiembre:

...No hay remedio; está visto que los europeos nos entregan a los franceses; veis premiados a los que prendieron al virrey y relevaron al arzobispo porque nos de-

fendían: el corregidor, porque es criollo, está preso. ¡Adiós religión! Seréis Jacobinos; seréis impíos. ¡Adiós Fernando Séptimo! ¡Seréis de Napoleón!

El emperador francés representaba dos papeles contradictorios: por un lado era la opresión, la tiranía; por el otro era la rebelión, la libertad. Unos y otros pretendían engañarse. Napoleón era sólo una máscara de tragedia que ocultaba los rostros verdaderos. Napoleón era un ardid de los españoles contra los criollos; de éstos contra aquéllos. Napoleón era como un canto de reclamo para fascinar a la ignorancia. Queríase, a todo trance, desviar y debilitar un aborrecimiento real, transformándolo en otro de mero artificio y engaño.

Sea lo que fuere, la revolución dio origen a un nuevo género literario en Nueva España: la proclama, la arenga. Fue este un género accidental; una literatura de circunstancias, expresión característica de las perturbaciones sociales, de las exaltaciones espirituales que agitaban la oscura masa de nuestro pueblo americano.

Y mientras la revolución crecía, con voracidad de llama estimulada por el viento; mientras se ponían en acción hombres de un vigor y de una voluntad prodigiosos, mientras las multitudes ciegas y famélicas se desbordaban como una inundación sobre campos labrados, sobre ciudades del Bajío, la literatura tomaba su parte en la agitación, los hombres de letras pugnaban por hacer triunfar sus ideas, revistiéndolas de los más coruscantes y ruidosos ropajes. Los realistas, más poderosos, con mayores elementos, extendieron sus ardorosas prédicas por el reino entero: hicieron circular a millares los folletos escritos, ya en estilo peinado y académico, para convencer a los cultos; ya en lenguaje

burdo y popular, para penetrar en la caótica conciencia de las masas. El nombre de estos pequeños opúsculos indica desde luego su carácter: *Centinela contra los seductores* (especie de periódico); *Cartas patrióticas de un padre a su hijo sobre la conducta que debe observar contra los seductores insurgentes; El militar cristiano, diálogo entre Mariquita y un soldado raso; Memoria cristiano-política sobre lo mucho que la Nueva España debe temer de su desunión en partidos; La erudita contra los insurgentes, diálogo entre una currutaca y don Felipe; El patriotismo del lancero, diálogo entre Mariquita y un lancero; Carácter político y marcial de los insurgentes; Manifiesto filantrópico sobre las circunstancias del día, papel erudito y muy interesante; Proclama de una americana a sus compatriotas; Carrera del cura Hidalgo; El Napoleón de América; El Anti-Hidalgo...*

Infatigable folletista de la causa española fue el doctor AGUSTÍN POMPOSO FERNÁNDEZ DE SAN SALVADOR, colaborador ocasional del *Diario de México* bajo el seudónimo de *Mopso*. Se distinguió entre todos por su catolicismo intransigente, por su realismo furibundo, por su incesante prédica antifrancesa y antirrevolucionaria. Los títulos sólo de algunos de sus folletos nos ponen al tanto del espíritu que en ellos domina: *Desengaños que a los insurgentes de Nueva España, seducidos por los francmasones, agentes de Napoleón, dirige la Verdad de la Religión Católica y la Experiencia. — El Modelo de los cristianos presentado a los insurgentes de América. — Las fazañas del Quijote de Michoacán Miguel Hidalgo. — Convite a los verdaderos amantes de la Religión y de la Patria.* Muchos de estos folletos eran como periódicos, puesto que se reproducían en el nombre, aunque con distinto material literario.

Entre esta avalancha llamó mucho la atención una pieza de oratoria sagrada que se apresuraron a publicar ampliamente los realistas: el *Sermón de la Reconquista de Guanajuato,* pronunciado el 7 de diciembre de 1810, en la Iglesia parroquial de esa ciudad, por fray DIEGO MIGUEL BRINGAS Y ENCINAS, criollo natural de Sonora, apasionado enemigo de la insurrección, severo, áspero, rectilíneo, seco, leal y fiel como el que más a su causa, hombre cuya conducta era resultado de una profunda convicción, de un maduro y seguro examen. Los sermones de Bringas y Encinas son una apretada malla de razonamientos jurídicos, teológicos y políticos, por entre cuyos hilos saltan a veces las imprecaciones declamatorias, las violentas interjecciones, los vocativos enérgicos e iracundos. El fraile del Convento de Santa Cruz de Querétaro no manejaba el idioma con elegancia ni limpieza; pero sí con dignidad, sobriedad y facilidad. Gran efecto hacían sus peroraciones majestuosamente declamadas, bajo las bóvedas resonantes de las iglesias, sobre un concurso preparado por imponentes actos litúrgicos.

Mas la oratoria sagrada fue menos eficaz que los folletos mariposeantes, que los *papeles* de ocasión que iban de aquí para allá, ágiles, sutiles, venenosos, epigramáticos, abejas zumbadoras que picaban y en la punzadura dejaban su gotita de miel. El obispo Casasus, Ramón Roca, Fermín Reigadas, Florencio Pérez Comoto, escribían panfletos erizados de agudezas y burlas y de graves máximas o de argumentaciones casuísticas, como las de los estudiantes que sustentaban acto público en los salones de sus colegios. El *españolismo* esgrimía sus armas intelectuales, proyectaba y calculaba sus batallas; los sermones, los bandos, los edictos, las proclamas, eran a modo de

ejército de línea disciplinado y compacto; los folletos, los panfletos, las hojas volantes, eran las traviesas y peligrosas guerrillas.

*

Los revolucionarios carecían de recursos de propaganda literaria. Difícil debe de haber sido al cura Hidalgo imprimir y hacer circular su manifiesto, página primera quizá, por tiempo y por interés histórico, del florilegio proclamante. Es una defensa enérgica contra el absurdo edicto de la Inquisición, en el que se atribuyen al jefe insurgente faltas contra el dogma, que de seguro él no cometió, sólo con el objeto de presentarlo como un hereje abominable a los ojos de una sociedad ultramontana y timorata. Veamos este manifiesto de Hidalgo, curioso documento que, sin retórica, casi sin literatura, en aquel período de superabundancia, de exceso oratorio y declamatorio, dice con su limpia y elocuente sencillez más que muchas artificiosas proclamas:

> Me veo en la triste necesidad de satisfacer a las gentes sobre un punto en que nunca creí se me pudiese tildar, ni menos declarárseme sospechoso para mis compatriotas. Hablo de la cosa más interesante, más sagrada, y para mí la más amable: de la religión Santa, de la fe sobrenatural que recibí en el bautismo.
>
> Os juro, desde luego, amados conciudadanos míos, que jamás me he apartado, ni en un ápice, de la creencia de la Santa Iglesia Católica; jamás he dudado de ninguna de sus verdades; siempre he estado íntimamente convencido de la infalibilidad de sus dogmas, y estoy pronto a derramar mi sangre en defensa de todos y cada uno de ellos.
>
> Testigos de esta protesta son los feligreses de Dolores

y de San Felipe, a quienes continuamente explicaba las terribles penas que sufren los condenados del Infierno, y a quienes procuraba inspirar horror a los vicios y amor a la virtud, para que no quedaran envueltos en la desgraciada suerte de los que mueren en pecado. Testigos las gentes todas que me han tratado, los pueblos donde he vivido, y el Ejército todo que comando.

¿Pero para qué testigos sobre un hecho e imputación que ella misma manifiesta su falsedad? Se me acusa de que niego la existencia del Infierno, y un poco antes se me hace cargo de haber asentado que algún Pontífice de los canonizados por santo está en este lugar. ¿Cómo, pues, concordar que un Pontífice está en el Infierno negando la existencia de éste?

Se me imputa también el haber negado la autenticidad de los Sagrados Libros, y se me acusa de seguir los perversos dogmas de Lutero. Si Lutero deduce sus errores de los libros que cree inspirados por Dios ¿cómo el que niega esta inspiración sostendrá los suyos deducidos de los mismos libros que tiene por fabulosos? Del mismo modo son todas las acusaciones.

¿Os persuadiríais, americanos, que un Tribunal tan respetable, y cuyo instituto es el más santo, se dejase arrastrar del amor del paisanaje hasta prostituir su honor y su reputación? Estad ciertos, amados conciudadanos míos, que si no hubiese emprendido libertar nuestro reino de los grandes males que le oprimían, y de los muchos mayores que le amenazaban y que por instantes iban a caer sobre él, jamás hubiera sido yo acusado de hereje.

Todos mis delitos traen su origen del deseo de vuestra felicidad; si éste no me hubiese hecho tomar las armas, yo disfrutaría de una vida dulce, suave y tranquila, yo pasaría por verdadero católico, como lo soy y me lisonjeo de serlo; jamás habría habido quien se atreviese a denigrarme con la infame nota de la herejía.

¿Pero de qué medio se habían de valer los españoles europeos, en cuyos opresoras manos estaba nuestra suerte? La empresa era demasiado ardua: la nación que tanto

tiempo estuvo aletargada, despierta repentinamente de su sueño a la dulce voz de la libertad; corren apresurados los pueblos, y toman las armas para sostenerla a toda costa.

Los opresores no tienen armas, ni gentes, para obligarnos con la fuerza a seguir en la horrorosa esclavitud a que nos tenían condenados. ¿Pues qué recurso les quedaba? Valerse de toda especie de medios, por injustos, ilícitos y torpes que fuesen, con tal que condujeran a sostener su despotismo y la opresión de la América; abandonan hasta la última reliquía de honradez y hombría de bien, se prostituyen las autoridades más recomendables, fulminan excomuniones que nadie mejor que ellas saben no tienen fuerza alguna; procuran amedrentar a los incautos y aterrorizar a los ignorantes, para que, espantados con el nombre de anatema, teman donde no hay motivo de temer.

¿Quién creería, amados conciudadanos, que llegase hasta este punto el descaro y atrevimiento de los gachupines? ¿Profanar las cosas más sagradas para asegurar su intolerable dominación? ¿Valerse de la misma Religión Santa para abatirla y destruirla? ¿Usar de excomuniones contra toda la mente de la Iglesia, fulminarlas sin que intervenga motivo de religión?

Abrid los ojos, americanos, no os dejéis seducir de nuestros enemigos; ellos no son católicos sino por política; su Dios es el dinero, y las conminaciones sólo tienen por objeto la opresión. ¿Creéis, acaso, que no puede ser verdadero católico el que no esté sujeto al déspota español? ¿De dónde nos ha venido este nuevo dogma, este nuevo artículo de fe? Abrid los ojos, vuelvo a decir; meditad sobre vuestros verdaderos intereses; de este precioso momento depende la felicidad o la infelicidad de vuestros hijos y de vuestra numerosa posteridad. Son ciertamente incalculables, amados conciudadanos míos, los males a que quedáis expuestos sino aprovecháis este momento feliz que la Divina Providencia os ha puesto en las manos; no escuchéis las seductoras voces de nuestros enemi-

gos, que bajo el velo de la religión y de la amistad os quieren hacer víctimas de su insaciable codicia.

¿Os persuadís, amados conciudadanos, que los gachupines, hombres desnaturalizados, que han roto los más estrechos vínculos de la sangre —¡se estremece la Naturaleza!— abandonando a sus padres, a sus hermanos, a sus mujeres y a sus propios hijos, sean capaces de tener afectos de humanidad a otra persona? ¿Podréis tener con ellos algún enlace superior a los que la misma naturaleza puso en las relaciones de su familia? ¿No los atropellan todos por sólo el interés de hacerse ricos en la América? Pues no creáis que unos hombres nutridos en estos sentimientos puedan mantener amistad sincera con nosotros; siempre que se les presente el vil interés, os sacrificarán con la misma frescura que han abandonado a sus propios padres.

¿Creéis que al atravesar inmensos mares, exponerse al hambre, a la desnudez, a los peligros de la vida inseparable de la navegación, lo han emprendido por venir a haceros felices? Os engañáis, americanos. ¿Abrazarían ellos ese cúmulo de trabajos por hacer dichosos a unos hombres que no conocen? El móvil de todas esas fatigas no es sino su sórdida avaricia; ellos no han venido sino por despojarnos de nuestros bienes, por quitarnos nuestras tierras, por tenernos siempre avasallados bajo sus pies.

Rompamos, americanos estos lazos de ignominia con que nos han tenido ligados tanto tiempo; para conseguirlo, no necesitamos sino unirnos. Si nosotros no peleamos contra nosotros mismos, la guerra está concluida, y nuestros derechos a salvo. Unámonos, pues, todos los que hemos nacido en este dichoso suelo; veamos desde hoy como extranjeros y enemigos de nuestras prerrogativas a todos los que no son americanos.

Establezcamos un Congreso que se componga de representantes de todas las ciudades, villas y lugares de este reino, que, teniendo por objeto principal mantener nuestra Santa Religión, dicte leyes suaves, benéficas y acomodadas a las circunstancias de este pueblo; ellos en-

tonces gobernarán con la dulzura de padres, nos tratarán como a sus hermanos, desterrarán la pobreza, moderando la devastación del reino y la extracción de su dinero, fomentarán las artes, se avisará la industria, haremos uso libre de las riquísimas producciones de nuestros feraces países, y a la vuelta de pocos años disfrutarán sus habitantes de todas las delicias que el Soberano Autor de la Naturaleza ha derramado sobre este vasto continente.

NOTA.—Entre las resmas de proclamas que nos han venido de la Península desde la irrupción en ella de los franceses, no se leerá una cuartilla de papel que contenga, ni aún indicada, excomunión de algún prelado de aquellas partes contra los que abrazasen la causa de Pepe Botellas, sín que nadie dude que sus ejércitos y constitución venían a destruir el cristianismo en España.

Valladolid, diciembre 15 de 1810.*

*

El primer órgano que tuvo la Revolución fue, probablemente, *El Despertador Americano,* que fundó en Guadalajara FRANCISCO SEVERO MALDONADO (¿-1832), de Tepic, doctor en Teología y Cánones, talento penetrante y diáfano, dialéctico elocuente y bizarro. El carácter perjudicaba mucho a Maldonado: era "excesivamente extravagante y de una arrogancia y presunción inauditas" (Mora, *México y sus revoluciones).* Era, tal vez, un degenerado superior.

El Despertador Americano tuvo vida efímera: cinco números se publicaron solamente. En el inicial, el ilustrado hijo de Tepic da a la estampa la primera proclama

* *Colección de documentos para la historia de la guerra de la independencia de México,* formada por J. E. Hernández y Dávalos. México. 1877-1882. Tomo I, documento núm. 54, y tomo II, documento núm. 164.

verdaderamente literaria de la revolución. La dirige a todos los habitantes de América. Está escrita con gran verbosidad y ardimiento:

> ¡Nobles americanos! ¡Virtuosos criollos, celebrados de cuantos os conocen a fondo por la dulzura de vuestro carácter moral y por vuestra religión acendrada! Despertad al ruido de las cadenas que arrastráis ha tres siglos; abrid los ojos a vuestros verdaderos intereses, no os acobarden los sacrificios y privaciones que forzosamente acarrea toda revolución en su principio; volad al campo del honor; cubríos de gloria bajo la conducta del nuevo Washington que nos ha suscitado el cielo en su misericordia, de esa alma grande, llena de sabiduría y de bondad, que tiene encantados nuestros corazones con el admirable conjunto de sus virtudes populares y republicanas. Coronaos de nuevos laureles, acabando de destrozar al enemigo o forzándole a adoptar nuestros designios saludables y patrióticos...
>
> ¡Hermanos errantes! ¡Compatriotas seducidos! No fomentéis una irrupción de los españoles afrancesados en vuestra Patria, que la inundarían de todos los horrores del vandalismo y de la irreligión: los mismos europeos que entre nosotros habitan, por sus enlaces de todo género con los renegados, favorecen abiertamente esta irrupción y aspiran a ella con descaro manteniendo al reino indefenso. ¡Ciegos! Al resistir a nuestros hermanos libertadores, resistís a vuestro propio bien: os remacháis vosotros mismos la cadena de la servidumbre...

Dos meses después de editar *El Despertador Americano*, en mayo de 1811, el doctor Maldonado se separó del cura Hidalgo, pidió indulto, que le fue concedido, y comenzó a redactar un semanario, *El Telégrafo de Guadalaxara,* en defensa de la causa realista. El lenguaje que usó en esta publicación es de una violencia y de una

virulencia inusitadas. Su primer artículo, titulado *Discurso a los habitantes de América,* comienza así:

> Americanos: libres ya de las cadenas de la violencia que nos impuso el apóstata más rapaz y sanguinario que jamás se ha visto, puede nuestra pluma en lo sucesivo ser el órgano de la verdad e intérprete de la justicia agraviada; ya podemos hablaros en la efusión de nuestro corazón, y descubriros nuestros más íntimos y verdaderos sentimientos. En esta época venturosa, en que los ejércitos del Rey triunfan por todas partes, en que la insurrección declina con rapidez, convirtiéndose, como lo previeron los sensatos, en unas meras cuadrillas de bandoleros, y en que podemos respirar de los horrores de ocho meses, es preciso aprovechar momentos tan preciosos y levantar con fuerza la voz para desengañar a los pueblos miserablemente seducidos que corren precipitados a su ruina y la del reino entero. Ya hasta aquí hay materia de llanto para todo el siglo. ¿Qué corazón sensible, no digo a la voz del Evangelio, sino a los gritos de la Naturaleza, podrá recordar sin dolor lo acaecido en este período de tribulación? Tended la vista, si tenéis valor para hacerlo, sin experimentar las convulsiones del espanto, mirad todos los países invadidos por los enemigos de nuestro sosiego. ¿Qué descubrís sino los recientes y deplorables estragos que han arrastrado consigo la anarquía, la confusión y el desorden, robos, saqueos, depredaciones, asesinatos, frutos aciagos y amargos de la proscripción más atroz y más injusta que el rencor, la irreligión, la ignorancia y la barbarie fulminaron contra millares de inocentes, unidos con nosotros por medio de los lazos más estrechos de la religión, la Naturaleza y la política?

Hay, en todo el discurso, un tono vengativo y colérico, que deja sospechar alguna rencilla personal entre don Miguel Hidalgo y Costilla y don Francisco Severo Maldonado. ¿Cuál fue ésta? ¿Qué viento de pasión hizo

girar hacia rumbo contrario las energías del cura de Mascota? Hidalgo es insultado, denigrado, maldecido, por su voluble correligionario, quien le llama "infame y descarado sibarita, Sardanápalo sin honor y sin pudor, hidra abominable que el Infierno ha abortado".

La cólera ciega a Maldonado y, ya ciego, lo empuja al insulto, a la ofensa, a la calumnia. Sus desahogos, en fuerza de querer ser venenosos, llegan algunas veces a la puerilidad. Mas cuando logra serenarse este escritor impetuoso, expresa su pensamiento con mucho vigor, con mucha belleza, en períodos armónicos y sólidamente trabados, en cláusulas de majestuosa y numerosa oratoria:

> Exalte Clavijero cuanto quiera la ilustración y conocimientos de los antiguos mexicanos; llénese en hora buena de la admiración y entusiasmo que justamente excita en el inteligente todo el artificio de la Rueda Astronómica, cuya exactitud prueba que ninguno de los pueblos antiguos supo arreglar mejor su calendario; pondere sus descubrimientos sobre la eficacia y virtudes de muchas plantas para curación de las dolencias humanas; alabe, en fin, con todo encarecimiento, el primor y destreza con que fabricaban algunos tejidos de algodón, de pluma y del pelo fino de ciertos animales; su habilidad para fundiciones de metales, y para el corte y labores de las piedras más duras. Pero el filósofo, el observador sabio e imparcial de los hombres, sólo tendrá por ilustrados a los mexicanos de aquel tiempo, comparándolos con sus coetáneos los salvajes de las Islas y de Tierra firme.
>
> No tenían noción alguna de las ciencias, carecían de las artes liberales y era muy imperfecto el estado en que poseían algunas de las mecánicas. Su escritura, reducida al embarazoso y difícil mecanismo de los emblemas o jeroglíficos, no era a propósito para hacer grandes progresos. Sus telas de algodón eran admirables, es verdad, por la finura e igualdad del hilado, por la viveza y duración

del colorido, y por la belleza y primor de los matices; pero, no teniendo más instrumentos ni utensilios que el *malacate* y el *zozopaxtle,* y careciendo de tornos y telares, todos estos tejidos exigían un dispendio considerable de tiempo y una paciencia infinita, de que sólo es capaz el carácter flemático del indio. La agricultura, la primera y más esencial de las artes, la verdadera fuente del sustento, propagación y multiplicación de nuestra especie, apenas había salido de la infancia. Privados enteramente de toda clase de herramientas y de los animales que son de tanto auxilio en los ramos más importantes del cultivo, no podían sacar de la tierra la mitad de las riquezas que ahora rinde con el trabajo combinado de hombres y animales. Sus cosechas, por más abundantes que fuesen, no eran bastantes a librarlos de los horrores del hambre que los aquejaba con frecuencia, precisándolos, no pocas veces, a devorar los más inmundos y asquerosos reptiles.

Así es que, excepto México y algunas otras comarcas, todo el vasto Continente no presentaba al espectador más que campos despoblados, chozas miserables, indios macilentos.

Pero llegan los españoles a las costas de Nueva España, conducidos por una particular disposición de la Providencia, y todo comienza luego a cobrar nueva vida y nuevo aspecto. Los conductores de la verdadera libertad y religión, lo fueron también de las Ciencias y las Artes. Sí, indios ingratos e injustos; los españoles establecieron desde luego entre vosotros escuelas gratuitas de primeras letras, para que aprendieseis a leer y escribir. Ellos fundaron Colegios en que os instruyeseis en todo género de conocimientos científicos. Ellos os comunicaron, entre otros, los de Mineralogía, Docimástica, Química, Metalurgia, ciencias importantísimas cual otra alguna, y sin cuyo auxilio permanecerían aún sepultados en el seno de la tierra los inmensos tesoros que antes poseíais inútilmente y que la Naturaleza depositó en vuestros opulentísimos cerros. Ellos hicieron florecer en vuestro suelo la agricultura, la industria y el comercio. Ellos se

> trajeron de la España los ganados caballar, vacuno, lanar y de cerda, absolutamente desconocidos en las Américas, y que os han servido de un socorro incomparable para vuestro alimento, vestido y penosas faenas de labranza. Ellos trajeron consigo y os participaron semillas apreciables, capaces de reemplazar la falta o escasez del maíz, ensanchando increíblemente todos los ramos del cultivo, ceñido antes a la siembra y colección de este grano. A tamaños y tan inapreciables bienes han puesto los españoles el sello, manteniéndoos por trescientos años en el regazo y dulzuras de la más profunda paz.*

Aquí el punto de vista es falso, porque la mayor parte de esos primores no pasó de la categoría de ley escrita ni fue debidamente llevada a la práctica; pero Maldonado supo dar a su reproche un emocionante acento de persuasión. Eso procura ser cuando lo dejan sus arrebatos iracundos: un persuasivo, que trata de salvar la razón y ponerla por encima del bullir hervoroso de sus pasiones. Su talento, muy bien cultivado, le permitía envolver en ropajes brillantes sus paradojas y sofismas, y dar correcta forma de argumentación a sus odios y rencores.

¿Hay en la actitud, de furibundo realista, de Maldonado, un fondo de venalidad o de miedo? Posiblemente, José de la Cruz, dominador del tipo oriental en Guadalajara, protegió y sostuvo, forzó tal vez, esa actitud del cura de Mascota. Los biógrafos de éste, que es, sin duda, un personaje importante en el período revolucionario, tienen poco que decir de cuanto se refiere a la vida de Maldonado. Fue ella probablemente inquieta sólo de pensamiento. Sus turbulencias eran mentales. En los escritos

* *El Telégrafo de Guadalaxara,* 1º de julio de 1811.

que de Maldonado quedan, se percibe la potencia de un cerebro infatigable para elaborar el concepto. Se sorprende al teorizante. Antes que el doctor José María Luis Mora, comenzó Francisco Severo a ser sociólogo. Y sus teorías, más o menos utópicas, tuvieron, con frecuencia, apoyo en datos estadísticos y en preceptos de economía política, ciencia que fue él de los primeros en nombrar y conocer en Nueva España. Fantasea mucho, y en casi todo lo que escribe hay repentinos relampagueos de iluso. No por ello deja de ser un pensador de cierta profundidad, que atavía con donosura sus ideas, y que, cuando así lo desea, juega aparatosamente con la falacia. Soñó, en la madurez de su vida, con un proyecto de regeneración social, en el que se declara enemigo del ejército. En algunas observaciones se adelantó a su época. A veces, su talento se perdía en la metafísica de un deísmo de estilo siglo XVIII. Copio aquí uno de los rasgos de su extravagancia, contado por uno de sus biógrafos:

> La dedicatoria que nuestro compatriota puso al frente de su última obra, titulada *El triunfo de la especie humana,* y escrita con el objeto de persuadir de las ventajas del establecimiento de la escala de comunicaciones y centros agrícolas, industriales y mercantiles, en que pensaba, y que quiso realizar por sí mismo, da una idea de la energía de los sentimientos filantrópicos que animaban a Maldonado, no menos que de la confianza con que esperaba la realización de sus proyectos. Dice así: "Al Rey — de la naturaleza, — Al Vice-Dios — de la tierra, — A la obra maestra — de la Bondad, Sabiduría y Omnipotencia — del Ser Supremo: — Al hombre. — A la Universalidad de las Naciones — esparcidas por la superficie — de la pequeña esferoide — en que gravitamos. — Al género humano — envilecido y degradado — por el despotismo y la miseria — bajo el nivel y condición del

bruto, — para su pronta y completa reparación, — y para la indefectible y rápida — conquista — de todos sus derechos — naturales e imprescriptibles, — ofrece, dedica y consagra — esta irresistible y poderosa palanca — su más activo y fiel representante.

El Cosmopolita.* "

Cuando la Independencia fue un hecho, el doctor Maldonado reapareció como partidario de ella. En 1821, perteneció a la Soberana Junta Provisional Gubernativa, en calidad de vocal. Alcanzó larga vida, amargada en los últimos años por una incurable ceguera.

*

El segundo periódico revolucionario fue *El Ilustrador Nacional*. Apareció hacia 1812, como órgano de la famosa Junta de Zitácuaro, al frente de la cual estaba el general Ignacio Rayón, uno de los insurgentes más constantes, más fieles, más decididos. En Sultepec, un criollo de admirable vigor moral, de comprensión profunda, rápido en la decisión, caprichoso y violento en el carácter, de muy educado ingenio, el doctor José María Cos (?-1819), fundó este periódico, sin recursos, sin elementos, construyendo con sus propias manos una imprenta, labrando en trozos de madera unos caracteres, usando de una mezcla de aceite y de añil como de tinta, poniendo no sólo su inteligencia y su sabiduría al servicio de la causa, sino también su inventiva, su trabajo mecánico, su impulso muscular, su industriosa habilidad.

El doctor Cos era todo vivacidad, ardimiento y fe. Un

* *Diccionario de historia y geografía,* México, 1853-1856, artículo *Maldonado.*

ansia de figurar, de ser el primero, de tener mando, de llegar al dominio y a la obediencia por la razón, de poner orden, cálculo y medida en el desordenado tumulto revolucionario, embargó constantemente su existencia política. Como a hombre de acción y de pasión, nunca lo abandonó el ímpetu; pero no era éste ciego ni desatentado, como el de otros de sus compañeros, sino, por el contrario, casi siempre engendrado en el raciocinio y en el cálculo.

Toda su vida anterior a la revolución lo abonaba.

Había sido maestro de retórica y latinidad; de filosofía y de teología. El Obispado de Guadalajara y la Intendencia de Zacatecas le habían dado comisiones delicadas y honoríficas. Su espíritu se había disciplinado en el estudio y en la cátedra.

De ahí que sus proclamas tengan un acento de conciliación, un aire de convicción y de reflexión. La que escribió en Pátzcuaro el 21 de octubre de 1814 así lo demuestra:

> Españoles habitantes de América: Habiendo variado la constitución de nuestro suelo, así por los sucesos inopinados de la Europa como por nuestra organización interior, deben también variar nuestros sentimientos, nuestras operaciones y lenguaje. Las voces crueles, bárbaras e impolíticas de un pueblo arrebatado, que clamó en los pimeros transportes de su conmoción *¡Mueran los gachupines!,* exacerbaron vuestros ánimos, y la poca fe, con que debía contarse, de una plebe agitada, sin dirección y sin sistema, puede disculpar el desprecio con que habéis recibido por una y otra vez nuestras amigables propuestas. Hoy, la nación, casi toda, está sujeta a cierta forma de gobierno, que sabe respetar los derechos de la fe pública y el idioma de la urbanidad; que os convida a formar una masa común de ciudadanos iguales, y os propone sincera y francamente la paz por tercera vez. La

experiencia funesta de cuatro años de guerra nos ha convencido plenamente de que, si no tenemos los unos y los otros una fuerza bastante para dominarnos en breve, no nos faltan arbitrios para mantener nuestra lid destructora, hostilizarnos y consumirnos sordamente. Hagamos, pues, un esfuerzo sobre nuestro propio entusiasmo, y despreciando las ilusiones ridículas del fanatismo y la manía de querer grabar en el pueblo rudo ideas quiméricas de la prosperidad de España, perdida ya para siempre, pensemos seriamente en volvernos la paz y la felicidad a que unos y otros aspiramos.

Uníos a nosotros. Este es el desenlace más fácil que puede tener la acción en que nos vemos empeñados antes que las relaciones exteriores constituyan a esta nación inculta en el riesgo de ser juguete de las astucias de otra nación extranjera. Uníos a nosotros: vuestras personas serán respetadas y libres vuestras posesiones. Uníos a nosotros; os veremos como hermanos, y, borrándose con esto todos los agravios recíprocos, correremos a recibiros con la oliva y a estrecharos sinceramente en nuestros brazos.*

En esta tirada se ve la cordialidad de un hombre que, sobreponiéndose a sus habituales violencias, dominando las vivacidades de su carácter, busca, en la razón y en el sentimiento, apoyo y fuerza para sus proyectos insurgentes.

Pero donde las dotes literarias de Cos encuentran terreno vasto y arraigo firme es en el periódico. Tras *El Ilustrador Nacional,* fraguado a las volandas, en el campo de batalla, y difícilmente distribuido, para hacer prosélitos de la causa, el doctor zacatecano, con el auxilio de una imprenta dramáticamente sustraída de la capital por el asombroso grupo de "Los Guadalupes",

* *Colección de documentos,* ya citada, de Hernández Dávalos. Tomo V, documento 182.

fundó en Sultepec, en mayo de 1812, *El Ilustrador Americano*. En él prodiga la riqueza, no muy abundante, pero sí muy vibrante, de sus facultades de letrado. La forma de sus escritos sigue siendo aparatosa e hinchada. Mas ya la ampulosidad literaria no suena a hueco; ya es la expresión sincera de las agitaciones revolucionarias, de las inquietudes sociales, de la momentánea descomposición orgánica de un grupo humano que trata de reconstruirse y provoca tremendas crisis psicológicas, delirantes fiebres espirituales que se exteriorizan en fórmulas ostentosamente retóricas, pero que cuadran bien con las efervescencias de la realidad y de la vida.

Entre esas fórmulas, ningunas más útiles, tal vez, que las que usó el insigne ANDRÉS QUINTANA ROO (1787-1851), figura prominente en la época, personaje de subido interés en el drama revolucionario, no sólo por el viril esfuerzo que desplegó para hacer triunfar el ideal de independencia, no sólo por la consagración íntegra de su alma y de su cuerpo a la lucha de la libertad, sino por su noble y admirable aventura amorosa con doña Leona Vicario, mujer digna de la apoteosis épica, quien, sobreponiéndose a las preocupaciones de su tiempo, a las imperfecciones de su educación y a las exigencias de su clase, a las debilidades de su sexo, levantó su corazón hasta las más elevadas cumbres de la bondad humana, y amó la libertad y soñó en la patria, y alentó con su fe ciega y ardiente a los caudillos, sin que lograran arredrarla persecuciones, miserias y sufrimientos de todo linaje.

Andrés Quintana Roo, en unión de Ramón López Rayón, más bravo éste en los azares de la guerra que en las lides de la pluma, colaboró con el doctor Cos en *El Ilus-*

trador Americano; fundó luego en el mismo campo insurgente el *Seminario Patriótico;* escribió proclamas, redactó manifiestos, pronunció discursos, y supo hallar en las fuentes de su saber el caudal vivo y claro de una avasalladora elocuencia. Este fue uno de los literatos revolucionarios más bienfamados en aquel período. Infatigable en el producir, rápido en el concebir, expresivo y vibrante en el decir, sus escritos impresionaban profundamente. Eran impetuosos sin ser desordenados, elegantes sin ser amanerados, sencillos sin ser vulgares. Se conocía en ellos que el autor había estudiado mucho la oratoria latina, y que en su oído había quedado, como, según la fábula, quedó el rumor del mar en el caracol, el eco majestuoso de las cláusulas de oro de las oraciones ciceronianas. Todos, o casi todos los períodos de estos escritos razonados y fogosos, tienen la severa armonía tribunicia; todas, o casi todas las ideas, se revisten con la amplia y noble toga de severos pliegues, siguen los lineamientos clásicos. Alguna vez, la sobriedad de sus discursos los hace aparecer como fragmentos de alegato.

No fue tampoco rehacio Quintana Roo al cultivo de la poesía. Desde sus mocedades seminaristas empleó sus ocios en ataviar sus pensamientos con las galas, sutiles y ricas, de la palabra cantada. Y su depurado gusto de latinista lo llevó, constantemente, como en prosa, a recurrir a los modelos eternos de la arquitectura literaria. Y si en sus discursos y proclamas suenan las cláusulas de Cicerón, en sus versos se perfilan las soberanas y lapidarias imágenes de Horacio.

Al cumplir los veinte años, ya su nombre de poeta recorría la capital y andaba de corrillo en corrillo. Una figura distinguida, un porte aristocrático, una fina ele-

gancia, auxiliaban eficazmente a su talento. Procedía de una acomodada familia yucateca. En Mérida, en el Seminario Conciliar, había hecho los más importantes estudios de su carrera de abogado, que terminó en México, en cuya Real y Pontificia Universidad obtuvo su título de Bachiller en Artes y Cánones. En el suplemento al *Diario de México* de 14 de enero de 1810, se publicó una oda en versos libres, dedicada *Al señor don Ciriaco González de Carvajal, en su partida a Sevilla como Consejero de Castilla e Indias.*

Tal composición poética está calzada, según el uso de entonces, por las iniciales A. Q. R. Aunque don Ramón Quintana de Azebo, además de los seudónimos de que se valía para ocultarse, solía también jugar con las letras primeras de su nombre, la circunstancia de que por lo general no dejaba este literato de colocar antes de la "A" la partícula prepositiva "del", y el hecho de que se trate en esa poesía de honrar a un caballero amigo muy estimado del señor doctor don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, bajo la dirección y protección del cual hacía Quintana Roo su pasantía de abogado, me inclinan a creer que es éste y no aquél, es decir, Quintana Roo y no del Azebo, el autor de los referidos versos. Y de no existir semejantes circunstancias, otra, de índole distinta, me habría confirmado en mi creencia: el estilo. La tendencia clásica, el pulimento elegante y a la vez sencillo, el giro castizo, acusan la filiación erudita del nuevo escritor. Hay en él un poeta menos espontáneo que ilustrado y exquisito. Y más que poeta, resulta a la postre Quintana Roo versificador de buen gusto. Es un hábil *marginalista.* Muestra de ello es la poesía a que hago referencia y que copio aquí, como una curiosidad literaria, y a la vez, como

una prueba de que los hombres de aquella edad no eran ni podían ser rectilíneos en las manifestaciones de sus ideas y sentimientos, y de que, por el contrario, tuvieron más de una vez que esconder su anhelo de emancipación con el antifaz risueño e hipócrita de la cortesanía:

Tened a bien, Señor, que yo afligido,
a la par que gozoso, lleno el pecho
de encontrados afectos, ora llore,
ora, cantando vuestra ausencia, ría.
Miro surta en el puerto osada nave
librar inquieta las fugaces velas
a los vientos alígeros, y veo
el ancla que a levarse a vos espera.
¿Partís, Señor? ¿Las playas
dejáis del mexicano rico imperio,
de este suelo feliz, afortunado
del buen olor de vuestro nombre lleno?
Aquí do un tiempo anunciar os oímos,
ministro de la ley, los inefables
oráculos de Themis, a los hombres
acútitados deidad siempre propicia.
Aquí también donde la viuda triste,
el horfanico sin amparo, hallaron
lenitivo a sus males, convirtiendo
su faz llorosa a vuestro pecho blando,
de todos sois amado; la memoria
de vuestra íntegra fe, nunca manchada
con feos dones que inclinar procuran
de la justicia la balanza al lado
del opulento, en daño del que gime.
Esta memoria de virtudes, propias
de un ministro, un filósofo y un sabio,
grata corre y alegre entre nosotros,
como cuando en el valle el ruido se oye
y blando susurrar del arroyuelo,
cuya frescura al labrador produce

las mies deseada, a su fatiga premio.
¿Huís, Señor, de estas gentes?
¿Con paso presuroso
camináis de la mar a los peligros,
al furor de las olas inconstantes
y a la furia de vientos enemigos?
¿Pues cómo no? ¿Si el fuego
del santo patrio amor en vuestro seno
ardiendo activo vuestro pie dirige
y os conduce a pagar el justo feudo
a la patria debido? Ella reclama
al servicio que en vos hallar espera.
Confiada en la actitud que habéis mostrado
en mil altos destinos, ora os llama
el augusto consejo de dos mundos,
empleado en trastornar con sabia mente
las inicuas medidas del que trata
de aprisionar la patria en sus cadenas.
Id, Señor, id en paz; propicio el cielo
a mi ruego conceda favorable
navegación que para vos le pido;
que a su benigno imperio el raudo viento
enfrente su furor, y sólo sople
el que al deseado puerto os encamine.
Y tú, océano inmenso, que ahora llevas
ilustre carga, calma tus hinchadas
olas por do la nave transitare;
es también mi deseo que a la Iberia
libre encontréis, Señor; que ya no exista
en su dichoso suelo rastro o huella
de los pérfidos Galos detestables,
y que esté nuestro amable rey Fernando
a sus fieles vasallos gobernando.

Por el tono y la fácil gallardía de estos versos, se infiere que el joven seminarista era un asiduo lector, a la vez que de los clásicos españoles, de los clásicos latinos. Véase todavía más palpable esta influencia en

el siguiente soneto, publicado en junio de 1810 en el mismo *Diario de México.*

Hija parlera del excelso Divo,
joven sonora que la noble gloria
del héroe estampas en la fiel historia,
su nombre conservando siempre vivo;

Tú, alma Clío, que de verde olivo
la sien ornada, y trompa meritoria
empuñas, para hacer a su memoria
el elogio más noble y expresivo:

Eterniza en tu libro duradero
los grandes hechos de quien ha sabido
modelo ser de jefe verdadero;

de Pérez Valdelómar, conocido
por general bizarro, cuyo esmero
a Yucatán en todo ha engrandecido.

Quintana Roo escribió mucho, al decir de sus contemporáneos. Buena parte de sus escritos se publicó anónima. Sin embargo, los artículos que de él se conocen y pueden identificarse por las iniciales consabidas, son relativamente escasos, lo cual no impidió que el insigne yucateco gozara de larga y nunca entibiada fama.

Y es que, principalmente por la palabra y por el ejemplo, constituyó, durante prolongados años, un superior modelo de virtudes cívicas. Y es, asimismo, que, llegado a la madurez, traspuesta ya la edad de la pujanza y del combate, alcanzada la libertad y creada la Patria, Quintana Roo difundió y propagó su saber y su patriotismo en las nuevas generaciones: se hizo un maestro.

Guillermo Prieto, en las ingenuas *Memorias de mis tiempos,* cuenta, con delicioso candor, el episodio que transcribo:

En una de las tardes (hacia 1836, probablemente) tristona y lluviosa por cierto, llamó a la puerta de la Academia [la de Letrán] un viejecito, con su barragán encarnado, a cuadros, con su vestido negro, nuevo y correcto, y su corbata blanca, mal anudada, y un sombrero maltratado con la falda levantada por detrás. Era penoso el andar del anciano; su cuerpo notablemente inclinado. Tez morena; ojos negros muy expresivos y brillantes, y una frente verdaderamente olímpica y llena de majestad.

El viejecito tocó la puerta, y sin más espera se entró de rondón en el cuarto y se sentó con el mayor desenfado entre nosotros, diciendo:

—Vengo a ver qué hacen mis muchachos.

La Academia se puso en pie y prorrumpió en estrepitosos aplausos, que conmovieron visiblemente al anciano. El nombre de Quintana Roo, que tal era nuestro visitante, fue pronunciado por todos los labios, y por aclamación irresistible fue elegido nuestro presidente perpetuo.

El júbilo por este nombramiento fue tan ardiente como sincero. Nos parecía la visita cariñosa de la Patria.

Con elementos literarios tan valiosos como el licenciado Quintana Roo y el doctor Cos, que escribían en el campamento insurgente, aprovechando los instantes que los azares de la guerra les dejaban libres, en medio de la agitación y del sobresalto, entre el tumulto y las aventuras de la contienda, a la llama humosa de las fogatas del vivac, la revolución hacía su camino en las conciencias y tenía una voz elocuente y alta que, a pesar de las prohibiciones, de las excomuniones, de los castigos, de las amenazas de muerte, de la feroz crueldad realista, resonaba clara y rotundamente en los espíritus, despertando anhelos de justicia y de libertad. Los papeles insurgentes se mandaban romper y quemar: la mano del verdugo era la encargada de cumplir la orden virreinal

en las plazas públicas de la capital y de las provincias. Todo inútil: en fragmentos, en cenizas, en polvo, se difundía y volaba por los ámbitos del país el alma de la patria.

*

Entre tanto, en la capital de la Colonia se vivía en una inquietud silenciosa, pero expectante. Al parecer, la tranquilidad reinaba, como antaño, en la vida neo-española. La *Gazeta* publicaba, de cuando en cuando, los partes militares de los jefes realistas, anunciando las constantes derrotas de las desordenadas fuerzas insurgentes. El *Diario de México,* con veladas alusiones, con suaves eufemismos, apenas, si, también de tiempo en tiempo, dejaba entrever la situación real del virreinato. La agitación no salía a la superficie; se quedaba revolviendo y enturbiando el fondo. Los folletos contra los insurgentes se repartían en profusión inusitada. El Gobierno, para hacerse perdonar la sangre inocente y la culpada, vertidas sin tasa, las violentas y enérgicas disposiciones, las medidas crueles, los bandos de terror, anunciaba una política de dulce y afectuosa conciliación, de tardía confraternidad, de equidad e igualdad, de acariciadora esperanza en un porvenir cercano de paz y de justicia.

Pero en las valijas de correos de las diligencias que recorrían las provincias, venían las noticias alarmantes, las cartas confidenciales, las narraciones de los incidentes revolucionarios, las descripciones de las ciegas y cruentas venganzas de las turbas, los asesinatos, las depredaciones, los crímenes, los asaltos de unos; las poblaciones diezmadas, las mujeres ejecutadas impíamente,

la furia loca, los excesos de opresión y de represión de los otros; y por todas partes las matanzas, los desenfrenos, el delirio, la visión roja de un pueblo que pasa, iracundo, famélico de pan y de derecho, agitando las teas del incendio y las banderas de la muerte.

Nada públicamente escrito; todo comunicado en secreto, a la sordina, en voz muy baja, en cuchicheos de tertulia, en rumores de sacristía, en acercamientos femeninos de basquiña a basquiña, en rápidos vocablos y en claves convencionales, bajo los embozos de las capas. La Censura vigilaba; atisbaba la Inquisición; la traición, arteramente, huroneaba.

El nombre del general Calleja sonaba muy alto, nota aguda de una presuntuosa y falsa epopeya, en tanto que, casi en silencio, se pronunciaban, con veneración, con religiosidad, los nombres de los héroes que habían sucumbido ya, cubiertos de ignominia y de vergüenza, pero firmes en su apostólica fe de mártires, y se repetía, con asombro y entusiasmo, el nombre de otro cura, de José María Morelos y Pavón, quien acababa de realizar la prodigiosa hazaña del Sitio de Cuautla.

De repente, un grito de júbilo, un grito sonoro y vibrante, salió, como un contenido desahogo, de algunos viriles y fuertes pechos: era que la Constitución de Cádiz les otorgaba el derecho supremo de la palabra libre. La Constitución fue jurada el día 30 de septiembre de 1812. El bando sobre la libertad de imprenta se promulgó el 5 de octubre siguiente.

El *Diario de México* del día 7 del mismo mes, es decir, dos días después de aquel en que el bando recorrió las calles de México, trae esta efusiva expansión del editor José Ruiz Costa:

Amados compatriotas: Ahora sí que el Soberano rompió las negras cadenas del despotismo y arbitrariedad, y dejó la América de ser el juguete de los tiranuelos. Contemos desempuñado el cetro de hierro, y puesta la barrera incontrastable a los esfuerzos de las pasiones y al espíritu desolador de ambición y tiranía; pues la libertad de la Prensa, base titular de la libertad política y civil, llegó a tomar asiento entre nosotros, a pesar del terror pánico que tiene trémulos a todos los monstruos que han merecido el nombre abominable de enemigos de la humanidad. Sean nuestras plumas las terribles clavas que labren la ruina de semejantes hidras; velemos sobre la favorecedora Constitución que hemos jurado, presentando a la faz de las naciones o al filo de la espada, al sacrílego que infrinja sus leyes con el objeto solapado de entregarnos lentamente a la anarquía más horrorosa, y labraremos así la base de nuestra futura felicidad; nuestras plumas serán aquellos célebres censores que dejaron tan ilustres memorias entre los romanos. ¡Americanos! Llegó el deseado momento de hacer ver al mundo vuestros agravios, quejas y distinguidos talentos, y que si el *Telégrafo americano, Diario de México* y otros papeles que he tenido el honor de presentar al público (que tanto me ha favorecido) se llenaron con asuntos frívolos, disputas pueriles y discursos formados en provincias de felicidad más temprana, reimpresos a beneplácito del Gobierno, que nos quitaba el lugar o gusto para vaciar nuestros pensamientos, fue porque carecíamos las más de las veces de objetos en que fijar nuestros discernimientos, particularmente en gobernantes, a quienes la fuerza nos hacía mirar como a cosas endiosadas.

En ninguna parte de la Monarquía española se presentan más objetos para los escritores, como en este ensangrentado y desgraciado reino.

La Naturaleza, ese reloj animado por la Sabiduría eterna, nos presenta interesantes cenizas, y su sonido triste, capaz de enternecer cualquier corazón sensible, hace tiempo que hiere los oídos, como pudieron herir los agonizan-

tes quejidos de medio millón de inocentes seducidos al exhalar su último aliento, por las heridas profundas que hicieron hijos en padres y padres en hijos; su penetrante eco parece que hace escuchar: "¡Considerad la causa de vuestros males espantosos!" "¡En qué vendréis a parar!" "¡Cómo se detendrán arroyos de sangre!"

Ojalá que así como he merecido el favor de Su Majestad por haber derramado casi toda la sangre que circuló en mis venas, y los intereses de mi familia, en obsequio de la Patria, queriendo imitar a mi amado padre, mereciera también el de todos mis conciudadanos, y fuera capaz de ayudarles a labrar su felicidad futura en los pequeños ratos que me lo permita mi trabajosa ocupación, en medio de mis pocos años y mis débiles conocimientos.

El joven que así se expresaba con tan macarrónica literatura y con la apariencia de defender la causa española, sufría uno de los primeros atentados del Gobierno contra la famosa libertad de imprimir. El papel de que Ruiz Costa era editor, el tantas veces mencionado *Diario de México,* trae en su número 2,575, del tomo XVII, correspondiente al lunes 19 de octubre de 1812, la relación que transcribo, suscrita por el mismo Ruiz Costa:

He recibido un discurso relativo al señor comandante del primer batallón americano, y es necesario, para que se publique, que su desconocido autor dé una responsabilidad de su papel, porque yo no soy responsable de opiniones ajenas.

El día 17, al mediodía, me sorprendieron en mi casa dos oficiales del expresado batallón, mandándome que entregara todos los papeles que tenía. Me resistí a tal delirio, y me amenazaron con la justicia, enviando por ella el uno al otro; ceñí mi sable con objeto de resistir la violencia si hubiera llegado a más. Llegó, en efecto, no sé qué miembro de justicia, al parecer escribano o alcalde, y

dijéronme los oficiales que traían orden verbal del excelentísimo señor Virrey para que les entregara el papel ya citado. Yo continué mi resistencia por no creer que el señor Virrey fuera capaz de mandarme aquella orden ejecutiva por medio de unos oficiales que no eran sus ayudantes y que atropellaban mis derechos; y habiéndome dicho Su Excelencia que no dio tal orden ¿no es esto una desvergüenza, falta de respeto e insulto? ¿Pues qué, así debe entregar, a unos oficiales, los papeles un depositario de la opinión pública y de los secretos ajenos? Si supieron que yo tenía tal papel ¿por qué lo exigían violentamente? ¿Así se atropella a un ciudadano? ¿Así abusan de la autoridad del capitán general unos oficiales de guerra? ¿Así cumplen con la Constitución sabia que el día antes celebraron?

Se dice ya en la ciudad que me fueron a prender... ¡Qué escándalo! Sólo faltó que hubieran llevado una compañía de cazadores y me hubieran pasado por las armas en el acto.

Si esto sucede con un hombre de conducta pública, que tiene a sus puertas la guardia del señor coronel de Nueva España, que se hallaba rodeado de testigos, y que sin haber faltado a nadie sostenía su derecho a 50 varas del real palacio ¿qué hubiera sucedido a un inocente cualquiera, indefenso y sin testigos, a 50 leguas de distancia, no queriendo obedecer un capricho igual...?

La actitud de Ruiz Costa tuvo por resultado que, poco tiempo después, el disgusto del virrey Venegas obligase al editor del *Diario de México* a dejar su puesto en ese periódico. El cual comenzó una nueva época bajo la dirección del licenciado Juan Wenceslao Barquera, quien había estado dirigiendo, desde 1811, *El Mentor Mexicano,* semanario discretísimo y entretenido. Este literato, que calzaba casi todos sus escritos periodísticos en el *Diario,* con la letra "D", se había expresado en términos

un tanto ambiguos y solapados, al juzgar de la libertad de la prensa.

Decía el 9 de octubre de 1812:

> Que esta libertad es un lazo, es innegable; pero ¿para quiénes? Para los enemigos de la Patria, para los calumniadores, infamadores y precipitados. Pero para un declamador de la verdad y para un hombre de bien, ingenuo y sencillo, no es lazo; éste, escudado con la justicia, como es públco, puede hacerla ver a la Junta provincial de censura en caso de juicio; y aun dado el de que ésta le faltase, tiene el recurso de aguardar la declaración de la censura suprema. Hablad verdades, mexicanos, y acabad de conformar vuestras opiniones en justicia.

Trampa creía, pues, el licenciado Barquera la prerrogativa de la nueva Constitución; trampa fue, en efecto, aunque muchas gentes de buena fe creyesen otra cosa. Entre ellas no faltó quien entonara himnos triunfales a la recién otorgada libertad. Oíd esta anacreóntica:

Llenad las hondas copas
del néctar de Lieo,
pues ya de nuestra gloria
llegó el dichoso tiempo.
Con himnos sonoros
el día celebremos
en que la dulce patria
recobra sus derechos.
Y baje al hondo abismo
y expire en voraz fuego
la horrenda tiranía
verdugo de los buenos.
¿La veis, la veis, amigos,
bajar en raudo vuelo,
risueña y amorosa
del alto firmamento?
¡Oh, libertad preciosa!
Ven a mi tierno pecho,
y en él por siempre mora
y enciéndele en tu fuego.
Loor a los patriotas
del español Congreso
que el fiero despotismo
lanzaron de este suelo.
Y mengua a los serviles,
y odio y baldón eterno
al déspota que intente
*violar nuestros derechos.**

* Anónimo.—*Diario de México,* 8 de octubre de 1812.

Era, a pesar de todo, tal la efervescencia social, tal el deseo de romper aquel largo y temeroso silencio, que, a los tres días de haberse promulgado el liberal decreto, apareció un semanario célebre, el más célebre de nuestra historia de Independencia: *El Pensador Mexicano.* Lo redactaba un hombre de ingenio, de atrevimiento y de valor: JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI (1774-1827). El número primero de este papel trae en la portada un epígrafe tomado de las fábulas de Fedro: *Neque enim notare singulos mens est mihi; verum ipsam vitam et mores hominun ostendere... Ergo hinc abesto, Livor, ne frustra gemas.* El periódico de Fernández de Lizardi comenzó con sumo tacto, con estudiada discreción, al punto de que la misma *Gazeta del Gobierno* anunció la aparición de *El Pensador Mexicano,* en un aviso en el que indica los puestos y alacenas donde podía encontrarse el nuevo papel. Pero a medida que avanzaba Fernández de Lizardi en el análisis de la situación, iba enardeciéndose su atrevimiento y las verdades políticas saliendo de su pluma en un estilo franco y sencillo que no dejaba lugar a dudas. Escuchad un fragmento del número 5 del *Pensador:*

> ¡Qué capaz que en tiempo de Carlos III hubiera Godoy sido, no digo *Príncipe de la Paz,* pero ni *pífano de la guerra!* Dos malos ministros sé que tuvo, pero no duró mucho su privanza; y que, ya se ve, que en línea de ambiciosos y déspotas, no eran capaces de descalzar a don Manuelito; pero ¡ah fortuna de pícaros! murió Carlos III, subió al trono el sencillote Carlos IV, tocó la guitarra Godoy, cantó sus boleritas, lo oyó la Reina, le acomodó el músico, habló por él al Rey, se quitaron los embarazos de Florida y Aranda, y se llevó el diablo a España y a las Indias, de pilón.

Las Indias, sí, las Indias; esta preciosa parte de la Monarquía; esta margarita inestimable de la Corona de España; esta bolsa donde la Divina Providencia derramó a manos llenas el oro, la plata, los ingenios, la fidelidad y la religión, yace sepultada en la más horrible confusión, en la guerra más sangrienta, y camina por la posta a su certísimo exterminio, no por culpa de nuestros siempre amados Soberanos, ni de los buenos ministros, ni de los ilustres españoles, sino por el mal Gobierno sostenido por los déspotas tiranos; por esta maldita antipatía de *criollos* y *gachupines,* fomentada cerca de tres siglos por los indignos de una y otra especie, pues es menester considerarlos como *animales de distinta especie,* ya que ellos no han querido ser unos por la religión, por la sociedad ni por el origen. Sí, monstruos malditos, vosotros los déspotas, y el mal Gobierno antiguo, habéis inventado la insurrección presente, que no el cura Hidalgo, como se ha dicho: vosotros, unos y otros, otros y unos, habéis talado nuestros campos, quemado nuestros pueblos, sacrificado a nuestros hijos y cultivado la cizaña en este Continente.

No una cabeza que tengo, aunque tuviera más que las que la fábula concedió a la hidra Lernea las apostara, seguro de no perderlas, a que si nos hubiéramos amado sin rivalidad, si nos hubiéramos socorrido mutuamente, si hubiéramos sido hermanos, no en el nombre, sino en el corazón; si hubiéramos tenido siempre un Gobierno protector, unos ministros sabios, políticos y amantes de la Humanidad, que no hubieran atado las manos a los americanos, sino franqueádoles los arbitrios de la industria y la Naturaleza para que adquiriesen con menos embarazo su subsistencia; si a los indios se les hubiera tratado como lo que son y no como lo que quisieron que fueran; si se les hubieran concedido los privilegios de hombres, quitándoles exenciones de neófitos, exenciones que les han sido terriblemente perjudiciales (como lo probaría en caso necesario); si hubiéramos gozado, por último, los generales beneficios de la libertad que nos acaba de conceder la Nación, no digo Hidalgo, ni el mismo Lucifer hu-

biera sido capaz de reunir tan en breve las numerosas gavillas con que vimos comenzar la insurrección, ni ésta hubiera tomado cuerpo ni los pueblos se hubieran obstinado.

Así daba principio a su magna labor pública un literato que tres años antes apenas se había dejado distinguir por algunos versos, por algunas letrillas satíricas, y, tal vez, por alguno que otro folleto intencionado y cáustico.

La fecundidad de este escritor es incomparable. Fue periodista político, costumbrista, novelista, poeta lírico y dramático. No comenzó, como tantos otros, a brillar desde la primera juventud. En la madurez de la vida estaba cuando apareció en México *El Pensador Mexicano:* se acercaba a los cuarenta años.

Fernández de Lizardi puede llamarse, literariamente hablando, hijo de la Constitución de Cádiz. Ella lo alentó, lo estimuló, lo lanzó definitivamente. Desde que se promulgó la libertad de imprenta, él se presentó como un voluntario del pensamiento.

Juzguemos, desde luego, al periodista.

En ninguna otra de sus obras se revela Fernández de Lizardi tan de cuerpo entero como en la que, precipitadamente escrita, en la hoja volante, en el "papel", refleja la momentánea impresión, el influjo directo del medio social sobre el espíritu generoso y libre de este hombre atrevido.

Es en el periódico, en su periódico, donde resultan más relevantes sus facultades, y también mejor delineados sus defectos. Su estilo es llano hasta la chavacanería; su tendencia a la observación y a la imagen naturalista, lo lleva a ser exacto hasta la grosería. Los diálogos, que

él maneja con magistral soltura, están copiados con tanta propiedad, que el léxico usado en ellos se halla pletórico de modismos y vocablos regionales; el lenguaje del pueblo está trasladado allí con fidelidad, con verdad, pero sin arte, sin artificio alguno, sin gusto.

Es realmente digna de estudio y reflexión la manera del "Pensador", su procedimiento. Se trata, en cierto modo, de un folklorista espontáneo, que hizo de refranes, locuciones y giros populares, una literatura especial, genuina y característica, tan apropiada a las circunstancias que ninguna otra supo encontrar el camino para llegar más pronto al alma de la muchedumbre. No fue él el iniciador, es verdad, de este modo de llevar ideas y sentimientos políticos a las últimas capas sociales, para hacer propaganda entre los que se habían salvado del analfabetismo; otros, anteriormente, emprendieron esta tarea de copistas verbales; pero en Fernández de Lizardi se acentuó, se definió y se perfeccionó el sistema.

Mientras los literatos de gabinete, los letrados universitarios formulaban y conformaban su literatura de acuerdo con los preceptos de la retórica pulcra, fría y severa de entonces; mientras las altisonancias del lenguaje, la morbidez escultural de la cláusula, la forzada trasposición, el retorcido hipérbaton, la construcción latinizada, el academismo, en fin, el atildado academismo seudoclásico, llenaban los escritos realistas e insurgentes, "El Pensador" torcía el rumbo, desnudaba su estilo de la pedante ornamentación churrigueresca, y hacía entrar, naturalmente, su pensamiento en la forma baja, en la expresión prosaica, en la ramplonería familiar y casera. Es cierto que tan lejos estaban del arte los academistas como el sencillo imitador del habla popular; pero éste, sin

pretenderlo quizá, orientaba el movimiento literario hacia una senda nueva, más amplia y de horizonte más dilatado. En su trivialidad había una gran dosis de sinceridad, de verdad, de naturalidad. Y estos elementos habían de incorporarse después a nuestra literatura, y de sanarla un poco del terrible mal del énfasis.

"El Pensador", por lo general, no abandonó su habitual llaneza. Escribió para el pueblo y en él entró, como nadie lo había logrado.

A veces, sin embargo, la profundidad de su sentimiento, la claridad de su pensamiento, son poderosos impulsos y bastan por sí mismos, sin necesidad de ajeno esfuerzo a remontar su estilo, a elevar su palabra a las alturas aquilinas de la elocuencia. Entonces no sólo persuade, sino conmueve y arrebata.

Pero nunca, ni cuando rastrea con apariencias de puerilidad, ni cuando vuela con fascinaciones de inspiración, lo abandona su maravilloso buen sentido: es él segura y constante brújula para encontrar el norte de su pensamiento; es su encantado talismán en cualquier misterioso laberinto.

Sus ideas avanzan, sus pasiones se expanden, sus palabras se adornan, sus ataques se envenenan, sus alabanzas se hinchan, hasta donde lo permite el buen sentido.

En medio de aquella sociedad que reventaba en fermentaciones de rencor y de odio, cuando la costra social estallaba para dar salida a gases de libertad largo tiempo comprimidos; cuando la exaltación tomaba proporciones de frenesí, y las pasiones estaban ciegas y locas, y una gran nube de sangre palpitaba en la atmósfera, Fernández de Lizardi, combatió en favor de la Independencia con una serenidad extraordinaria. Era un equilibrado, un pondera-

do. Por eso calculaba y veía mejor que otros, y por eso también, su pensamiento, que era la verdad misma, penetraba más hondo en las conciencias.

"El Pensador" no usó, o usó muy pocas veces, el insulto violento. A su servicio estuvo siempre arma más sutil y penetrante: la ironía.

Y es asimismo de llamar la atención que, en tanto que el doctor Cos, y el licenciado Quintana Roo, y el doctor Maldonado, y Bringas y Encinas, y Beristáin, y Fernández de San Salvador, se enardecen con los hervores que engendra su pluma turbulenta, Fernández de Lizardi conserva su juicio sereno y escribe artículos sensatos y razonados en frío.

A cuanto pudo alcanzar su delicadeza, fue, el autor del *Periquillo,* un fino ironista. Hubo momentos en que todos alrededor suyo blasfemaban y gritaban, y él sonreía. Mas aquella sonrisa, en su cara roja y cenicienta de mestizo lampiño, inquietaba más a los gachupines que las noticias de los alborotos insurgentes. Aquella sonrisa grave y fatídica, era la señal de la reivindicación, era la libertad, era la justicia.

Ningún escritor hizo tantos adeptos ni convenció a tantos rehacios como éste con su tranquilo pensar y su don prodigioso para esgrimir el ridículo y la burla.

Cohibido, cada vez más, por la censura; encerrado en el círculo de la prohibición que se reducía minuto a minuto en torno de sus ideas, "El Pensador" se veía obligado a sortear peligros y a burlar vigilancias, valiéndose de subterfugios de ingenio, de personajes simbólicos, de fábulas emblemáticas y oscuras, o de triviales y maliciosos paliques. A través de ellos dejaba transparentar sus opiniones, todas encaminadas a sugerir la emancipación.

Ahí están, característicos de este modo de escribir, sus artículos. Ahí está la *Proclama del Pensador a los habitantes de México en obsequio del excelentísimo señor don Félix María Calleja del Rey,* en la que con el ropaje coruscante de un panegírico, lanza Fernández de Lizardi al feroz general realista la sátira más terrible y sangrienta. Ahí está la famosa *Visita a la Condesa de la Unión,* donoso cuento que no es otra cosa que una revista política. Ahí está la *Carta al excelentísimo señor don Francisco Javier Venegas,* sarcástica invectiva envuelta en dulzura y suavidad.

En sus ratos de holgura y alegría, era un censor municipal que se burlaba de las descabelladas disposiciones, de los inútiles bandos y reglamentos del Concejo. Gustaba este escritor, no sólo de lucubrar en las regiones del ideal, sino de descender también a la tierra para ejecutar obras útiles y prácticas. Sus modos de ver, no son, en este género, otra cosa, que una aplicación de su buen sentido. El lo hizo considerar la escuela como meta suprema de regeneración, sin la cual, la libertad resultaría infecunda. En cuanto produjo este laborioso se sorprende su vocación de moralista; en nada tanto como en sus prédicas sobre la instrucción pública. Era un maniático de la educación.

> Señores párrocos e Ilustres Ayuntamientos —decía— vosotros sois los que debéis emprender esta obra útil y provechosa a la sociedad futura. A vosotros se os ha confiado este cargo por Dios, por la Sociedad y por la Patria. Es bien sabido que el primer paso que se debe dar para este asunto, es la apersión de escuelas de primeras letras; ésta es la piedra fundamental sobre la que debe levantarse el edificio de la educación popular.

Y, en seguida, para no desmentir su juicio de hombre práctico, indicaba los medios a que debía recurrirse para alcanzar el ponderado propósito.

Estos son sermones cívicos de 1814. Hoy nos parecen comunes y corrientes; en aquel tiempo eran raros y comprometedores.

"El Pensador" era un creyente, un cristiano, un católico observante y sumiso. Ni otra cosa era posible en México al principiar el siglo XIX. El ambiente levítico que se respiraba aquí entonces, lo respiró Fernández de Lizardi a plenos pulmones. En su testamento está su confesión. Allí se ve que lo único que detestaba este hombre de sano criterio, era el absurdo religioso. Sin embargo, en sus declaraciones muestra a las claras que no era, ni con mucho, un teólogo, y que, por lo tanto, ignoraba la interpretación verdadera de los dogmas.

> Digo yo, el capitán Joaquín Fernández de Lizardi, escritor constante y desgraciado, conocido por *El Pensador Mexicano,* que, hallándome gravemente enfermo de la enfermedad que estaba en el orden natural me acometiera, pero en mi entero juicio, para que la muerte no me coja desprevenido, he resuelto hacer mi testamento en la forma siguiente: Declaro ser cristiano católico, apostólico y romano, y como tal, creo y confieso todo cuanto cree y confiesa nuestra Santa Madre Iglesia, en cuya fe y creencia protesto que quiero vivir y morir; pero esta protesta de fe se debe entender acerca de los dogmas católicos de fe, que la Iglesia nos manda creer con necesidad de medio. Esto sí creo y confieso de buena gana y jamás, ni por palabra ni por escrito, he negado una tilde de ello.
>
> Mas acerca de aquellas cosas, cuya creencia es piadosa o supersticiosa, no doy mi asenso ni en *artículo mortis.*

*

"El Pensador" novelista, es poco distinto del "Pensador" periodista. Ni en la forma pierde su estilo grueso y seco, pero preciso y claro, ni en el fondo deja su marcada, su honda tendencia ética. Ya en 1814, había comenzado a ensayar su péñola en el cuento y la narración, mientras dio a la estampa su miscelánea periódica *Alacena de Frioleras.*

Se adivina también en las novelas de Fernández de Lizardi, la precipitación, el ahinco, el aceleramiento con que fueron escritas. Es un autor superabundante, que tiene siempre a su disposición, no un tesoro de ideas nuevas y brillantes, sino una serie de ordenados conceptos de sociología y de moral, ejemplificados constantemente con casos de la vida práctica. Sus teorías estaban basadas en lecturas de los pensadores franceses de la segunda mitad del siglo XVIII, aplicadas a las condiciones peculiares de su país y de su época. Y se valió de la novela como de un género a propósito, por su apariencia de entretenimiento y frivolidad, para la propagación eficaz de sus ideas políticas y de regeneración social.

Cuatro obras del susodicho género escribió Fernández de Lizardi: *El Periquillo Sarniento, La Quijotita y su prima, Noche triste y día alegre, Don Catrín de la Fachenda.* Este último es trabajo póstumo (apareció en 1832) y quizá pudiera caber dudas acerca de su perfecta autenticidad. No existen precisas comprobaciones que demuestren ahora con toda claridad el verdadero origen de *Don Catrín de la Fachenda;* y sólo nos quedan dos datos muy dignos de tomarse en consideración, además de la semejanza literaria: la honorabilidad del impresor don Alejandro Valdés, en cuya oficina se hizo la primera edición

del *Periquillo,* y el hecho de no haberse levantado protesta alguna de los contemporáneos del "Pensador", a la aparición de su referida obra póstuma.

El Periquillo Sarniento es un cuadro completo de la existencia colonial, de la que nos quedan, todavía, vestigios característicos. Es la historia de un mexicano de entonces... ¡ay! y de muchos de ahora: es una sátira flagelante de las costumbres de antaño, de las cuales algunas son de hogaño porque han persistido y flotado por encima de la ola civilizadora.

Cada episodio tiene, por lo común, su lección moral, largo discurso persuasivo a manera de moraleja.

Críticos entusiastas derivan esta novela de las picarescas españolas. Es verdad.

El héroe de la novela mexicana, de la primera, tal vez de la única novela mexicana que está llena de capitoso sabor local, es un truhán de la familia de Lazarillo de Tormes y de Guzmán de Alfarache. Es un mestizo; pero en él se reconocen los ímpetus de la sangre española. Es audaz, pendenciero, jugador, amigo de la holganza y del vicio; y, no obstante, un fondo de generosidad y nobleza lo hace simpático. Indudablemente que Fernández de Lizardi había leído las novelas picarescas, y asimismo, aquel genial resumen galo de ellas: el *Gil Blas.* Usa de los procedimientos narrativos de estas obras, a las cuales se asemeja por la copia brutal pero vigorosa y franca de la vida, sin engañifas, sin ambajes, sin tapujos ni hipocresías. Y también posee de ellas cierta marcada complacencia en describir y contar escenas del más crudo naturalismo.

"El Pensador" en ninguna página de *El Periquillo Sarniento* llega a ser inmoral; en bastantes, sin embargo, es sucio hasta el asco. Nótase, a pesar de ello, su afán de

presentar horrible y repugnante el vicio. Es la suya una prédica escatológica. Esto es lo que les da peculiaridad a los episodios, que, por otra parte, tienen mucho color, mucha viveza y están estudiados con muy rara penetración. Toda la voluminosa novela, repito, no es más que un pretexto para que el moralizador predique, y señale y analice el sociólogo.

La sátira de las costumbres es tremenda. Los errores de educación, los vicios sociales, los abusos de autoridad, los rancios privilegios, las torpes reglamentaciones, las falsas ideas sobre los hombres y las cosas, los viejos modos de ver y de vivir, están espontánea y admirablemente expuestos y ridiculizados.

En la ficción, las aventuras se suceden, aisladas, unas de otras, por largos intervalos de digresiones morales exornadas de citas de historia clásica, y alguna vez de versos y sentencias latinas. Era el gusto de la época.

Y el rasgo persistente del carácter del novelista se revela en su anhelo por interpolar en el cuento reglas de conducta y prescripciones higiénicas.

El Periquillo Sarniento es un tipo; es más: es una galería de tipos chuscos, malignos, ridículos, perversos, bondadosos: Juan Largo, el doctor Purgante, el escribano Chanfaina, Luisa, el Chino; toda una teoría de personajes auténticos, moviéndose en primer término y teniendo por fondo los coros más abigarrados y típicos: tumultos de léperos, rondas de serenos, cuadrillas de ladrones, procesiones de indios; el desfile, en fin, de una muchedumbre popular que cruza por la literatura mágica de un risueño e intencionado evocador.

La ciudad de México está reproducida con una fidelidad de grabado antiguo. El México viejo resucita lleno

de frescura y lozanía, animado por el poder maravilloso de una pluma fácil y amena.

No es minucioso Fernández de Lizardi para sus descripciones; es, por el contrario, sobrio, breve, simple. No son los suyos lienzos acabados, sino bocetos ligeros. Pero posee la facultad de los escenógrafos: dar efectos enérgicos y exactos con pinceladas de brocha gorda.

Todos los críticos están conformes en que "El Pensador" era un revolucionario. Eso fue siempre; en esta obra, más, tal vez, que en ninguna otra de sus fábulas. Era un demoledor.

No lo es menos en *La Quijotita y su prima,* que resulta otro inacabable sermón moralizador; otra sátira de costumbres, otra acción desarrollada con lentitud e interrumpida por digresiones y comentarios sobre educación, higiene, religión y urbanidad.

La novela pretende comprobar, en su desarrollo, cómo no sólo las malas inclinaciones sino también los malos hábitos, destruyen toda felicidad y acarrean toda desgracia.

Con el mismo propósito que *El Periquillo* y *La Quijotita,* fue escrita la narración, de gusto netamente mexicano, llamada *Don Catrín de la Fachenda.* Trátase de la vida de un pícaro de los tiempos coloniales, y, en particular, se trata de pintar, con idéntico pincel epigramático y moralista, este tipo de Nueva España: el catrín. Los episodios novelescos de esta obra no carecen, como es de rigor en los procedimientos de Fernández de Lizardi, de su moraleja correspondiente.

Pudiera yo casi afirmar que, salvo el origen, que es bastante turbio en este héroe, *Don Catrín de la Fachenda* no es otro que el mismísimo Pedro Sarmiento en una

nueva serie de aventuras, no muy distintas por cierto, de las anotadas ya, en la pormenorizada crónica de su vida. La impresión, por lo menos, que produce *Don Catrín,* es la misma que la que produce *El Periquillo:* el estilo corriente y fácil; la observación burda pero exacta; la sátira tosca pero espontánea, y, por bajo de todo, una severa predicación contra los malos hábitos, las perversas costumbres y los errores rutinarios.

En *Las noches tristes y el día alegre* es ya otro el aspecto literario. En estos diálogos, "El Pensador," imita, acercándose mucho al modelo, las famosas *Noches lúgubres* de José Cadalso. El poeta español, cuya existencia agitada y apasionada terminó de manera tan heroica y trágica, escribió las *Noches lúgubres,* imitando, a su vez, como se sabe, al poeta inglés Young. Sin embargo, en su libro patético y macabro, Cadalso puso todo el horror, toda la locura, todo el ciego arrebato de un amor bruscamente interrumpido por la muerte. Y esa especie de necrofilia espiritual cometida en el cadáver de la actriz María Ignacia Ibáñez, da acentos de verdad y sinceridad a las *Noches lúgubres.*

Algunos soplos de ese aliento pavoroso pasan por las páginas de la imitación mexicana. Y queriéndose adaptar Fernández de Lizardi al estilo solemne y elegíaco del autor gaditano, cuajó sus *Noches tristes* de exclamaciones, de interjecciones y deprecaciones, que, a través de los años, nos suenan ahora a vacío, a falso y artificioso. Aquí fue donde "El Pensador" pagó su natural tributo a la moda. No obstante, hay también en este trabajo de nuestro novelista, como en el del español, un deseo de reproducir la verdad exaltándola y deformándola.

El escritor mexicano recuerda en sus *Noches tristes* las

angustias y los sufrimientos que lo conturbaron durante las persecuciones de que fue víctima en plena lucha por la Independencia. En este sentido son interesantes los diálogos, no ya como literatura únicamente, sino también como sicología. En las hojas de este breve trabajo del "Pensador" se confiesa una alma.

*

Las piezas teatrales de Fernández de Lizardi que han podido llegar hasta nosotros son: la segunda parte del melodrama *El negro sensible* (1825), cuya primera parte, de autor ignorado hoy, se representaba ya en 1805; el *Auto Mariano* para recordar la milagrosa aparición de nuestra madre y señora de Guadalupe, y una *Pastorela* en dos actos, de la cual se han hecho en México muchas ediciones.

El erudito mexicanófilo Luis González Obregón cita también, en la biografía del "Pensador", *El unipersonal de don Agustín Iturbide,* que, según el juicio del escritor nombrado, es un monólogo de verso endecasílabo en el que hace serias reflexiones, acerca de sus errores políticos, el efímero primer Emperador.

Francisco Pimentel en su *Historia crítica de la poesía en México* (México, 1885), libro de una utilidad indiscutible para la investigación literaria en nuestro país, se refiere a una pieza en cuatro actos y en verso, poco menos que desconocida, del autor del *Periquillo: La tragedia del padre Arenas.* Según he podido averiguar, un ejemplar de esta obra rarísima se halla en la biblioteca del sabio Pimentel.

No se distingue, por cierto, como poeta dramático el insigne y fecundo escritor revolucionario. Su estilo desenfadado y tosco, no escaso de ingenio, aunque sí de gusto, lo acompaña a través de las peripecias escénicas.

El teatro en México era una rama enteca de nuestro árbol artístico. Vivía éste, como se ha visto, alimentado por la savia española; mas la flor última, la poesía dramática, esa flor que revienta en las ramas del arte cuando una literatura ha llegado a su plenitud, no era ni podía ser entre nosotros una lozana muestra, prometedora de sápidos y brillantes frutos. Nuestro teatro, que durante el período colonial se nutrió de reproducciones e imitaciones (aunque entre éstas hubiese algunas de valor indudable, como *Los empeños de una casa,* de Sor Juana Inés de la Cruz, y poetas como Fernán González de Eslava hubieran tratado de dar color local a sus composiciones), nuestro teatro, repito, al anunciarse la emancipación, pretendía también buscar personalidad y carácter vernáculos, y llevaba al tablado tipos, costumbres y sucesos genuinamente nacionales. Quería en suma encontrar, como en la fábula, campo abierto para el desarrollo de una variedad nueva dentro de la ineludible unidad de la lengua y de la raza.

Las más famosas comedias de Lope, Tirso, Moreto, Rojas Zorrilla, Calderón, Guillén de Castro, Vélez de Guevara, Montalbán, Fernando de Zárate, Solís, Bancés Candamo, Zamora y Cañizares, se representaban en México al principiar el siglo XIX, con gran contentamiento y aplauso del público virreinal. Don Juan Ruiz de Alarcón pasaba con *El tejedor de Segovia* y *La verdad sospechosa* despertando en el auditorio del Coliseo Nuevo un sentimiento de orgullo: aquel ingenio de tan ro-

bustos vuelos nos pertenecía; había nacido en tierra americana; había estudiado filosofía en la Universidad de México; de aquí su musa se había llevado inspiración y asunto para triunfar en la España gloriosa de Felipe IV.

Ni faltaban tampoco en los programas de espectáculos nombres de dramaturgos del siglo XVIII: las comedías de Moratín y los sainetes de don Ramón de la Cruz entretenían y alegraban a los colonos. Molière, y aun Shakespeare, un poco alterados, castellanizados, adaptados, cruzaban de cuando en cuando el escenario con sus arquetipos simbólicos. Y las tragedias y los melodramas de la escuela francesa tan en boga entonces, acudían, en buen número, a provocar ansias y lágrimas con sus efectismos y sensiblerías.

Mas no por eso los poetas nacionales abandonaban la tarea de hacer comedias, ni los grupos literarios dejaban de dar pábulo y estímulo a esas inclinaciones.

En 1805 el *Diario de México,* fiel a sus propósitos de alentar la producción intelectual, comenzó a abrir una serie de concursos para premiar obras teatrales: sainetes, dramas, tragedias.

De estos concursos salieron para la escena los sainetes: *El blanco por fuerza* de Antonio Santa Ana; *El hidalgo en Medellín,* de Juan Policarpo; *El miserable engañado y la niña de la media almendra,* de Francisco Escolano y Obregón; *El rábula,* de autor mexicano desconocido. También por ese tiempo, y gracias a los tales concursos, fueron escritas, aunque ignoramos si representadas, las comedias *La Mamola y La Florinda;* un drama: *Cortés en Tabasco;* un melodrama: *La mexicana en Inglaterra;* y una tragedia de asunto azteca: *Xóchitl.*

De este mismo impulso, sostenido hasta que los acon-

tecimientos políticos sustrajeron, para ellos solos, todas las fuerzas intelectuales del país, brotaron probablemente las tres comedias de Juan Wenceslao Barquera: *La delincuente honrada* (título imitado de la obra de Jovellanos), *La seducción castigada* y *El triunfo de la Educación,* y las piezas dramáticas de Anastasio de Ochoa y Acuña: *El amor por apoderado, La huérfana de Tlalnepantla,* y la tragedia histórica *Don Alfonso,* que, según noticias de los papeles de entonces, fue representada con gran éxito el año de 1811.

Fernando Gavila, español, actor, autor y director de la compañía del Coliseo Nuevo, en 1808, era el encargado, asimismo, de arreglar y poner en escena espeluznantes y lacrimosos dramones, y piezas de espectáculo en las que funcionaban, para engendrar efectos escénicos, escotillones y tramoyas. A semejanza de la *mosquetería* de los corrales madrileños, gustábamos mucho aquí de los bailes obscenos y de las coplas picarescas. Apuntaba ya nuestra hereditaria inclinación a la pornografía en el teatro.

Y no sólo, sino que en petipiezas, pasillos y tonadillas, aderezados con el espontáneo y gentil gracejo novohispano, deslizábanse dichos picantes, chuscas salidas y salpimentadas y groseras expresiones populares.

El poeta José Agustín de Castro, citado ya en el presente estudio, publicó una petipieza titulada *Los remendones,* cuyos personajes son Lucas y Gervasio, zapateros de viejo; Pepa la poblana, y Tules la mexicana. El lugar de la escena es el barrio de San Pablo, de México. Para que se vea comprobada mi observación de que los dramaturgos, como los fabulistas, trataron de llevar al tablado gentes autóctonas y costumbres peculiares, reproduzco el comienzo de *Los remendones:*

(Accesoria: sale Pepa muy andrajosa, y con ademanes de enfado.)

PEPA. ¿Qué hará este diablo de Lucas?
Ni una noticia ligera
he tenido de él; parece
que se lo tragó la tierra.

(Sale Tules también muy rota, pero con banda a la cintura, y el trenzado bajo, a usanza de las mujeres del Barrio de San Pablo, hablando con Pepa.)

TULES. ¿Qué haces, niña? ¿Quién es causa
de cólera tan a secas,
que te hallo luchando sola
sin que el contrario parezca?
PEPA. Déjame, Tules, que estoy
aquí, como una verbena
de ver que el diablo de este hombre
no conoce la vergüenza.
Quince días ha que de casa
salió con la estratagema
de solicitar dos reales
que le cobra la casera.
TULES. ¡Ay, mi vida! Te aseguro
que los hombres de esta tierra
son maulas. ¿Pues qué dirás
del mío, que con gran paciencia
se cobijó días pasados
aquella sábana puerca,
y ha que no le veo la cara
cuatro semanas con ésta?
PEPA. Seis años ha que yo y Lucas
vivimos en esta guerra,
y del dichoso *conjungo*
aun no se da providencia.
Yo no sé qué gana tuve
de enredarme con tal bestia,
pues me tenía mejor vida
de muchachita doncella.

No digo que era de coche,
vajilla, ni otras grandezas;
pero vivía, no lo dudes,
con más descanso en la Puebla.

TULES. El demonio son los hombres,
y lo que más me envenena
es ver a un despedazado
querer gastar tanta ostenta.

PEPA. Para eso no hay otro Lucas,
que si tratarme lo oyeras,
te daría risa no poca
lo pelucón que se muestra.
Te aseguro que si el trasto *(enojada)*
delante se me pusiera
le había de decir horrores,
pues ya conoces mi lengua.
(Lucas, adentro, en voz alta.)

LUCAS. ¿Remendar?

(Sale envuelto en su frazada, el sombrero roto, y en una cestilla los instrumentos de su oficio, y le dice Pepa con ironía y enojo.)

PEPA. —Hola, *tatita,*
mira esto. ¿Ya no se acuerda
de la posada? Aquí vivo.
¿De dónde, bueno, mi perla?
¿No ve usted pardear la tarde,
y que no son horas éstas
de remendar?

LUCAS. *(Con cachaza.)* Muchos hay
que por la noche remiendan.
En fin ¿qué ocurre, madamas?

PEPA. Mil y más cositas nuevas
que tengo en sal esta noche
para usted, señor don Pelmas.

LUCAS. Yo no vengo para dichos.

PEPA. Ni yo lo estoy; pero es fuerza
responder a su pregunta.

LUCAS. Y bien ¿cuál es la respuesta?
PEPA. *(Con enojo.)*
Que lo que ocurre son piojos,
hambres, desdichas, miserias;
de modo que me imagino
en otro año de cincuenta.
LUCAS. *(Con orgullo.)*
Está bien. ¿Quién me ha buscado?
PEPA. *(Con mofa.)*
Un santuno su colega,
tres Marqueses, dos Oidores,
y un Corregidor de fuera.
De parte del Consulado
dos convites, y que esperan
se digne Usía de prestarles
el honor de su asistencia.
LUCAS. Vamos con tiento, señora,
y modérese en arengas
de ironía, que nadie burla
a don Lucas de Villegas.
PEPA. *(A Tules, aparte.)*
Mira, niña ¿no era mano
de romperle la cabeza
a loco tan vanidoso?
¿Has visto qué desvergüenza?
TULES. *(A Pepa, aparte.)*
Dile el huevo y quien lo puso,
por tu vida, en mi presencia;
que yo prometo explicarme
cuando Gervasio parezca.
PEPA. *(A Lucas, más enojada.)*
Pues dígame el don figura,
don trapo, don chimenea,
don rabo de papelote,
don pañal, don servilleta
¿quién, pues, había de buscarlo
que un Alguacil, con licencia

de ponerlo por sus drogas
en el cepo de cabeza?
¿No se mira ese pelaje,
tan fatal, que le chorrean
las hilachas del fundillo
a modo de mamaderas?
¿No se mira esos zancajos,
esos chanclos, esas medias,
que más decente está Judas
el sábado que lo cuelgan?
¿No se mira esa carilla
de Pastor de Nochebuena,
muy poblada de bigotes
con que arruina cuanto encuentra?
¿Quién, pues, había de buscarlo,
ni a qué intento? Mejor fuera
saber ser hombre de casa
para poder mantenerla;
y no que aquí está una pobre
imitando a doña urgencia,
hija de un tal don latido,
y de una doña flaqueza.
Yo no vine de mi patria
para ser anacoreta,
en cueros toda la vida,
y mantenida con yerbas.
De modo, que temo mucho
que con el tiempo me huela
la barriga a campo santo
según el pasto que encierra.

LUCAS. *(Con entono.)*
Pues dime, mujer del diablo
¿qué te falta?

PEPA. Buena es ésa
¿qué te falta? Todo, todo.

LUCAS. Ea, vamos, que no hay paciencia.
¿Qué ha que falto yo de casa?

PEPA. Quince días.

LUCAS. ¿Y en la alacena
no dejé cuartilla? Ya
armarías alguna fiesta.

TULES. *(A Lucas, con mofa.)*
¡Ay, señor Luquitas! ¿Ahora
quiere usted que le den cuentas
de cuartilla?

LUCAS. Sí, señora,
que no es alguna Marquesa;
y cuartilla son dos tlacos,
que si por cacaos se ferian
importan cuarenta y ocho,
que son muy bonita renta.

PEPA. *(Con ironía.)*
Pues oiga usted la memoria
de lo que compré con ella.

LUCAS. Diga usted, que no es razón
desperdiciar las monedas.

PEPA. Un trajecito de moda,
ocho pares de chinelas,
un brillante, varias cintas,
dos abanicos, dos muestras,
para ir a un baile de fama
con que don Pedro Contreras
recibe a una Comadrita
en la calle de Zuleta;
porque como saben todos
que soy señora de esfera,
y dama de un Mayorazgo,
ayer me enviaron esquela.

LUCAS. Muchas son esas perradas,
mire usted, señora Pepa,
que si me enfado, no habrá
demonio que me contenga.

(Asoma Gervasio envuelto en una sábana rota y sucia, con sombrero muy usado, e igualmente andrajoso que Lucas, y con los mismos avíos de remendón, y dice a Tules en tono de cólera disimulada.)

GERV. Eso sí, señora Tules,
usted en visita: es pieza
llegar un hombre a su casa,
y hallar a usted en la ajena.

TULES. *(Con mofa.)*
Mira esto: no sé de dónde
cuide usted de mi asistencia,
cuando ha que falta de casa
cuatro semanas enteras.
(Sale Gervasio y responde.)

GERV. Eso ha sido indispensable,
según las graves, diversas
situaciones, en que a muchos
nos ponen las ocurrencias.

TULES. *(Con ironía.)*
Es verdad, no me acordaba
de las continuas tareas
que sufre usted por empleado
en el Crimen, en la Audiencia,
en el Tabaco, en la Aduana,
en la Casa de moneda,
en la Dirección de azogues,
en el Tribunal de Cuentas;
a más de los muchos autos
que en Palacio se le entregan
en virtud de la confianza
que hace de usted su Excelencia;
de modo que aunque se tratan
allí distintas materias,
para otros son las comunes;
mas para usted las secretas.

GERV. *(Enojado.)*
Para ella, y toda su casta,
la picarona altanera,
que así se explican, delante
de don Gervasio de Cuenca.

TULES. *(Con mofa.)*
¡Jesús! ¡Qué don tan cantado!

(A Pepa, aparte.)
Mira, niña, qué llanezas;
con menos causas hay jaulas
en San Hipólito llenas.

GERV. Don, y muy don, y cuidado
como sobre el don se alterca,
que yo sé que soy muy don
y lo tuvo mi ascendencia.

TULES. Que usted tiene Don, no hay duda,
pero por atrás, y es prueba
el que lo conocen todos
por el remen-dón.

GERV. No es esa
la circunstancia.

TULES. Pues, Tata,
yo no sé de dónde venga
ese don.

GERV. —De que mi padre
fue primo de una Condesa.

*

Pero volvamos al "Pensador". En cuanto se refiere a literatura dramática, no hizo más ni mejor que sus contemporáneos. Así como en la petipieza de Castro se imita la jerga del lépero, en el *Auto Mariano* Fernández de Lizardi imita el balbuciente y salvaje castellano del indio. Habla Juan Diego delante del señor obispo, y, refiriendo la aparición de la Virgen de Guadalupe, dice:

On cosa traigo, Teopixqui,
que te lo ha de dar contento.
Yo lo soy de Cuautitlán,
y me los llamo Juan Diego;
de Tolpetlac los venía
a Tlaltelolco: en el cerro
de Tepeyacac, señor,
hoy todavía amaneciendo
los oyí on mósica alegre
y los ví todito el Cielo,
porque los ví ona Niñita,
tan linda que... yo no puedo
decir osté, Pagre mío,
como lo era ese portento.

En fin, ella me llamó,
y me los dijo: Juan Diego,
yo soy la Madre de Dios,
María Virgen, anda luego
a México, y di al Obispo,
que quiero que me haga un [templo
en este mismo lugar,
donde nostraré el afecto
de Madre, a cuantos devotos
busquen mis piedades. Esto
es, Señor, lo que vi yo,
y cumpliendo los preceptos
de ona Reyna tan hermosa
los vine a decir...

Pero no siempre puede sostener esta imitación indígena y, a veces, obliga al mismo Juan Diego a expresarse, correctamente, en ardorosos arranques líricos:

¡Sus ojos! Si los vieras,
de admiración y gusto te murieras,
lindos, negros y bellos,
iguales a las cejas y cabellos;
la frente es despejada,
la nariz es pareja y afilada;
una y otra mejilla
son dos fragantes rosas de Castilla;
la boca es un rubí, pero pequeño;
la barba es de primores un diseño.
El cuello es firme, blanco y bien torneado,
las manos, sólo Dios que las ha criado.
¡Con qué gracia las llega
juntas al pecho, en ademán que ruega!
Viste, de oro bordada,
una túnica roja o encarnada,
a la que a su cintura
un cíngulo morado la asegura,
y cierra junto al cuello
un gracioso botón, de luz destello,
que en el medio grabada
tiene una negra cruz. Está adornada
con un manto decente,
que de pies a cabeza honestamente
la cubre: su color ¡oh, qué consuelo!
¡cuál otro puede ser, sino de cielo!

Mírase guarnecido
de un dorado filete, muy pulido,
y en el centro del manto, en luces bellas,
tiene cuarenta y seis lindas estrellas.
Una corona peina
la cabeza imperial de esta gran reina;
a toda esta belleza cual ninguna,
sirve de peana la menguante luna;
¿y qué mucho si un ángel con ternura
también está a los pies de su hermosura?
Este dibujo, la rudeza mía
es el que puede hacerte de María.

Estos versos nos hacen olvidar al autor popular y trivial de la *Pastorela* y del melodrama del *Negro sensible,* y nos recuerdan al poeta lírico. Y al recordárnoslo, refrescan y acarician nuestra memoria con una remembranza infantil. Todos los niños mexicanos, durante las generaciones que caben en un siglo, hemos recogido de los labios de nuestras madres, para recitarlo con ellas, a modo de plegaria cotidiana, el *Himno a la Divina Providencia:*

Mano divina, sacra y admirable
del Ser Eterno, que por modo sabio
mueves del globo la pesada mole
sobre el sol mismo sin ningún trabajo...

Pero lo más notable del poeta lírico está en las *Fábulas.* El carácter de moralista del "Pensador" se encuentra a sus anchas en este género de poesía eminentemente docente. La forma convencional de las lecciones éticas que contienen las fábulas cuadra sobremanera con las inclinaciones de Fernández de Lizardi, quien, dando animación a lo inanimado, y habla y raciocinio a lo mudo

e irracional, sabe herir la imaginación, e infiltrar en el intelecto una verdad, ejemplificada por modo peregrino en una breve y sentenciosa ficción, para que pueda correr de boca en boca y retenerse largo tiempo.

Desde el padre Esopo las bestias toman el lugar de los hombres. El maravilloso La Fontaine puso en el hocico de monteses alimañas la sonrisa alada del *esprit*. Samaniego e Iriarte dieron gravedad de castellano viejo y adusto, de severo dómine, a las fieras hurañas.

Es verdad que, lo mismo en el poeta francés que en los literatos españoles, aparece con más frecuencia la malicia que la virtud, y que sus curiosos apólogos tienen más de mundología que de moral. Lamartine, con espíritu tan desprendido de la tierra, tan henchido de ideal, sentía repugnancia por las fábulas, y no tuvo empacho en encararse con la crítica consagrada y llamar cínico y malo al "buen La Fontaine". Las lecciones de sentido práctico y egoísta de este excelso vividor sublevan al poeta de la melancolía y de la fe.

"El Pensador" siguió particularmente las huellas de Samaniego. Para fabulista poseía Fernández de Lizardi las cualidades esenciales: laconismo, intención, gracia. Es cierto que su gracia solía ser gruesa y fuerte y que muy rara vez encontraba el matiz exquisito de la elegancia; pero ésta la suplía bastante bien con fluidez y desenfado, y aquella se clarificaba de las más oscuras impurezas al pasar por las alquitaras de la versificación. Descuidada era ella, mas no escasa de donaire, y por algún giro peculiar, por el uso de algún empolvado arcaísmo, por tal cual violenta construcción, se infiere que el literato mexicano pensaba mucho en los poetas de los siglos XVII y XVIII.

Estaba Celia hermosa
una noche leyendo entretenida,
cuando una mariposa
entró, vido la luz inadvertida...

¿Quién no rememora, por ejemplo, al leer estos versos, el *Murciélago alevoso* de fray Diego González?

Pero el genio epigramático del autor del *Periquillo* halla conveniente a su ironía el molde frágil y exiguo de la fábula.

José Joaquín Fernández de Lizardi no era un poeta, como en el alto sentido no lo fue tampoco su modelo, Félix María Samaniego. Carecía de inspiración, de hondo y puro sentimiento de lo bello. Su musa tenía cortadas las alas por la mano de la realidad y caminaba con paso firme por el suelo, ya ceñuda, ya sonriente, señalando vicios y ensalzando virtudes.

Era una musa que no se desdeñaba de recorrer, con la greña suelta, los suburbios de México, y de compartir la vida íntima del lépero y del catrín, para conocerlos y retratarlos mejor. Vivía del pueblo y para el pueblo. Era, puede afirmarse, el pueblo mismo.

Medio siglo más tarde, galvanizada de año en año por el *Payo del Rosario*, por el *Gallo Pitagórico*, por las *Cosquillas*, se puso en pie, más vigorosa, más bella, iluminada con deslumbradores destellos de poesía. Caminaba también por los barrios de la Metrópoli y se mezclaba con la plebe; pero, por un prodigio del arte, volaba, de cuando en cuando, con vuelos inquietos de ave regocijada. La musa del "Pensador" cantaba en el alma de "Fidel". Había cambiado de nombre: se llamaba *La musa callejera.*

Pero grande como es el caso de atrevimiento, de per-

severancia y de inteligencia de Fernández de Lizardi, no es un caso aislado. No estaba sólo en la capital cuando dio principio a la lucha literaria en pro de la libertad y de la justicia. Lo acompañaba otro valiente y fogoso espíritu; otro hombre de una tenacidad y de una laboriosidad rayanas en lo increíble: CARLOS MARÍA DE BUSTAMANTE (1774-1848).

No creo llegado el momento de hablar de este conspicuo colaborador en la formación de la patria nueva. Su puesto, en concepto mío, está en el período siguiente, entre el grupo magno de historiadores que floreció después de 1821. Allí el licenciado Bustamante representa principalísimo y glorioso papel; allí, en la madurez de su talento y de su vida, en el reposo de las fatigas del combate insurgente, desarrolla sus excepcionales y cultivadas facultades de observador y de narrador, un tanto desarregladas por la vivacidad del carácter y la inquietud alocada de la imaginación.

No es posible, sin embargo, hablar del *Pensador Mexicano* y pasar en silencio otro papel que se publicó casi simultáneamente: *El juguetillo.*

Impresión tan entusiasta como la que produjo *El Pensador Mexicano,* causó también el periódico de Bustamante. Está escrito *El juguetillo* en lenguaje menos corriente, menos familiar y casero que el usado por Fernández de Lizardi. Y la argumentación más nutrida y sólida, la dialéctica manejada con mayor seguridad y pericia, la cita y la alusión hechas con aplomo doctoral, despiertan, no interés más vivo, pero sí confianza más completa que los artículos del *Pensador.* No llega Carlos María de Bustamante a escritor correcto y académico. A semejanza de su compañero literario, carece del sentido de finura y elegan-

cia que poseían otros de sus contemporáneos; el mismo Lizardi lo aventaja en ver el color y en trazar, con bruscas pinceladas, cuadros pintorescos. Mas en punto a usar de la ironía y de la reticencia para envolver y disfrazar sus ideas atrevidas y revolucionarias, no le va en zaga Bustamante al autor de la *Proclama a los habitantes de México*. Desde el primer número de *El juguetillo,* se vale de estos necesarios recursos de ingenio. En estos términos se dirige a un panegirista del general realista Félix María Calleja:

> Señor Panegirista: las almas elevadas no se nutren con mentiras, ni se envanecen con elogios desmesurados. El ambicioso de gloria, en los términos que permite la razón, por la que las pasiones mismas, bien ordenadas, son unas virtudes, siempre buscan la verdad: miran como delito separarse de ella, le tributan homenaje y odian a los que la adulteran. Si el señor Calleja ha obrado bien, si ha economizado la sangre de los hombres, si ha llorado sobre los cadáveres de los vencidos como César en las llanuras de Farsalia; si ha enjugado las lágrimas de los infelices; si ha recibido con los brazos abiertos a los que imploraban su misericordia; si ha guardado el derecho de la guerra; si ha hecho observar la disciplina; si ha respetado las propiedades, venerado el santuario, honrado a sus ministros, conducídose como un general, dejando por los lugares de su tránsito, no las huellas de la desolación y de la muerte, sino las de la paz y beneficencia a semejanza de un genio bienhechor, él hallará en el fondo de su corazón aquella *dulce paz* que es el fruto de la *buena conciencia;* él oirá con ánimo igual las injurias del que lo aborrece como los aplausos del que lo venera y aprecia. Si en los momentos de tranquilidad recorre la memoria de sus jornadas militares, él se acordará si las madres sacaban a sus hijos de pecho y se los presentaban en los caminos como hacían los admiradores de César desde

> Brindis hasta Roma para decirles. "He aquí el padre de los vencidos; he aquí el genio bienhechor desconocido en las edades pasadas..." Esta es satisfacción, que sólo él se podrá proporcionar, si ha sabido ganarla con sus virtudes, y que usted no podrá darle con su panegírico.

Bustamante lanzaba a los cuatro vientos este cruel sarcasmo, precisamente cuando la Colonia entera temblaba todavía de pavor al recuerdo de los cruentos furores, de las iras locas, ciegas, frenéticas, del general realista; de Zitácuaro arrasado; de Cuautla saqueada; de las multitudes pasadas a cuchillo; de las mujeres, de los ancianos y de los niños mandados asesinar en un momento de vesania impulsiva.

Llano como "El Pensador"; pero un poco más cuidadoso de la expresión, Bustamante escribe con el mismo afincamiento que aquél; y, no obstante, su ilustración, su profesión, sus lecturas, le servían para ennoblecer y aliñar la forma y desenvolver, con precisión y armonía mayores, la idea. Mas lo que seduce y simpatiza y conmueve en los artículos de *El juguetillo,* es que de todos ellos se escapa, como de mal cerrado vaso, un espiritual perfume de amor por la patria, de fe en la patria. Y así era, y así fue siempre; los errores, las vacilaciones, las contradicciones de Carlos María de Bustamante, no lograron jamás opacar ni mellar su patriotismo fuerte y puro, como bloque de diamante.

Pocos números de *El juguetillo* se publicaron: seis solamente. Bustamante, como Fernández de Lizardi, fue perseguido, y no preso como éste, porque logró escapar a tiempo de la celada que le tendieron los esbirros. Apareció, pocos meses después, en el campo de la literatura insurgente, a mediados del año de 1813, dirigiendo y redactando *El*

Correo Americano del Sur que en Antequera (Oaxaca) había fundado, por orden de Morelos, el doctor José Manuel de Herrera.

En derredor de estos dos importantes papeles sediciosos de la capital, agrupáronse durante ese corto período de libertad intelectual, otras publicaciones, de las cuales no tenemos noticia exacta. (Un número, por ejemplo, de *El Despertador de Michoacán* ha podido llegar solamente a nuestras manos). Pero que hubo más de los citados, nos lo demuestra el fragmento que sigue, y es de una carta reservada del virrey Calleja dirigida a Fernando VII en 18 de agosto de 1814:

> En dos meses de práctica que aquí tuvo en tiempo de mi inmediato antecesor la imprenta libre, causó tal irritación en los ánimos y abortó en tan extraordinario número de papeles sediciosos, incendiarios, e insultantes, que estuvo muy próximo el momento de una sedición activa en esta capital, principiando a manifestarse con aparatos violentos con motivo de la primera elección popular para Ayuntamiento, que fue también el primer triunfo efectivo de los rebeldes. Descompúsose el populacho preparado con los papeles y, alentado por los malos que se mezclaron en la multitud, se inundó la ciudad de pelotones de gente que por ser de noche conducían gran número de hachones; gritaron *vivas* a Morelos, a la independencia y a los electores, todos americanos, sospechosos, y la mayor parte infidentes; vocearon *muertes* a los europeos y su Gobierno; intentaron forzar la torre de la Catedral para soltar las campanas, y osaron presentarse ante el Palacio a pedir la artillería. La imprenta libre quedó, pues, suprimida; y yo representé vivamente a la regencia, suspendiendo también el cumplimiento de otra orden que se me comunicó después, para que, no obstante dicha ocurrencia, pusiese en ejercicio aquella ley constitucional.

La represión gubernativa a que se refiere Calleja fue tan enérgica y completa, que ya en 1816 el silencio había vuelto a conquistar sus viejos dominios en Nueva España. La revolución misma parecía vencida y exangüe. Los grandes caudillos habían sucumbido fiera y gloriosamente. La sangre de Morelos había sido lavada, según la heroica leyenda, por las aguas piadosas del lago de San Cristóbal. México dormía en un triste sopor de anemia. La libertad, momentáneamente, enmudecía.

Pero en 1817, con la romántica expedición de Mina, vino un libro insurgente que ya en España andaba causando alboroto. El autor, que lo escribió en Londres, lo trajo a México en su equipaje de revolucionario. Se llamaba *Historia de la revolución de Nueva España.* Lo firmaba el señor José Guerra, doctor de la Universidad de México. Bajo este nombre, compuesto con uno de los suyos de pila y el apellido materno, se ocultaba un escritor conspicuo, un ser extraordinario, un aventurero de novela: fray SERVANDO TERESA DE MIER (1765-1827).

Fray Servando Teresa de Mier y Noriega y Guerra fue el criollo más batallador e inquieto de la época: un espíritu de alas muy grandes que se sentía estrecho y prisionero en la jaula de hierro de las preocupaciones. Obligado quizá por las cariñosas urgencias de los padres, sugerido, de pronto, y ofuscado por las insinuaciones constantes de amigos y allegados; empujado, por la necesidad social que la nobleza de su abolengo le imponía, a la carrera eclesiástica, tomó el hábito dominico, que él sintió siempre como si llevase una camisa de fuerza; le oprimía y le desesperaba. A los veintisiete años de edad era doctor de la Universidad de Nueva España. Comenzaba también a ser un rebelde. Su inadap-

tación al medio claustral era tan cierta, que en el convento mismo predicaba contra las reglas. Mier, dice un biógrafo, sostenía entre los profesores "que los votos eran impracticables, las tentaciones muchas y el mal ejemplo acaba por arrastrar al mejor".

Ilustrado, nutrido de enseñanza filosófica, insaciable lector, observador en grande de las cosas, como que sabía remontar muy alto su pensamiento, empezó a vivir en ese período especial de nuestra historia, que inicia la borrasca política. Sus reflexiones, hondas y rápidas, le llevaron muy lejos. Era un consultor apasionado de los enciclopedistas. Y el espectáculo de la Revolución Francesa y de la independencia de los Estados Unidos había saturado su corazón de amor a la libertad. La ensalzaba sin circunloquios y sin miedos. Con un candor infantil expresaba y explicaba ardorosamente sus ideas.

Los inquisidores fruncieron el ceño. Los frailes españoles empezaron a verle con intranquilidad. El clero mestizo, por el contrario, lo vio con simpatía y extrañeza. El talento vivaz, la concepción rápida, la palabra insinuante y fácil de Mier, eran peligrosos. El Gobierno virreinal, que le tuvo desconfianza, pidió informaciones secretas acerca del modo de pensar del dominico. Las obtuvo alarmantes. Dentro del hábito blanco y negro del doctor, se ensanchaba, ansioso de aire libre, un pocho de revolucionario.

El arzobispo Haro, que preveía y quería contener el levantamiento de los criollos contra los gachupines, se propuso dar un enérgico golpe político, so capa de defensa a los dogmas, persiguiendo en Mier la idea, todavía imprecisa aunque ya extendida ocultamente, de la Independencia.

Las persecuciones, las prisiones, los trabajos y pesadumbres que sufrió el doctor Mier, llenan la existencia de este hombre raro, sagaz y cándido, tímido y audaz, sencillo y complicado, humilde y orgulloso a un tiempo, como si la Naturaleza se hubiese complacido en formar un espíritu con antítesis y paradojas.

Fue el suyo un continuo agitarse y debatirse entre las trampas de un largo proceso eclesiástico, cuyo origen es un sermón pronunciado por Mier el día 12 de diciembre de 1794, en el Santuario de Guadalupe. En esta pieza de oratoria sagrada, el doctor pretende desvanecer la leyenda de la aparición de la Guadalupana al indio Juan Diego, sustituyéndola con una sutileza de investigación arqueológica, a saber: la Virgen de Guadalupe fue traída a México por Santo Tomás, que hizo su misteriosa visita a la América en los tiempos precortesianos. La tesis, tan atrevida para aquellas épocas de fanatismo pesado y denso, quitaba el misterio de lo sobrenatural a la vieja pintura. El sermón de Mier, atiborrado de teología, muestra más el ingenio que la convicción, y por encima de todo, muestra asimismo el deseo de arrancar una absurda y grosera superstición.

En la primera carta del novoleonés (había nacido en Monterrey) al doctor Juan Bautista Muñoz, Cronista Real de las Indias, en el año de 1797, se encuestra el siguiente significativo pasaje:

> Si yo hubiese predicado contra la tradición como se me ha acusado, le respondería con las palabras de San Gregorio Magno, sobre el 9º de Ezequiel: *quando de veritate scandalum, utilius permittitur nasci scandalum, quan ni veritas relinquatur.* Pero fue todo lo contrario, señor. Intenté defenderla en mi sermón de 12 de diciembre de 1794,

> a estilo de los sermones de Guadalupe en México que se han convertido en disertaciones apologéticas contra los españoles indianos, que, como no nacieron en esa creencia, y tienen mucho de rivalidad nacional, no cesan de objetarnos las muchas dificultades que están saltando a la vista. Para evadirlos tomé un nuevo rumbo en que sacrifiqué alguna circunstancia no admitida tampoco por la congregación de ritos; y lo más que de aquí podía deducirse en último resultado, es que yo no creía la tradición artículo de fe, a la cual no puede añadirse ni quitarse, ni menos creía tales cada uno de sus episodios. Pero de eso tomó pretexto el arzobispo Haro para perseguirme hasta perderme, como a otros muchos americanos sobresalientes, porque tiene la misma tema contra nosotros que su paisano Don Quijote de la Mancha contra los encantadores, follones y malandrines.

La donosura con que están escritas las memorias de este hombre insigne las hace, ya no sólo interesantes y curiosas, sino por extremo entretenidas y llenas de gracia. Páginas hay en ellas que se podrían confundir con las de alguna novela picaresca española; contienen la narración de una serie interminable de aventuras y desventuras que produce el efecto de algo inverosímil e inventado para solaz de la imaginación. Sin embargo, un aliento de verdad y de sinceridad anima la acción y mueve a los personajes. Con un poco de atención, se ve que las observaciones todas están hechas sobre la realidad palpitante, y que cuanto allí se cuenta ha sido vivido, si bien nerviosa y exaltadamente, por un hombre altivo, tenaz, ingenioso, fecundo en recursos salvadores, audaz hasta la temeridad, inocente, a veces, hasta la insensatez; pero sostenedor constante, paciente, inflexible de sus ideas, de sus derechos, y, por encima, el primero de todos: el derecho a ser libre.

Apología llama Mier a su autobiografía. Parece haberla escrito en el año de 1819. Y así da principio:

> Poderosos y pecadores son sinónimos en el lenguaje de las Escrituras, porque el poder los llena de orgullo y envidia, les facilita los medios de oprimir y les asegura la impunidad. Así la logró el arzobispo de México don Alonso Núñez de Haro en la persecución con que me perdió por el sermón de Guadalupe, que, siendo entonces religioso de la orden de Predicadores, dije en el Santuario de Tepeyacac el día 12 de diciembre de 1794. Pero "vi al injusto exaltado como cedro del Líbano, pasé, y ya no existía". Es tiempo de instruir a la posteridad sobre la verdad de todo lo ocurrido en este negocio, para que juzgue con su acostumbrada imparcialidad, se aproveche y haga justicia a mi memoria, pues esta apología ya no puede servirme en esta vida que naturalmente está cerca de su término en mi edad de cincuenta y seis años. La debo a mi familia nobilísima en España y en América, a mi Universidad Mexicana, a la orden a que pertenecía, a mi carácter, a mi religión y a la Patria, cuya gloria fue el objeto que me había propuesto en el sermón.

Como es natural, la tal narración es apasionada y en muchos pasajes violenta. Desde el punto de vista que toma el doctor Mier, las injusticias resultan monstruosas, las gentes perversas y venales, los conventos focos de intriga e inmoralidad, y la sociedad española, lo mismo en España que en América, corrompida, hipócrita, enferma de malicia, de frivolidad y de miedo. Perseguido fray Servando, encarcelado, enviado a España, sujeto a condenación eclesiástica de diez años de reclusión en las Caldas de Santander, entabla un formidable combate de intelecto y de acción contra los altos dignatarios de la Iglesia, contra el arzobispo Haro, contra los covachue-

listas del Palacio Real, contra la Corte, contra el Consejo de Indias, contra los frailes dominicos, sus guardianes y espías. Cada conflicto, cada dificultad, los salva con su audaz y supremo recurso: la evasión. Cuando aprieta mucho la mano gigantesca y sombría del proceso, fray Servando, resbaladizo y sutil, se escapa. Sus ardides llevan el sello de una indómita decisión: corta plomos, quita rejas, forcejea con muros, se descuelga por cordeles hechos con las ropas de la cama; hace instrumentos de las varillas de hierro del catre; escala tapias, aprovecha rendijas, es, en fin, un prisionero de novela, un presidiario de folletín, un Rocambole del siglo XVIII.

Desde que principia, con la persecución del arzobispo Haro, en México, hasta que termina el relato de la *Apología,* la idea de la fuga es una obsesión que no abandona a Mier. Y refiere las que llevó a término o las que concibió solamente, con una sencillez conmovedora. De paso, no cesa de mostrar la corrupción y venalidad del medio en que vivía. Oíd cómo nació en él esta idea de la fuga. El día 28 de diciembre de 1794, el Padre superior del convento de los Dominicos de México, pidió a fray Servando, de orden del Provincial, la llave de su celda. Desde aquel momento quedaba detenido, a pesar de las protestas y razones del doctor Mier. Este veía venir la tempestad deshecha; oía los primeros rumores; sentía las primeras y crueles ráfagas. El atrevido predicador contra el milagro guadalupano, para salvarse, escribió una retractación forzada. Pero los días pasaban, y un angustioso presentimiento conturbaba el ánimo del prisionero.

Y una noche —dice él— melancólico y desvelado sobre la ventana de mi celda, vi a un fraile que a deshora

> de la noche escapaba del convento para ir a ver a una vestal que había sacado de la casa de mi barbero. Me ocurrió entonces que yo también podía salir a dar un poder con que interponer recurso de fuerza ante la Real Audiencia, retractando las dos retractaciones que se me habían sacado por violencia y engaño. Y llamando a un religioso amigo, le encargué se informara de aquel fraile, por dónde salió y cómo no hallaba dificultad...

Este es el objeto constante de su fuga: ir siempre en busca de justicia más alta que lo libre de venganzas. Y el delirio del perseguido, en efecto, exalta la viveza de su temperamento. Primero, en México, quiere librarse de Branciforte, "Caco venalísimo", que contra él hubiera prestado auxilio a su compadre el arzobispo, y del Provincial, que hubiera también ayudado a este prelado en sus infames maquiavelismos. Se contemplaba solo y débil.

> Con los frailes —pensaba— nada se tiene que contar cuando el prelado es contrario; son esclavos con cerquillo como los militares con charreteras. Y si el perseguido sobresale, no debe contar en su comunidad sino con enemigos. El infierno se desencadena contra él; ya mi vida no era vida en el claustro: no se me perdonaba ningún medio para deslucirme, desacreditarme y perderme hasta con anónimos al Gobierno. Gandarias tampoco me había dejado otro bien que el hábito blanco que tenía sobre el cuerpo. Al cabo temí un veneno; este crimen no es tan raro: el mismo fraile que me había acusado de querer tomar un asilo, había envenenado a su maestro de novicios García el Malagueño.

Después, en España, su preocupación, su enemigo, el aliado perverso de la injusticia y del mal, es el covachuelista León. Entre el *maremagnum* de desorden y vicio del reinado de Carlos IV, Mier se complace en re-

cargar las tintas sombrías sobre este vulgar y sometido intrigante. La máquina burocrática de entonces está descrita por Mier con cuatro desenfadados e intencionados rasgos, antes del análisis que hace de ella el acusado fraile:

> Vía reservada no es el Rey, como se piensa por acá, que sepa lo que se le quiere hacer saber. Es la Secretaría o Ministerio correspondiente, compuesto de varios oficiales, divididos en clases de primeros, o segundos, etc.; de los cuales hay uno mayor absolutamente, que está al lado del ministro, y otro llamado también mayor, que está en la Secretaría y que es el que le sigue en antigüedad. Llámanse covachuelos porque las Secretarías donde existen están en los bajos o covachas del Palacio. Y cada uno tiene el negociado de una provincia o reino, así en España como en las Indias.
>
> De éstas hay Secretarías aparte o, digamos así, covachuelos, en los Ministerios de Gracia y Justicia y de Hacienda. A estos empleos se va, como a todos los de la Monarquía, por dinero, mujeres, parentesco, recomendación o intrigas: el mérito es un accesorio sólo útil con estos apoyos. Unos son ignorantes, otros muy hábiles, unos, hombres de bien y cristianos; otros, pícaros y hasta ateístas. En general son viciosos, corrompidos, llenos de concubinas y deudas, porque los sueldos son muy cortos. Así es notoria su venalidad.
>
> A la mesa de aquel covachuelo que tiene el negociado de un reino, va cuanto se dirige, de él a la vía reservada. Y, o se limpia con el memorial, o le sepulta si no le pagan, o informa lo contrario de lo que se pide. En fin, da cuenta cuando se le antoja, y el modo de darla es poniendo cuatro rengloncitos al margen del memorial, aunque éste ocupe una resma de papel; y si pone seis rengloncitos, ha tenido empeño sobre el asunto. En ellos dice que se pide tal y tal; y si es covachuelo de los primeros o segundos, dictamina, esto es, resuelve en favor o en contra.

> Carlos IV estaba siempre, según las estaciones, en los sitios reales de Aranjuez y El Escorial, distantes unas siete leguas de Madrid, o en La Granja, distante catorce, y sólo dos temporaditas en Madrid, donde casi nada se sospechaba, ni aun se desenvolvían los líos de las Secretarías. Se enviaban, pues, desde las Secretarías de Madrid al sitio, los memoriales, con los informes de los covachuelos; a veces, carros de papel. El oficial mayor que está al lado del ministro los recibe; y cuando éste ha de tener audiencia del Rey, que la da dos o tres veces a cada ministro cada semana, por la noche, mete una porción de aquellos memoriales en un saco que lleva el papel de bolsa. En cada memorial el ministro lee al Rey el informito marginal del covachuelo. El Rey a cada uno pregunta lo que se ha de resolver: el ministro contesta con la resolución puesta por el covachuelo, y el Rey echa una firmita. A los cinco minutos dice Carlos IV: "basta"; y con esta palabra queda despachado cuanto va en la bolsa, según la mente de los covachuelos, a cuyo poder vuelve todo desde el sitio para que se extiendan las órdenes. Ellos, entonces, hacen decir al Rey cuanto les place, sin que el Rey sepa ni lo que pasa en su mismo Palacio, ni el ministro en el reino. Ni se limitan los covachuelos a extender sólo las órdenes que se les mandan poner, o tocantes a lo que baja de arriba; ellos ponen lo que se les antoja, tocante a cualquier asunto, con tal que medie en su poder algún papel, informe, etc., del cual asirse para motivar la orden dada, caso de que por algún fenómeno se llegue a pedir razón de ella. ¿Quién se ha de atrever a acusar a un hombre que manda lo que quiere en nombre del Rey?

Las peripecias de esta carrera de obstáculos se suceden sin interrupción. Fray Servando, fugitivo, recorre España, se escapa a Francia, pasa a Italia, vuelve a Madrid, sale a Portugal, va a Inglaterra; torna a México con la expedición de Javier Mina, de la cual era alma el inquieto fraile, secularizado ya por el Papa Pío VII

en 1803; es reaprehendido por la Inquisición, enviado al Castillo de San Juan de Ulúa, con rumbo a Cádiz; en la travesía, al llegar a La Habana, logró escaparse y huyó a los Estados Unidos. Allá oyó el grito de la patria libre, y su anhelo fue volver a ella; lo realizó, fue encarcelado al regreso por Dávila y reinternado a Ulúa, de donde salió para cumplir con su misión política de diputado al primer Congreso Constituyente en el año de 1822, representando a su provincia del Nuevo Reino de León. Todavía, a los sesenta años, enemigo del primer Imperio, conspirador republicano, sufrió su última prisión e hizo su última escapatoria.

Una existencia tan sin reposo, tan movediza, tan atormentada, tan febril, no podía producir obra artística ponderada y grave. Así sucedió. No la produjo. Escribió como vivió, con precipitación, con urgencia. Es el primer historiador de la Insurrección. Su libro *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac,* apareció en 1813, cuando el cura Morelos agitaba todavía, con alientos de epopeya, las llamas del incendio revolucionario. La imprimió en Londres, oculto bajo el nombre del doctor José Guerra, y es un acalorado ataque al editor de la *Gazeta de México,* el pillo Juan López Cancelada, por su folleto en pro de la causa española. Esta obra de Mier comenzó a ser protegida pecuniariamente por el virrey Iturrigaray, quien deseaba sincerarse del cargo de explotador sin escrúpulo de las prerrogativas de su alto puesto; pero, a la mitad del primer tomo, la *Historia* de fray Servando se convierte en una "apología" (así la llama) de la causa insurgente y de sus hombres.

La relación de los hechos, verídica en el fondo, está desordenada, y en algunas partes, confusa. Es interesan-

tísima, con su estilo vivaz pero incorrecto, descuidado, llano en veces, como el del "Pensador", como el de Bustamante, hasta la familiaridad y la vulgaridad. Sin embargo, páginas enteras tienen la conmovedora elocuencia de la verdad y de la convicción. Habla en ellas un hombre de extraordinaria elevación moral y de luminosa claridad de pensamiento. Una fe absoluta en los destinos de la Patria mueve la mano que trazó aquellas calientes imprecaciones. Es cierto que la forma ardorosa llega, en ocasiones, hasta la tirada declamatoria, lo cual no es de extrañar en aquellos tiempos en que todos, para exaltar los ánimos, para embriagar las pasiones con palabras, usaban de este estilo hinchado y pomposo, estilo revolucionario, de arenga y de proclama, que se bebía en las turbias fuentes jacobinas de Marat, Robespierre y Vergniaud.

Mier no es un crítico frío y severo en su *Historia;* es un fogoso razonador. Analiza cuanto se lo permite su caldeado temperamento, su acometividad impetuosa y violenta. No juzga, precisamente; ataca, y, atacando, ridiculiza, zahiere, burla. El chiste, la salida oportuna, el gracejo, y, aquí y allá, el sarcasmo, le sirven de armas favoritas. Con ellas lancea y deja malheridos a sus contrarios. Muestra constantemente ilustración, erudición, vastos y variados conocimientos. En sus formas de razonamiento, de un escolasticismo pesado, se revela el universitario, el estudiante acostumbrado a sostener actos públicos ante un concurso de birretes borlados. La *Historia de la revolución de Nueva España* carece de plan fundamental; no tiene proporción ni armonía; es intrincada, retorcida y caprichosa como el ramaje de una planta silvestre; pero tiene, en algunos puntos, la natural belleza de la sinceridad y del

sentimiento, y en otros, la fuerza avasalladora de la razón y de la justicia.

En Inglaterra también escribió su papel —seguiremos usando el vocablo arcaico— *Carta de un americano al español en Londres.* Este español era nada menos que el tremendo Blanco White, un alma gemela de la de Mier por su inquietud y por su frenético amor a la verdad y a la libertad. Blanco White se hizo un bravo partidario y un violento defensor de la causa americana. El fue el primer ibero que escribió estas memorables palabras: "El pueblo de América ha estado trescientos años en completa esclavitud... La razón, la filosofía, claman por la Independencia de América."

De vuelta de su éxodo, en los Estados Unidos, escribió una *Memoria política instructiva,* libro de propaganda insurgente.

Pero ningún trabajo suyo enseña tan completos sus cualidades y defectos literarios como la autobiografía *Apología.* Allí se ve, de cuerpo entero, al hombre y al escritor: aquél violento, pero candoroso y tenaz; éste desmañado, pero vibrante y ameno.

Y aquí llegamos a un mérito fundamental en la literatura de Mier: la amenidad. Es un *conteur* gracioso y sencillo. Corre, fácil y simple, la frase en sus narraciones, como si un conversador de estrado entretuviese a los concurrentes en una tertulia. Y esa frase, a veces punzante e irónica, a veces tierna y dolorosa, es a cada momento breve, incisiva, sintética, para compensar así los períodos que se deslizan lentos, graves, con aire doctoral, y, a modo de montera de dómine, con su final y sentenciosa cita latina.

Hay en la *Apología* ilustración, erudición y particu-

larmente observación personal y genuina. Es un curioso libro de memorias que contiene anotaciones exactas sobre hombres y cosas.

Se diría escrito diariamente bajo el imperio de una impresión recién recibida. Y estas observaciones, estos juicios de los seres y de las cosas, no son hondos, ni penetran en la raigambre, porque, por rápidos, son un poco superficiales. No baladíes, eso no; siempre llevan un sello innegable, como dije, de talento, de ilustración, de cultura. Les falta quizá justeza y robustez; pero no precisamente verdad ni realidad; por el contrario, se ve en ellas al hombre acostumbrado a perseguirlas y darles alcance. De cuando en cuando sus anotaciones son pueriles, aunque graciosas y pintorescas. Oíd:

> En Bayona y todo el departamento de los Bajos Pirineos hasta Dux, las mujeres son blancas y bonitas, especialmente las vascas; pero nunca sentí más el influjo del clima que en comenzando a caminar para París, porque sensiblemente vi, desde Montmarzan, a ocho o diez leguas de Bayona, hasta París, hombres y mujeres morenos, y éstas feas. En general las francesas lo son, y están formadas sobre el tipo de las ranas. Mal hechas, chatas, boconas y con los ojos rasgados. Hacia el norte de la Francia ya son mejores.

Y luego, su ligereza se torna en seriedad compasiva:

> Pasando de lo eclesiástico a contar algunas cosas seculares, se trabó entonces, ya se supone que por insinuación de algunos amigos convenidos, en dar a Bonaparte, en recompensa de la paz de Amiens, el Consulado por diez años. Pero él, que por una instrucción violenta había destruido el Directorio y los dos Consejos de los quinientos y de los ancianos, a los cuales sustituyó el Consulado, el Cuerpo legislativo y el Senado, se hizo nombrar cón-

sul a vida, pensando ya sin duda en el Imperio. Entonces vi que todo es fraude en el mundo político. Se abrieron registros para que el pueblo concurriera a dar su voto. Ocurren a firmar los interesados; y los que no concurren, porque no quieren consentir, pero tampoco quieren declararse por enemigos, se dan por favorables conforme a la regla *qui tacet, consentire videtur* o "quien calla otorga". Y luego se publica que hubo en su favor tantos millones. ¿Y quién podrá o se atreverá a desmentir públicamente la especie? ¡Pobre pueblo! Y ciertamente nunca vi uno más ligero, mudable y fútil que el de Francia. Basta, para arrastrarlo, hablarle poéticamente, y mezclar por una parte algunas agudezas, que son su ídolo, y contra los contrarios el ridículo, que es el arma que más temen. Allá los hombres son como mujeres y las mujeres como niños...

Desde el punto de vista estético, la observación le sugiere ideas de un atinado buen sentido:

En orden a modas —las más veces ridículas, dice— noté una cosa en mi tiempo, que me pareció racionalísima, y era que no había entonces moda determinada en París, y cada mujer se vestía diferentemente conforme convenía a su figura. El peluquero, como nadie usaba polvos, era un hombre de gusto que, después de observar atentamente el gesto de la persona, su fisonomía, color y ojos, iba ordenando los adornos propios para hacer sobresalir la hermosura; cabellos largos o cortos, rubios o negros, turbantes o flores, tal color de vestido, de arracada, de gargantilla, etc. Así, en el baile que dio el ministro del Interior al príncipe de Parma, que pasó a tomar posesión del reino de Etruria, había quinientas y nadie emparejaba con otra. Así entonces también me parecieron las mujeres hermosas en París; cuando en 1814, que volví a él, me parecieron demonios con la *chinoasa* o vestido y peinado a lo chinesco. A proporción de las mujeres variaban los hombres, especialmente el corte del

pelo, y conocí claramente por qué, a veces, una misma mujer que hoy nos parece bella, mañana no tanto, o fea: no conviene el traje a su fisonomía.

También noté cuán ridículos son los monos. Los españoles son el mono perpetuo, en sus vestidos y costumbres, de los otros europeos, principalmente de los franceses, cuyas modas adoptan sin distinguir tiempos ni ocasiones, y por eso son más ridículos. Vi, en llegando el invierno, a las mujeres del pueblo con palillos. De allá nos vino la moda que duró por toda la nación española tan largos años; pero ni allí los llevaban las señoras ni nadie sino en tiempo de invierno, en que todas las calles de París son un lodazal, y de allí le vino en latín el nombre de Lutetia: los españoles agarran la moda y la usan en todo tiempo. De Francia vinieron las botas y las medias botas, pero sólo se usan allá en tiempo de invierno por el lodo dicho; y ni en este tiempo se atrevería nadie a presentarse con ellas en una casa decente, ni se le admitiría, y en Inglaterra, ni en un teatro real. Mi español se las encasquetó para el verano también y se presenta con ellas en todas partes. En tiempo del *sansculotismo* y pobretería se inventaron las levitas que los italianos llaman cubre miseria, pero en Francia es un *deshabillé,* esto es, es un vestido sin ceremonia, de casa: nadie se presentará con él en tertulia. El español lo ha hecho un vestido solemne y general.

La malicia de Mier, combinada con su pasión y su ilustración, le sugiere asimismo, a cada rato, intencionadas y graciosas pinturas caricaturescas de las cosas que ve en su "viaje entretenido". Lo grotesco, lo picante, y algunas veces lo grosero, lo atraen, lo seducen. Gusta de dejarlos asomar aquí y allá, en las descripciones y juicios:

Sin salir jamás —apunta— del circuito del *Palais Royal,* se puede tener todo lo necesario a la vida, al lujo y

> a la diversión. Había allí once cocinas, catorce cafés, dos teatros grandes y tres pequeños, etc., y hasta secretas con su *bureau* o mesa de cambio de monedas, y gentes de peluca que ministraban servilletas para limpiarse y agua de *lavande* o alhucema para salir con el trasero oloroso. Y hasta de las malas mujeres se venden por allí, a hurtadillas, almanaques, ya en prosa, ya en verso, con sus nombres, habitaciones, dotes y propiedades.

Los pasajes chuscos y divertidos se suceden por todas partes, interrumpiendo una historia de dolor, de heroísmo y de voluntad. Estos incidentes y una candorosa vanidad acerca de la gallardía personal y del valer intelectual de fray Servando, nos obligan a sonreír con dulzura, o a reír con franco regocijo. Tal vanidad no es en Mier repugnante, ni siquiera molesta; es, por el contrario, simpática, por sincera, por espontánea, por infantil. Es un orgullo de niño.

> Yo fui embarcado hasta León, y allí atravesé la Provenza en la zaga de un coche, abrasado del sol, hasta Marsella, y vi en Viena, cien pasos fuera, el sepulcro de Pilatos. Tenía la fortuna de que mi figura, todavía en la flor de mi edad, atraía en mi favor a los hombres y a las mujeres; el ser de un país tan distante como México me daba una especie de ser mitológico, que excitaba la curiosidad y llamaba la atención; mi genio festivo, candoroso y abierto, me conciliaba los ánimos; y en oyéndome hablar, para lo que yo procuraba comer en mesa redonda, todos eran mis amigos, y nadie podía persuadirse de que un hombre de mi instrucción y educación fuese un hombre ordinario...

Pero multiplicaría yo las citas. La estancia de Mier en Francia, en Italia, en Cataluña, en otros lugares de España, le da motivo para observar curiosa y desenfa-

dadamente. En Madrid su genio irónico cosquillea y provoca la risa. Ved, por ejemplo, este cuadro de Goya:

> Casi el día que llegué vi por la calle de Atocha una procesión, y preguntando qué era me dijeron que era la Virgen P... Y es que como la imagen es hermosa, la asomaba por entre rejas una alcahueta para atraer parroquianos. El lenguaje del pueblo madrileño anuncia lo que es, un pueblo el más gótico de España. Una calle se llama de *Arrancaculos,* otra de *Tentetieso,* una de *Majaderitos anchos,* otra de *Majaderitos angostos.* Uno vende leche y grita: "¿Quién me compra esta leche o esta mierda?" Las mujeres gritan: "¡Una docena de huevos! ¿Quién me saca la huevera...?"
>
> Oí pedir limosna: "Señor, que me pele una limosna por Dios chiquito". Es la Procesión del Buen Pastor; Corpus es Dios grande. A toda esquina se le llama esquinazo y a la puerta de una casa, portal.
>
> En el centro de Madrid vive gente fina de todas las partes de la Monarquía; pero no puede salir a los barrios porque insultan a la gente decente. En los barrios se vive como en un lugar de aldea. Los hombres están afeitándose en medio de las calles y las mujeres cosiendo. El barrio más poblado e insolente es el del Avapiés. Y cuando hay fandango de manolos en los barrios, el del Avapiés es el bastonero. Esta preferencia la ganaron en una batalla de pedradas que se dieron montados en burros. Los mismos reyes tienen miedo de ir por allí, y paseando un día la reina en coche por junto al río Manzanares, donde lava el mujerío manolo, la trataron de pu..., porque el pan estaba caro. La reina echó a correr y prendieron unas treinta que luego soltaron, porque la cosa no era sino demasiado pública.

Todos estos rasgos de humorismo sano y sencillo, nos sirven, mientras vamos leyendo, para reconstruir la España de Carlos IV y resucitar, con pormenores carac-

terísticos, a los hombres, tanto como para reproducir en la pantalla imaginativa las costumbres y las cosas.

Esta *Apología,* esta historia pandemoniaca, escrita a los impulsos del afecto y del aborrecimiento, con lágrimas y risas, esta maravillosa linterna por la que pasan episodios de tristeza, de desesperación, de alegría, de cólera y de burla, es, desde el punto de vista literario, la obra más importante de Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra. Está incompleta, por desgracia, en el punto de mayor interés. No sabemos, sino por narradores fríos, la continuación de esta existencia atormentada de amor a la libertad. Otros libros son tal vez de mayor trascendencia: los de historia y los de política. Pero, lo repetimos, en ninguno se revela mejor el hombre; en ninguno se muestra más seguramente el escritor. A pesar de sus incorrecciones de lenguaje, de su léxico pobre, de sus ligerezas y extravíos, derrama calor humano; es potente porque está vivida. Debe leerla aquel que sienta flaquezas morales y necesite reforzar y estimular sus energías. La *Apología* es una inolvidable lección de cultura de la voluntad.

Fray Servando, ya secularizado, continuó los prodigios de su vida sobresaltada. Organizó, como digo arriba, la expedición de Mina; buscó y halló en países extranjeros, para la formación de la patria, fe, valor y dinero. Todavía a los sesenta años intentó y realizó su última fuga. Su clarividencia no se ofuscó ante el espectáculo, cuadro de opereta, del imperio de Iturbide, al cual dirigió crueles epigramas. Lorenzo de Zavala, que nunca vio con buenos ojos a Mier, refiere que éste llegó por el mes de julio de 1822 a México, escapado de San Juan de Ulúa, en donde le tuvo prisionero el general Dávila. Estaba

nombrado diputado por su provincia, y entró desde luego a ejercer sus funciones, "aunque, siendo religioso dominico, no era legal su nombramiento".*

> Este eclesiástico había adquirido cierta celebridad por sus padecimientos y por algunos escritos indigestos que había publicado en Londres sobre la revolución de Nueva España. Desde el momento de su llegada a México se declaró públicamente enemigo de Iturbide, contra cuya elevación al trono había ya manifestado sus opiniones desde que pisó el territorio. No faltaron quienes dijeron que Dávila le había dejado en libertad con el objeto de lanzar ese elemento más de revolución entre los mexicanos. En efecto, por tal debe reputarse a este hombre, cuya actividad era igual a su facundia y osadía. Hablaba del Emperador con tanto desacato, ponía tan en ridículo su Gobierno, que el tolerarle hubiera sido un principio de destrucción más entre tantos como existían. Declamaba en el Congreso, en las plazas, en las tertulias, y predicaba sin embozo, provocando la revolución contra la forma adoptada.**

Y, sin embargo, el criterio de fray Servando se había serenado y robustecido por la experiencia y el estudio. No era ya un jacobino al rojo blanco como en sus primeros años. Su retrato político está pintado por él mismo en su famoso discurso del 13 de diciembre de 1823, pronunciado en el primer Congreso Constituyente e impreso más tarde con el título de *Profecía del doctor Mier sobre la Federación Mexicana.*

> ...Yo también fui jacobino, y consta en mis dos *Cartas de un americano al español en Londres,* porque en

* Está en un error Zavala. Mier fue secularizado en Roma el año de 1803. Véase la *Colección de documentos* de Hernández Dávalos, tomo VI, pág. 854.

** Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México.*

España no sabíamos más que lo que habíamos aprendido en los libros revolucionarios de la Francia. Yo la vi veintiocho años en una convulsión perpetua; veía sumergidos en la misma a cuantos pueblos adoptaban sus principios; pero como me parecían la evidencia misma, trabajaba en buscar otras causas a que atribuir tanta desunión, tanta inquietud y tantos males. Fui al cabo a Inglaterra, la cual permanecía tranquila en medio de la Europa alborotada, como un navío encantado en medio de una borrasca general. Procuré averiguar la causa de este fenómeno; estudié en aquella vieja escuela de política práctica, leí sus Burkes, sus Paleys, sus Benthams y otros muchos autores, oí a sus sabios, y quedé desengañado de que el daño provenía de los principios jacobinos. Estos son la caja de Pandora donde están encerrados los males del Universo. Y retrocedí espantado, cantando la palinodia, como ya lo había hecho en su tomo VI mi célebre amigo el español Blanco White.

No se trataba, pues, a pesar de las observaciones de Zavala, de un demagogo insensato, sino de un convencido experto, cuyo temperamento lo obliga a la exaltación, pero también cuyas pasiones se mueven en un sólido cimiento de reflexión y de ilustración.

Mier dio principio a su dramática celebridad con un discurso sagrado; la selló con otro discurso profano. Y aún pudiera afirmarse que la famosa oración que niega la aparición de la Virgen de Guadalupe, es un discurso tan político como el que combate la federalización mexicana. Uno en 1794, otro en 1823 son elocuentes gritos de libertad. En el púlpito y en la tribuna parlamentaria, este ingenio fue todo sinceridad, todo verdad. La luz de su honrada conciencia se filtra por la urdimbre teológica, apretada como una reja claustral, en 1794, y se expande, como una aurora, en 1823.

Mier era un orador fogoso, singularmente atractivo y conmovedor. Su verba, reforzada con la figura, con el ademán, con el gesto, con el fuego impaciente de la mirada, adquiría brillo y animación insuperables. "En las discusiones se animaba con facilidad, y sorprendían algunas veces elocuentes rasgos que él vertía con voz encantadora y que sonaba como la plata".*

La muerte fue la última evasión de este espíritu irreducible y pujante que luchó sin treguas ni desfallecimientos. A los sesenta y cuatro años se rindió fray Servando. Para que sus características dotes de originalidad y acción no lo abandonasen ni un momento durante su tránsito mundano, él mismo, días antes de su muerte, *puesto, ya el pie en el estribo,* "montó en un coche y fue, en persona, a convidar a sus numerosos amigos para que al día siguiente asistieran a su sacramento" Y es que en el fondo de su alma sencilla y pura se agitó siempre un gran deseo de fraternidad, de concordia, de comunión humana. Una infinita ternura llenaba el corazón de este constante enamorado de la justicia, de la patria, del ideal. Era un afectuoso; era más, un afectivo. Así lo confiesa él mismo en un rasgo ingenuo y adorable: "Yo nací para amar, y es tal mi sensibilidad, que he de amar algo para vivir".

*

La *Apología* de fray Servando tiene una gemela en la autobiografía de José Miguel Guridi Alcocer (1763-1828), muy distinguido hombre de letras y orador político de fuerza. Guridi Alcocer figuró en las Cortes españo-

* José María Tornel y Mendívil, *Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la Nación Mexicana desde el año de 1821 hasta nuestros días.*

las de 1810, como diputado por la provincia de Tlaxcala, y allí se distinguió por la seguridad y fundamento de su juicio y la templanza de su palabra.

Era doctor en teología y cánones; ejerció la abogacía en la Real Audiencia; fue más tarde provisor y vicario general del Arzobispado, y, después de desempeñar curatos humildes en las diócesis de Puebla y de México, llegó a alcanzar el privilegiado del Sagrario Metropolitano. Dijo sermones edificantes; pronunció discursos notables; escribió poesías líricas y monografías filosóficas y morales.* Sus *Apuntes* son, con su apariencia de intimidad y sencillez, lo más interesante que produjo la pluma de Guridi Alcocer, si se toma este trabajo por el lado puramente sicológico. Y digo lo más interesante, porque en las páginas de los *Apuntes* han quedado huellas humanas, como esas que suelen descubrir los sabios en las viejas capas geológicas. No se puede dudar; el rastro está indeleble y nos obliga a decir: por aquí pasó un hombre. Un hombre con sus vicios, con sus pasiones, con sus virtudes, con su inquietud, con sus caídas de pecador y sus arrepentimientos de creyente.

Guridi Alcocer manuscribió sus *Apuntes* por un impulso, según refiere, extraño casi a su voluntad.

> Ha días —comienza— me trae inquieto el pensamiento de hacer unos apuntes de mi vida. Yo mismo no he podido averiguar la causa que me mueve, por más que la inquiero y me la pregunto: tan impenetrables así somos los hombres. A veces me parece que me lleva el fin de no olvidar jamás mis principios y defectos, para moderar-

* Guridi Alcocer escribió, según Beristáin, un *Curso de filosofía moderna.* Es de suponer que esta obra, la cual quedó inédita, debiera mucho al movimiento en favor de la filosofía moderna (Descartes Locke...) iniciado por el P. Díaz de Gamarra.

> me en los sucesos prósperos y sobrellevar los adversos. Otras me temo no me mueva aquel espíritu de ociosidad, en que encontramos más gusto que en las cosas de importancia. Quizá será una especie de vanidad de complacernos con algunos rasgos honrosos, que no faltan en el más despreciable, cuando ha recorrido algo del mundo. Lo que me atrevo a afirmar es que lo primero es lo que más dista de la verdad, porque me conozco bien. No he sabido cultivar aquellas ramillas de virtud que sembró en todos la Naturaleza; he dejado crecer demasiado la cizaña, la cual ha sofocado aquel precioso grano.

Lo que yo creo que lo movía a escribir sus memorias, era la influencia de las lecturas francesas. Guridi Alcocer era uno de los pocos que entonces sabían y cultivaban la lengua de Racine.

El ginebrino Juan Jacobo, con su morboso cinismo, con su sensualidad y su sentimentalidad hiperestesiadas, con su afán de desnudar el alma en la plaza pública, para que la escarneciesen y la compadeciesen al mismo tiempo, había despertado ese deseo de pelicanismo, de que, en reciente libro, nos habla la condesa de Pardo Bazán.

Y el contagio llegó a México y enfermó al buen cura Guridi Alcocer, y lo obligó a referir escabrosas y picarescas aventuras, en las cuales el amor, el placer y el vicio salen varias veces a recitar sus desvergonzados parlamentos. Las intrigas eclesiásticas se enredan entre las truhanerías y tejen sus arabescos de cinismo. La introspección simple, sin reconditeces, sin análisis complicados, es una operación espiritual que hace constantemente el autor de los *Apuntes*. Se estudia; ve su *yo* con mucha claridad. Y lo mismo estudia y ve el medio en que vive, las gentes con quienes se pone en contacto, los vicios sociales y personales. Es un

observador repentista. Muy pronto se da cuenta de los fenómenos que caen bajo el dominio de su observación.

El insigne Joaquín García Icazbalceta, que guardaba como un tesoro, en su biblioteca particular, el manuscrito de Guridi, lo juzgó, afirmando de él que era una "autobiografía sumamente curiosa por las cosas que el autor se atreve a contar de sí mismo, y por la pintura de las costumbres de la época".

El representante de Tlaxcala en las Cortes Españolas usa, en los *Apuntes,* de un estilo narrativo, conciso y sobrio, no ayuno de gracia y, en algunas partes, no desposeído de pureza y elegancia.

Y ya que recuerdo en mi estudio el indiscutido mérito de Guridi Alcocer, quien alcanzó, con el hechizo de su noble elocuencia, a que se reconociesen una vez más en España la ilustración y talento de los indianos, no debo olvidar otro nombre que dio gran prestigio a la colonia en los centros intelectuales de la Península y que ha dejado huella perdurable en la historia del derecho hispano y en el seno de la Academia Española de la Lengua: MANUEL DE LARDIZÁBAL Y URIBE (1739-1820), hermano de aquel famoso don Miguel que hizo en las Cotres de Carlos IV y Fernando VII un papel de primera importancia.

Los dos hermanos nacieron cerca de Tlaxcala, en la intendencia de Puebla, y estudiaron en el Colegio de San Ildefonso de México. Muy jóvenes se partieron a España. En ella hicieron señaladísima carrera y ganaron fama y honores, no sin adversa fortuna y multiplicadas contrariedades. Manuel, que es el verdadero literato —porque a Miguel puede considerársele especialmente como político, aunque ambos fuesen ilustrados y cultivasen las letras—,

llegó a la madre patria con buen acopio de enseñanzas y no despreciable cultivo mental. En el Colegio de los Jesuitas de México estudió filosofía y letras y algunos cursos de Jurisprudencia. Poco tiempo después de residir en Europa fue borlado en la Universidad de Valladolid. Veintidós años tenía Manuel de Lardizábal cuando pisó costas españolas; a los treinta y seis entró en la Real Academia Española de la Lengua, cuyo ilustre cuerpo le otorgó el honor de nombrarle su secretario perpetuo poco después. Su fama se acrecentó con los estudios filológicos y jurídicos que sucesivamente emprendió durante su permanencia en Madrid.

Y aquí me asalta la duda que tengo también respecto de otros hombres de letras. ¿Lardizábal nos pertenece? ¿Pertenece a España? Fuera de que en aquella época, y vistas las cosas desde un punto superior, no existían estas diferencias y distingos, juzgo que Manuel de Lardizábal, que aquí comenzó a educar su intelecto y allá completó su educación, no nos pertenece por entero, pero sí a medias; es, intelectualmente hablando, un árbol trasplantado que, después de su primera florescencia, nutrido con otras savias, dio los más jugosos y sazonados frutos. El largo contacto con la vida netamente peninsular, con sus hombres, con sus costumbres, influyó en Lardizábal para que considerara tal vez no esencial, sino accidental, su nacimiento en tierra americana.

De cualquier modo que sea, es preciso consignar aquí la personalidad de un poderoso talento, de un escritor castizo y alto, a quien se cita todavía, con profundo respeto, en toda obra sobre el derecho español. Los grandes trabajos de Lardizábal, además de su colaboración en dos o tres ediciones del *Diccionario de la lengua cas-*

tellana, son: el extenso estudio de la legislación penal, que debía haber servido de base a la reforma intentada por Carlos III, pero no realizada hasta medio siglo después, y del cual salió el celebrado *Discurso sobre las penas,* fundado en las teorías de la escuela clásica creada por Beccaria, e informado en amplio espíritu de tolerancia y humanidad; la compilación de leyes que, iniciada por él, había de aparecer al fin, modificada por otro jurista, con el nombre de *Novísima Recopilación,* y la monumental edición, primera bilingüe, del *Fuero Juzgo,* en la cual colaboró con Jovellanos y otros académicos, y donde figura el estudio de Lardizábal, erudito y conciso, sobre la legislación de los visigodos y la formación del *Fuero.*

El estilo de Manuel de Lardizábal se caracteriza por un prurito constante de huir de la imagen, de la metáfora, y de dejar percibir el concepto, un poco frío y rígido, es verdad, pero neto y clarísimo, por bajo la transparencia y pureza de la forma. Y al decir pureza debe entenderse y recordarse la que, en aquellos tiempos de afrancesamiento inevitable, tuvieron los escritores españoles, a quienes, de cuando en cuando, les sucede que penetran en comarcas del fraternal idioma romance, traspasando sin advertirlo, los límites del predio propio, señalados con seculares mojoneras.

Lardizábal, como expresé, es claro y sencillo, y estas dos cualidades prestan a sus escritos una severa y natural elegancia. Para la clase de estudios a que dedicó sus facultades, ningún estilo más adecuado que el que cultivó con tan prolongado suceso. Los graves pensamientos jurídicos suelen exigir, como genuina indumentaria, el negro ropón del magistrado.

Tampoco debo dejar pasar inadvertido a otro hombre excepcionalmente influyente en las letras y en la política nacionales: el notable abogado JUAN FRANCISCO AZCÁRATE Y LEZAMA (1767-1831). No creo pertinente extender en el presente estudio mis apreciaciones acerca de Azcárate, a quien luego hemos de encontrar pronunciando uno de los más hermosos discursos patrióticos. Azcárate, personaje de influencia, letrado inteligente y literato de estudio y fuste, es, sin embargo, un poeta mediano, como lo comprueban las escasas composiciones en verso que dejó publicadas, y un crítico de cortos vuelos. Sobresale como orador, y en casi todos sus escritos suena la entonación tribunicia.*

Oradores fueron también, y algunos de gran aliento, los diputados de las provincias del virreinato de Nueva España para las Cortes nacionales en 1810. Distinguiéronse de modo especial, en aquel cuerpo político, los señores José Beye de Cisneros, eclesiástico; José Miguel Gordoa, catedrático del Seminario de Guadalajara; Miguel Ramos Arizpe, cura del Real de Borbón, y el ya citado José Miguel Guridi Alcocer.

*

La poesía desmedrada y pulida de los "melendistas" y "moratinianos" calló también, como pájaro asustado, a los primeros ruidos de la tempestad revolucionaria. Muchas endechas de almíbar se deshicieron en las primeras gotas de sangre insurgente. No aletearon con la viveza de antes,

* Beristáin nos da la interesante noticia de que Azcárate escribió una *Historia de la literatura mexicana:* debía de saberlo Beristáin, pues tuvo relaciones con Azcárate, tanto políticas como literarias.

ni esponjaron con voluptuosidad sus plumas tornasoladas las torcaces arrulladoras de las anacreónticas. Mirtilo empezó a dejar de llorar los desdenes de Filis, y Batilo se alejó lentamente, sin soplar flébiles gemidos en las cañas de su albogue. Poco a poco se extinguieron los cándidos erotismos seudoclásicos.

Todavía algunos pastores de la ya decadente Arcadia recuerdan su dulce manera de contemplar y de sentir la naturaleza, y de cuando en cuando, empéñanse en cantar

> ...del campo
> la quietud e inocencia,
> de Baco las locuras,
> y del amor, las flechas;

pero sus cantos suenan a voz remota, o más bien a eco de lejana canción.

El *Diario de México,* tan entusiasta, tan ameno y literario, comienza desde 1811 a perder algo de su carácter de protector de las producciones poéticas y a ocupar a menudo el lugar preferente de los versos con algún otro escrito en prosa, sobre motivo social o político, ya que no lo haga con bandos, disposiciones u otros documentos gubernativos.

El caudal de la rima viene empobreciéndose; no es ya aquel resonante río que inundaba con frecuencia las comarcas del pensamiento; ha aplacado su corriente y ahora corre manso por el cauce de la publicidad, semiobstruido desde entonces hasta diez años después por los obstáculos de la taimada y recelosa política metropolitana.

Y ésta suele versificar. La tendencia española de cris-

talizar en palabras rimadas, así la vida individual como la colectiva, y de arrojar en el molde del metro la emoción que pasa, para lapidificarla, por decirlo así, en una perdurable forma verbal, halla en esta vez una derivación a propósito, y de ella se vale para seguir reflejando y expresando las impresiones de la existencia colonial: me refiero a las fábulas y a los epigramas. Unas y otros sustituyen por largo tiempo a las poesías amatorias y bucólicas, y ocupan el sitio destinado antes a éstas.

Cruzan las sátiras, como venenosos y sutiles dardos de alusión; cruzan las pasiones, los rencores, las esperanzas, con su disfraz de frivolidad y de risa. Sólo así, porque no las conocen los esbirros, pueden salir a la calle y comunicarse con la gente; sólo así pueden pasar sin castigo bajo la mirada furiosa de la censura. Son mañosas, hipócritas, mal intencionadas y traviesas. El género apológico es un arma de manejo difícil, pero de gran utilidad en las luchas arteras de la política. Es una daga florentina que necesita esgrimir con sagacidad el ingenio para luchar contra las tizonas de la tiranía colérica.

En la fábula y en el epigrama, como en redomas de vidrio quebradizo, depositaron los espíritus ansiosos de libertad el licor corrosivo de la rebelión. En fábulas y en epigramas se desgranaron, momentáneamente, las joyas de la lírica mexicana.

No se bajaban el embozo las ideas, y, como en algarada carnavalesca, pasaban por el periódico, por el folleto y por la conversación, adiestrándose en el "juego de la careta".

Sobresalieron en este género que es, en cierto modo, una forma accidental de literatura política, Luis de Men-

dizábal, Juan Nepomuceno Troncoso, Mariano Barazábal, Juan María Lacunza, Joaquín Conde.

Como "El Pensador", LUIS DE MENDIZÁBAL *fabulizó* la situación social de México. Este medianísimo poeta aconsejaba a *chaquetas* e insurgentes que cesaran en la lucha tenaz. Pedía moderación por medio de apólogos.

En su versificación descuidada, en su vocabulario pobre, en su desconocimiento o mala aplicación de las reglas prosódicas, se ve, desde luego, que Mendizábal no era un literato de profesión, y que no escribió sino por mero pasatiempo y para entretener ocios mejor que para dejar obra sólida y verdadera. La advertencia que va al frente del pequeño folleto que contiene las *Fábulas políticas y militares* lo afirma así de un modo indudable. Fue el presbítero Mendizábal sólo un poeta de circunstancias. Y únicamente por el inocente fraude de algún periodista de aquel tiempo (precisamente Troncoso), el cual comenzó a publicar las fábulas de este escritor, alterando la expresión y el sentido de ellas, quiso el autor darlas a la estampa, sin esperar corregirlas y aumentarlas, como dice Mendizábal que fue su intención.

A pesar de todo, no faltan en estas ligeras obrillas toques de donaire, ni rasgos de ingenio que hagan agradables ciertos pasajes. Luis de Mendizábal, que escribió poesías de varios estilos, ocultó su nombre, siguiendo la conocidísima moda de la época, bajo distintos antifaces de seudónimos y anagramas. Firmó las fábulas con su propio nombre, latinizado: *Ludovico Latomonte.* Mendizábal, según me informan, quiere decir en éuskaro: Ancho monte.

Uno de sus apólogos más celebrados en aquella época, y que entonces se discutió, comentó y citó con frecuencia, es éste de *El asno, el caballo y el mulo:*

Por una misma heredad,
cual Rocinante y el Rucio,
un asno y caballo lucio
pacían en buena amistad.
—¿Qué? —dice aquél. ¿No es verdad
que el macho es el peor del mundo?
En sus feas mañas me fundo.
—Cierto —le responde el Jaco—
es coceador, es bellaco,
y, sobre todo, infecundo.

—Ni tiene tu hermosa faz.
—Ni tu humildad y candor.
—Ni tu despejo y valor.
—Ni tu inalterable paz.
Oyólos, corrido asaz
un Macho, y dijo: Eso es nulo:
tenéis mil prendas, no adulo;
pero ¡hacéis tan mala cosa. . . !
—¿Cuál es?
—La más horrorosa:
hacéis, amigos, al mulo.

¿Con la agudeza del Macho
los otros no salen reos?
Pues, perdonad, europeos,
la fabulita os despacho.
Cuanto queráis, sin empacho,
del criollo decid ufanos;
decid de los mexicanos
vicios, maldades y horrores;
pero ellos son, mis señores,
hechuras de vuestras manos.

Tan medianos como Mendizábal, desde el punto de vista técnico, son Troncoso, Conde, Barazábal y Lacunza. Los dos últimos merecen, sin embargo, especial mención, por su constancia, por su fecundidad. No pudieron salir

de su zona de mediocridad, no dorada, como la de Horacio; mas tampoco por eso abandonaron la tarea ni desmayaron en el propósito, antes bien consumieron en una y otra sus facultades y talentos. Apuraron y sutilizaron su ingenio, con un tesón digno del más alto encomio, porque en ese esfuerzo mostraban su decidida voluntad por cultivar el arte y servir a la patria.

De *El Aplicado* (Barazábal) es esta intencionada fabulita política, *Los cuatro gatos y el panadero,* publicada en el *Diario de México* de 11 de julio de 1812:

De cuatro gatos se hizo un panadero
para extinguir de casa los ratones,
que jamás le comían un pan entero.

Pero si antes echaba maldiciones
por una u otra torta agujereada,
se pegaba después dos mojicones;

pues la gatuna ronda insolentada
despedazaba tortas a porfía,
y el panadero vio su cuenta errada.

Así del mundo en la panadería
(hablando de animales con zapatos)
son muchos los ratones, a fe mía;
pero hacen más perjuicio *cuatro gatos.*

En cambio, el pueblo, en plena campaña, no ocultaba sus hondos sentires, y los rimaba rudamente, pero con un calor de alma que, a través del tiempo, enciende todavía nuestro entusiasmo. Es el pueblo mexicano un cantor muy expresivo y simpático. Y en todos los episodios de su vida, apasionante y generosa como pocas, la musa anónima ha sabido encontrar estrofas sencillas y burdas, pero extremadamente cordiales y verdaderas, para

rememorar y glorificar los incidentes de su epopeya por la libertad. La vihuela andaluza, hija probablemente de aquella guitarra morisca de la cual dijo el truhán y nocharniego Juan Ruiz que era "de las voces aguda, de los puntos arisca", suena pulsada por las manos oscuras de nuestros campesinos con una nueva tristeza, más salvaje y doliente que la oriental, y con un nuevo ardor, más primitivo pero más sincero que el que vibra en sus cuerdas, sobre las vegas de Granada. Nuestro pueblo cantaba, en 1812, sus cancioncitas heroicas, que resonaban como amenazas melancólicas en el silencio de las noches de vivac, y como alentadores himnos de guerra, entre el estruendo del combate.

Antes de entrar en el ataque —refiere Carlos María de Bustamante, en una nota de su *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*— cuatro músicos de José Osorno tocaban el

Rema, nanita, rema,
y rema y vamos remando,
que los *gachupines* vienen
y nos vienen avanzando.

Por un cabo doy dos reales;
por un sargento, un doblón;
por mi general Morelos
doy todo mi corazón.

Cuando los tenían cerca largaban las guitarras y las trocaban por sus fusiles, entrando al fuego como diablos destacados; un ataque era, para estos hombres agigantados, una montería o una plaza de toros. Concluido el lance lo celebraban con igual canción, y quedaban tan serenos como si nada hubieran hecho.

Mas si la poesía desmedrada y pulida enmudeció, fue porque ante el espectáculo de la insurrección sufría un instantáneo asombro que la vigorizó poco después e hizo que se le agolpara la sangre al corazón. Un viento heroico empezó a sacudir las liras; un anhelo de rebeldía despertaba de sus ensueños plácidos a las inspiraciones contemplativas. Salían del caramillo pastoril acentos graves y enérgicos, inauditos hasta entonces. Y una transformación de las ideas y de las expresiones operábase como por obra de hechicería. Las alteraciones sociales habían traído, como ya se ha visto, alteraciones literarias, a las que, de un modo natural y fatal, cedió de buen grado, la lírica mexicana.

No que se apartase —no podía ser— de la íntima cognación filial con la poesía española; no que rompiese ni siquiera aflojase los vínculos estrechos que la ataban forzosamente al organismo de la literatura castellana; no que, torciendo el rumbo, siguiese distinto sendero que el marcado por la evolución de las letras peninsulares, sino que para la expresión de los sentimientos recién experimentados, de las ideas flamantes y ardorosas, de las agitaciones espirituales, buscó fórmulas a propósito, y las halló, instintivamente, en la imitación de los poetas hispanos más en boga entonces y que mejor reflejaban el momento histórico de la nación madre. Esta fue la ocasión propicia para que penetrasen en nuestro parnaso americano tres grandes poetas: Manuel José Quintana, Nicasio Alvarez de Cienfuegos y Juan Nicasio Gallego. Los dos primeros entraron como imperiales conquistadores. Pronto se adueñaron del gusto; de inmediato encontraron súbditos obedientes que les rindieran sumiso y admirativo vasallaje.

Manuel José Quintana, en 1812, había llegado ya al apogeo de su gloria, de su fama y de su inspiración. La poesía majestuosa y encendida, exaltada y robusta, de este soberano poeta, había ensordecido los aires con los fragores de mar y las sonoridades de guerrera trompa de una alta elocuencia. Arengas en verso eran las suyas, cantadas con la aguda entonación de aquel lirismo *panflista* que tenía la virtud maravillosa de avivar en las almas lumbres de pasión y entusiasmo. El cantor grandioso de la libertad, de la patria y de la humanidad, el fustigador austero de las tiranías y de los crímenes políticos, llegaba a Nueva España, algo retardado, es cierto, pero todavía a tiempo para inyectar energías y bríos en los poetas revolucionarios. Quintana —lo ha dicho con magistral palabra Marcelino Menéndez y Pelayo— es una prolongación de Meléndez Valdés, no del sensual y dulce adorador de Filis, sino del viril glorificador de *Las Artes,* del agrio poeta de *La despedida del anciano.*

Con Quintana llegó también el novador Cienfuegos, el que sedujo a toda una generación con los malsanos encantos de su arrogante y atrevida musa. Se comprende ahora el prestigio de que gozó poeta de tan ciego y desatentado arrojo; en una época de furor por toda especie de libertades, se presentó este cantor, abjurando de la meticulosidad clásica, neologista impenitente (así le llama el maestro Menéndez y Pelayo) extravagante y bello a la vez. No fue extraño a la dirección literaria de este período el cortesano, fácil y elegante Juan Bautista Arriaza, cuya facultad de rimar la palabra le granjeó tantas admiraciones. La facilidad, la facundia, la espontánea armonía de sus versos electrizaron en México a los poetas de la musa moderada y amatoria, y las imitaciones de

Arriaza sustituyeron durante algún tiempo a las de Meléndez Valdés.

Uno de los primeros en prender y ataviar su versificación con joyeles y ropajes quintanescos, fue el poeta realista RAMÓN ROCA, capitán de infantería española, granadino de notable talento y de muy completa cultura literaria. Beristáin hace de este escritor un cumplido elogio, afirmando que era un "joven de bella y amena educación, y de infatigable aplicación y estudio".

Como militar parece que no dio Roca las brillantes pruebas que como poeta. José María Luis Mora lo cita alguna vez, con cierto desprecio, en la obra *México y sus revoluciones,* y Bustamante, refiriéndose al mismo suceso a que alude Mora, lo cuenta de la siguiente manera en la primera carta del tomo II de su *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana:*

> En 24 de diciembre de 1811, Morelos, antes de llegar a Cuautla, mandó al capitán Larios con cien hombres de descubierta, a fin de que observase el campo del poeta Roca. El 26 llegó a Ayacapixtla, encontróse con una guerrilla de éste y la batió, dejando muerto a un europeo apellidado Lastra, que apenas vieron cadáver los realistas, cuando echaron a huir hasta el campo de las *Carreras* donde estaba su comandante. Afectóse éste de un terror pánico, y sin más demora que el preciso tiempo para echar por tierra los jacales, que él llamaba tiendas de campaña, puso pies en polvorosa y no paró hasta Juchi, adonde llegó con la mitad de la gente, porque la demás se le desertó con armas hasta Cuautla.
>
> En 11 de enero salió Larios a continuar sus correrías. En Totolápam supo que Roca se hallaba en Juchi con poco más de cien hombres y, por tanto, caminó toda la noche para darle un albazo; pero él tenía una musa de las desconocidas en el coro de las nueve de Apolo, lla-

mada *Cobardía,* que era su favorita, la que le inspiró, en sueños de pesadilla, que se fugara para Ameca, como lo hizo, dejando mal de su grado oculto un cañón que cayó en manos de sus perseguidores.

El cura del lugar salió a recibir a Larios bajo de palio y le hizo muchas cucamonas; cantósele el *Te Deum,* que para él fue lo mismo que cantar en griego, o las coplas de la zarabanda, porque era un rústico; mas de aquí que Roca aparece haciendo el *ja* sobre las alturas del pueblo; pero su enemigo apenas lo entiende cuando forma su batalla, toma una partida de caballería y le sale a cortar la retirada. No necesitó más que entender este movimiento el hijo querido de las musas, cuando sin aguardar el tiro de un fusil voló a escape hasta Chalco; ni aun allí se creyó seguro; tomó segunda vez su trotero, cuyos ijares fatigó sobremanera, y a pesar de que parecía una aguililla de Buenos Aires, él creía que se movía tan suavemente como Don Quijote creyó de Clavileño, bestia del mejor paso del mundo según lo reposado que andaba.

Pero el mismo Bustamante, que, por espíritu de partido quizá, carga la mano en esta mofa sangrienta, no deja de reconocer los talentos poéticos de Roca, y así, al tratar de la ferocidad de Calleja en Zitácuaro, dice:

Yo no puedo dejar de lamentar esta desgracia; pero más lamento que la hermosa lira de don Ramón Roca, oficial (y confidente que fue después de Calleja), hubiese celebrado esta ruina con unas preciosísimas octavas que se leen en los diarios de México.

Bustamante sufrió un error de detalle: no está escrita en octavas la composición de Roca; es una oda heroica, una silva de entonación marcadamente quintanesca, que tiene la particularidad de seguir al excelso poeta español en su manera de combinar las rimas, dejando algunas libres,

modo característico que distingue al autor del *Panteón de El Escorial,* de los versificadores clásicos, para quienes la esclavitud de trabar todos los consonantes considerábase como impresoindible obligación métrica.

Poco conocida es esta pieza literaria de subido valor, y a la vez que, como documento poético, resulta interesante comprobación de las nuevas influencias españolas en México, patentiza la innegable superioridad de este poeta sobre algunos de sus contemporáneos americanos. Hela aquí:

AL SEÑOR GENERAL DON FÉLIX MARÍA CALLEJA

ODA

Cocines majore poeta plectro Cæsarem.
Horat., Lib. 4, od. I.

¿Adónde, oh Clío, mi encendida mente
con raudo vuelo arrastras? Ignorado
furor hinche mi pecho, y por la ardiente
trompa suspira que animó inflamado
el Lírico de César. Sacra diosa,
muéstrame tú desde la cumbre hermosa
del sagrado Helicón, el héroe fuerte
a quien el verso mío
fausto celebre con acento pío.
Del centro del Elíseo prestos vuelan
mil varones y mil ante mi vista,
hijos de la victoria, que ya anhelan
merecido loor. No más resista
mi enajenado espíritu tu fuego,
oh Délfico, y el labio rompa luego,
siguiendo osado, con afán glorioso,
del alto Venusino
el grave verso y el cantar divino.

¿Será que a ti del plectro numeroso
el suave son dirija, oh gran Pelayo?
Porque el torrente rápido y undoso
no fuerte cual tú, ni vivo el rayo,
cuando del godo la infeliz fortuna
vengando airado en la soberbia luna,
el trono que se hundiera en Guadalete
en Asueva elevaste,
y de triunfos y glorias lo cercaste.
¿O acaso a ti celebre, oh gran caudillo,
pasmo y terror del edetano suelo,
bravo Ruy Díaz, perennal cuchillo
del bando alarbe, y de lealtad modelo;
o más bien tu constancia generosa,
impávido Guzmán, en la rabiosa
venganza atroz del sitiador cobarde,
cuando la sangre clara
de tu inocente hechura derramara?
Ni tu grata memoria olvidaría,
Gonzalo impetuoso, a cuyo acero
dio el turbante postrer, que deslucía
allá en el Dauro el esplendor ibero;
ni la inminente gloria que en Lepanto,
oh hijo de reyes, te cubriera, en tanto
que, anegado en el golfo turbulento
el turco poderío,
su osado arrojo lamentó tardío.
¿Y quién de tus proezas no cantara,
segundo Alcides, ínclito extremeño,
Paredes inmortal, el de la rara
pujanza fiera, y del pasmoso empeño
con que brumando peregrinas mares,
oh gran Cortés, los españoles lares
plantaste firme en las lejanas tierras
que en vértigo horroroso
desgajó hirviendo el golfo impetuoso?

Mas sobre el gran tumulto se levanta
gallarda frente del laurel ceñida,

de laurel inmortal, a gloria tanta
quedando toda gloria oscurecida.
¿Cuál dios es éste, oh musa? Arrebatado,
mi numen a su vista, emprende osado
sólo su nombre alzar. Díctame, Clío,
díctame ya sonora,
y advierte al labio lo que el labio ignora.
Porque al garzón perínclito yo veo
resplandecer brillante, cual la estrella
que anuncia el polo, y su eternal trofeo
mostrarlo virgen celestial y bella.

Salve, oh tú, timbre del honor hispano,
Félix invicto, salve; pues tu mano
doquier triunfando, y a triunfar moviendo,
detuvo la impía saña
del monstruo asolador de Nueva España.
Aún resuena en mi oreja el alarido
con que insolente en su furor horrible
el rebelde atronara al afligido
suelo español de América apacible;
aún juzgo verlo en imperiosa ira
hollar un pueblo y otro, y cuanto mira
el áureo sol en el indiano espacio,
llevar en tala fiera
sembrando espanto y cuita lastimera.
¡Ay, cuál rompe la hueste destructora
por breñas y por montes! ¡Ay, cuál brilla
tras la bandera que el infiel desdora
en mano infame la fatal cuchilla!
¡Y cómo con nefando desenfreno,
rasgando ingratos de su hermano el seno,
los bárbaros enhiestos amenazan
pisar con fuero injusto
de la alta corte el valladar augusto!
Pero se viera la tajante espada
en tu robusto brazo y la trompeta
marcial suena en la esfera atribulada:
el fogoso alazán al son se inquieta,

y cubre el suelo el prevenido infante:
das la señal guerrera, y fulminante
amenazas el orbe... —¿Y quién te osa?
¿Quién al golpe iracundo
plúgole ser escándalo del mundo?
Campos de Aculco y Calderón gloriosos,
hablad por mí esta vez. Vosotros visteis
bramar a los traidores orgullosos
y herir el aire con lamentos tristes.
Testigos sois del ímpetu potente
con que el caudillo a la maligna gente
pisó el erguido cuello, y quebrantando
su rabia y fiera muestra
dio nueva vida a la esperanza nuestra.
Mas no era sólo allí, que a la afligida
patria salvaras, y el feliz cimiento
de su alma libertad casi perdida
generosa afirmaras. ¡Oh momento!
¡Dulce momento aquel en que tornaste
a sostener nuestro esplendor, y alzaste
al través de peligros y de escollos
de nuevo el brazo fuerte,
nuncio al infame de terror y muerte!
¿Quién miró allá la multitud furiosa
de Zitácuaro infiel, cuando embriagada
con su crimen fatal quiso orgullosa
reina llamarse en voz desesperada,
temblar sólo a tu nombre, y oprimida
con tu invencible faz, la forajida
turba ceder, y el ímpetu violento
convertir en pavura,
viendo tornado el trono en sepultura?

No al inicuo sirvió que se elevara
sobre eminente cumbre, y prevalido
del aspereza inútil, provocara
cobarde entonces tu valor sabido;
pues llegaste y venciste; los millares
cayeron a tus pies, en cien lugares

sintieron tu furor, y más altivo
sólo en la fuga espera
salvar su cuello a tu segur severa.
Ni el tronante romper de sus cañones,
ni de la inmensa chusma el alarido,
ni el aspecto de mil y mil legiones,
ni el doble muro y foso prevenido,
nada es bastante a ti; todo perece
do tú vas; como el humo desaparece
defensa y defensor, y el sitio huellas
do el insano enemigo
halló, aunque estéril, pernicioso abrigo.
Mas ¡oh mansión del crimen! ¡Pueblo impío
de eterna execración! Ya tu locura
pasó cual tempestad, y el poderío
que frenético ansiaste en fe perjura,
voló cual aire. De tu inicuo nombre
va a finar la existencia, y porque asombre
en los remotos venideros siglos,
ni de tu inculto asiento
dejará el fuego rastro ni cimiento.
Porque no sólo al hombre, al sacro cielo
en tu delirio heriste, y apurada
fue su dulce piedad. De hoy más tu suelo
sólo verá la fiera encarnizada,
la silbadora sierpe ponzoñosa,
la corneja agorera, la azufrosa
nube, rayos y vientos; y la tierra
ofrecerá a los ojos
entre negro carbón crudos abrojos.
Y el huracán perpetuo, revolviendo
tus pálidas cenizas, presuroso
irá por donde quiera difundiendo
tu castigo terrible y espantoso.
De monte en monte sonará a su vuelo:
"Zitácuaro cayó"; con desconsuelo,
"Zitácuaro cayó", tornará el llano;

y cuando se revuelva,
"Zitácuaro cayó", dirá la selva.

En tanto tú, guerrero victorioso,
brazo de Dios, azote del malvado,
siempre cubierto de laurel frondoso
irás de un triunfo y otro coronado;
y diestra del que el orbe cual segundo
Atlante admira sosteniendo un mundo,
huirá ante ti la hueste conjurada
como la sombra fría
huye ante el claro luminar del día.
¡Honor y lauro a ti! Mi mente abruma
tanto inmortal blasón, y el grave peso
al numen sobrecarga. Sabia pluma
del latino ¿do estás? que ya confieso
mi poder vano a tanta pesadumbre.
Ven, dios de Delo, ven: de la alta cumbre
del sacro monte baja, y canta luego
lo que puedes tú sólo
llevando al héroe desde polo a polo.
Que no el inmenso océano consiente
surcar su espalda extensa y caudalosa
a barquichuelo débil, ni prudente
fuera quien de la esfera prodigiosa
el ancho espacio recorrer quisiera
con flojas alas de mezquina cera.
Ven, pues, oh Dios, y al héroe venturoso
celebra arrebatado
y yo tan sólo escucharé admirado.

Esta oda apareció en el *Diario de México* de 12 de enero de 1812, diez días después de la famosa toma de Zitácuaro y a los siete de haber publicado la *Gazeta del Gobierno de México* el terrible y enfático parte de Calleja que anunciaba la fresca victoria y la futura destrucción de un pueblo de épica grandeza. Roca firmó

esta poesía con su seudónimo mutilado: *Marón*. Su nombre literario era un semi-anagrama: *Marón Dáurico*.

Este furibundo adulador del general Calleja y del virrey Venegas da asimismo pruebas de su conocimiento, no escaso, de las letras españolas, cuando ofrece al segundo de los mencionados personajes, unas rimas escritas en castellano antiguo, a estilo de las del mistificador Pellicer, conocidas por las *Querellas del rey sabio*. Las de Roca comienzan así:

A vos, que acudido de heroica bravura
muy más que de Esquadras asaz favorido
las nobles fazannas de tal aguerrido
cual Cid o Bernardo vos facen mesura:
A vos renovando lejana escriptura
cual vos el recuerdo de grandes cabdillos
mi pénnola acata, y en metros sencillos
se postra a la vuestra perínclita altura.

Ramón Roca colaboró tenazmente en el papel realista fundado, como he dicho, por Beristáin y Comoto, *El amigo de la patria*.

Pero no sólo los que podían publicar, y publicaron, alabanzas a la opresión conquistadora, sino los imposibilitados para dar rienda suelta a los arrebatos de su numen, los poetas insurgentes, se desbordaron, cuanto les fue concedido, en cantos a la libertad y a sus héroes, entonados con mayor vehemencia que arte; mas, por su propia sinceridad, conmovedores y grandiosos. *El Correo Americano del Sur* insertó varias composiciones de esta índole, no calzadas por firma alguna, porque semejante atrevimiento llevaba aparejado el peligro de ser pagado por la muerte. Sin embargo, los autores eran conocidos de todo el mundo, y su nombre se repetía envuelto, para

que no sonara mucho, en terciopelos y tafetanes de discreción.—Desde la *Hernandia* de Ruiz de León, poema hecho sobre el molde de la epopeya italiana, a mediados del siglo XVIII, no se habían oído en Nueva España los acentos heroicos hasta el año de 1808, en que el sentimiento de la raza se unimismó, aquí y allá, en un grito de victoria, cuando se supo el triunfo de Trafalgar.

El poeta de la revolución podía ponerse frente al poeta de la opresión, el que estaba en condiciones de contestar los bélicos arrestos de Roca, era uno de esos hombres de extraordinario prestigio moral e intelectual en México, y que figuraba desde diez años antes como uno de los más inspirados rimadores.

Cuando, al comenzar el presente estudio, aludí al certamen, abierto por Beristáin para celebrar la inauguración del monumento a Carlos IV, omití, adrede, la noticia de que uno de los premiados en ese concurso fue un joven que se había distinguido mucho en el Colegio de San Juan de Letrán, donde acababa de cursar Filosofía, Teología y Jurisprudencia, y donde también había dado raras muestras de afición decidida por los estudios literarios.

Esto sucedía en 1803. Seis años más tarde, el mismo joven, admirado, celebrado y respetado ya en todos los círculos sociales, ocupaba, por voto unánime de los árcades, el puesto de *Mayoral,* que dejó vacante la muerte de fray Manuel de Navarrete. A cada momento mi pluma ha tenido que detenerse para no estampar el nombre venerado de este poeta. Y es que, con deliberada intención, quise dejar este lugar al primero de los cantores de la Patria en los tiempos en que era un crimen alzar la voz

para enaltecerla y glorificarla.* Este poeta amable y persuasivo, este hombre bueno, se llamó FRANCISCO MANUEL SÁNCHEZ DE TAGLE (1782-1847).

La melancolía y el amor me hicieron poeta: así lo declara Sánchez de Tagle en una sentida confesión íntima. Y es verdad. Las obras en verso de este patriarca literario están poseídas de incurable tristeza y de amorosa ternura. Ni la retórica, altisonante y culterana, de sus odas, ni el almibarado amaneramiento de sus versos eróticos, ni la solemnidad rebuscada de sus cantos patrióticos, ni las notas orgiásticas, de candorosa falsedad, de sus anacreónticas, pueden ocultar un fondo de disgusto, un sedimento de pena, un dejo de amargura. Y es que el poeta tenía, él mismo lo dice en su confesión, un corazón demasiado sensible y delicado, y la época en que vivió no era propicia a la quietud consoladora, a la contemplación extática, al tranquilo esparcimiento del ánimo. Epoca fue, por el contrario, agitada, tumultuosa, batalladora: las ideas, las pasiones, los intereses libraban un perpetuo combate. La sociedad mexicana, removida hasta su oscuro subsuelo por un soplo huracanado de odio, de amor y de libertad, luchaba, por orgánico instinto, para reconstruirse sólidamente, y en esta lucha chocaban unos contra otros los espíritus, como escudos de guerra. Sánchez de Tagle, herido y maltrecho en las primeras horas de su juventud, supo templar al fin su alma y abroquelarse serenamente contra los ataques insidiosos de la maldad; supo convertir la blanda cera

* Según José Rosas Moreno (*Apuntes sobre Guanajuato,* México, 1876) el primer poeta que cantó a la independencia fue doña María Josefa Mendoza. Pero no hemos podido comprobar esta aserción ni encontrar los versos de la poetisa, a quien también cita Beristáin.

de su sentimentalismo en fuerte acero de convicción y de justicia, y de aquella exquisita fantasía salió más de una vez el rayo de las sagradas iras.

La existencia de este varón conspicuo fue larga y abarcó algunas características etapas de nuestra historia: los postreros años del virreinato; todos los episodios de la Independencia; el Primer Imperio; el establecimiento de la República; la invasión norteamericana. En todas ellas, con excepción de la última, que lo halló cansado y le produjo la terrible desilusión que abrevió su muerte, Sánchez de Tagle ejercitó los dones de su musa; y así le escuchamos cantar, con arcaica galantería, a doña María Inés de Jáuregui, "dignísima virreina", como lanzar ditirambos a la estatua de Carlos IV, como entonar valientes himnos cívicos en loor a los héroes insurgentes, como llorar con lágrimas de pesadumbre y de encono la muerte de Morelos, como increpar con dura entonación a los realistas ante el sepulcro de Hidalgo y de Allende, como exaltar, por fin, las glorias bélicas de Santa Anna y Terán después de la derrota de Barradas. Laborioso y leal servidor de la patria, hombre de sana y razonada piedad, honrado y apacible jefe de familia, por su conducta alcanzó esclarecida fama en su tiempo. Poseía juicio sereno, amplia cultura, tierno corazón, fe inquebrantable.

Se sirvió de las formas poéticas de su época, pero las dignificó muchas veces. La suave puerilidad de Meléndez Valdés le sirvió para sus canciones amatorias; el coruscante rebuscamiento de Quintana y aun de Herrera, para sus odas y elegías. Caro, Rioja, De la Torre y Andrada, suelen prestarle ropaje del siglo XVI para revestir sus melancolías y sus sueños. Gustó de hacer claras las imágenes, expresándolas, sin embargo, con voces eruditas

y sabios neologismos. En sus estrofas, aunque lejana, suena, en ocasiones, la intrincada música gongorina.

Las alusiones y los tropos mitológicos ornamentan su estilo. Es rimbombante, pero noble; afectado, pero pulcro. Un afán de buen decir domina y amordaza su inspiración. La Harpe, Boileau, Blair le ponen freno a su fantasía, aunque es cierto que más que fantasía tuvo Sánchez de Tagle buen sentido, razonamiento y mesura. El señor de Luzán y Claramunt es para él una sombra consejera y guiadora. Mas, de cuando en cuando, por encima de esta malla espesa de preceptismo, saltan las expresiones puras y hermosas, desnudas y libres. Salen, eso sí, esculturales y pulidas, obras, al cabo, de un paciente artífice, mas llenas, también, de emoción y de sentimiento.

Así, por ejemplo, en una de las *Odas pindáricas,* la claridad de la noche le hace exclamar:

¡En qué profunda y silenciosa calma
se queda absorta y sumergida el alma!

En la oda religiosa *A San Vicente de Paúl,* tiene esta imagen, a propósito de las devastaciones de la guerra:

Así saña infantil derriba el nido
que al diligente avión costó mil vuelos.

Pero, en general, el ardor de su fantasía se vuelve académica tibieza, por la preocupación de seguir de cerca los cánones de la poética del siglo XVIII.

Conocedor de Horacio y de Virgilio, a quienes leía con deleite, los recuerda algunas veces, al componer. Pocas huellas dejaron en él Jovellanos y los Moratín,

pero muy honda, indeleble, la dejó Meléndez Valdés. Así es como se lo imagina en el Olimpo:

Un joven aparece; trae ceñida
la frente con la rama
que respeta de Júpiter la llama;
una cítara de oro tiene asida;
viene de gloria pleno,
de Venus precedido y de Sileno.

Las Gracias lo acompañan, y Cupido,
con celestial sonrisa,
por besarle la boca se da prisa;
de celos Temis muestra el pecho herido;
Primavera sin tasa
va derramando flores por do pasa.

Un enjambre de abejas susurrantes
gira con blando vuelo
en torno de su labio, y es su anhelo
poner allí la miel que en las fragantes
frescas rosas chupara
cuando por el jardín raudo volara.

Píndaro excelso y el sublime Homero,
suave Anacreón y Horacio,
Pope, Young y Virgilio, honor del Lacio,
Rousseau, Bacon, Malherbe y el severo
Boileau, Racine, el Tasso,
León, Herrera, Argensola y Garcilaso:

Reverentes lo besan y lo guían
con cariñoso celo
a do reside el árbitro de Delo,
y las hermanas nueve, que aún tañían.
El llega, y calla todo...

Y en una nota a su composición *El rompimiento,* dice: "El divino Meléndez, gloria inmortal de nuestro Parnaso". A otro divino, a Fernando de Herrera, rinde asi-

mismo homenaje y culto. El padre de la escuela sevillana se le aparece a cada momento, en el recuerdo, y lo compele a seguirlo y parafrasearlo:

A Júpiter así, tropa salvaje
de raza gigantea
negó el debido culto y homenaje,
provócalo a pelea,
y añade insultos al primer ultraje.
Los elevados montes desquiciaron:
los ven los dioses, con pavor y asombro,
que, cual arista al hombro,
así los llevan; fieros hacinaron
uno sobre otro, y luego
van al cielo a talar, a sangre y fuego.

Llegada la ocasión, Quintana y Cienfuegos le prestaron un poco de su arrebato y lozanía.

Y no por este acercamiento a la poesía española se crea que era desconocedor de la extranjera. Familiarizado con los idiomas francés e italiano, las dos fraternas lenguas romances, leyó mucho a los enciclopedistas, a Voltaire, a Rousseau, y entretuvo sus ocios en verter, en verso castellano, un cántico devoto de aquel gran heresiarca, algunos lirismos piadosos de Jean Baptiste Rousseau, una fúnebre fantasía de Alphonse de Lamartine y algunas páginas de Metastasio. *(El estío,* del célebre abate, conserva, en la traducción mexicana, su deliciosa y colorida sencillez).

Sánchez de Tagle no fue un moralista en verso, como por entonces se estilaba. No escribió irónicas sátiras ni sentenciosas epístolas. Vivió transformando sus ideas con el curso de los años, adelantándose, con generosa intuición, al pensar y al sentir de sus contemporáneos. Y del

mismo modo que sus vestidos que, al comenzar el siglo, eran el oscuro casacón, el calzón corto, la media negra, el zapato con hebilla de plata, y en el año de 1847, eran la levita de largos faldones, el constrictor y alto corbatín, el pantalón ajustado y largo, del mismo modo, repito, fue adaptándose su temperamento a las modificaciones del medio. Y el lunar de una virreina, y las desdichas de la Madre España, y la estatua imperial de Carlos, y el heroísmo insurgente, y la libertad de la Patria le arrancaron ya cortesanías, ya lamentos, ya elogios de vasallo fiel, ya gritos épicos, ya triunfales himnos.

Pero tanto cantó al dolor y a la tristeza como a la religión y a la patria. *Al infortunio, A la melancolía, Afectos del misántropo, La infelicidad humana,* son títulos en las producciones líricas de Sánchez de Tagle. Y aquí también se ve la influencia de Quintana: la orientación hacia lo abstracto. Cantó a la luna en una noche de tempestad; cantó a la luna en tiempo de discordias civiles.

Del neoclasicismo artificioso y sensual, pasó este poeta, por transformaciones sucesivas y quizá inconscientes, a un lacrimoso y escéptico romanticismo; al que lo condujeron, sin esfuerzo, la revolución literaria naciente, los nuevos modelos, y su corazón delicado y sensible. Sánchez de Tagle, desde este punto de vista, es el primer romántico mexicano.

*

El año de 1817 dejó de publicarse el *Diario de México.* Su desaparición era sintomática: la revolución parecía vencida; frustrados los anhelos de libertad. En frente de lo futuro, encapotado como un horizonte de borras-

ca, en sombras relampagueantes, se hacía un largo silencio doloroso y dramático. La autoridad española parecía haber recobrado su vacilante fuerza, y acallado y apaciguado, por fin, vertiendo sangre y repitiendo promesas, el tumulto amenazador de criollos y mestizos. Ninguna publicación importante sustituyó al *Diario. El Noticioso*, papel trisemanal fundado por el infatigable Juan Wenceslao Barquera en 1816, y que, con la *Gazeta del Gobierno,* sobrevivió al mutismo periodístico, es, como lo indica su título, un simple recopilador de noticias nacionales y extranjeras, y muy rara vez prohija una literatura sin savia, sin color, sin vida. No se oye un grito, no se percibe una protesta. La poesía, fatigada y anémica, espera, con el ceño fruncido, la hora en que ha de abrirse su forzado encierro. Es un ave enjaulada que aguarda a que pase la noche para cantar.

Desde 1817 hasta 1820 no se perciben movimientos intelectuales dignos de mención. Sólo la vuelta de los jesuitas, a mediados de 1816, despierta, durante un corto espacio, la modorra aparente de los poetas. Aquí torna el canónigo Beristáin, impulsador constante de las letras, a promover un certamen; y éste se efectúa en honor de los magnos educadores. Tal concurso, menos lucido y fastuoso que los anteriores, sirvió para hacer una alta revelación: el advenimiento de otro poeta mexicano que acababa de llegar a la vida y se presentaba, como el Petrarca de Juan Montalvo, apoyado en las musas invisibles: Francisco Ortega.

El poeta FRANCISCO ORTEGA (1793-1849) es el más pulido y cuidadoso versificador de su tiempo.

Si en sus primeras composiciones pueden ser notados los defectos prosódicos de la época, comunes a todos los

poetas mexicanos, en cambio, conforme Ortega se adueña de su arte, va corrigiéndolos lenta pero seguramente, hasta que en sus odas didácticas en elogio de Mariano José Sicilia, al publicarse las *Lecciones de ortología y prosodia,* la rima y el ritmo adquieren una perfección inusitada entonces. Mas la ternura y la armonía de la versificación no corren, por cierto, parejas, con el brillo del estro y el vuelo de la fantasía, que de ser así, Francisco Ortega hubiera sobrepasado notablemente el nivel que alcanzaron sus contemporáneos Sánchez de Tagle y Quintana Roo. Mesurado frecuentemente en la dicción, es calculador en la fantasía. Sus imágenes, sus tropos, sus metáforas, son obra paciente de la meditación, no espontáneo impulso de la imaginación. Esta moderación, esta discreción, impiden el arranque desmelenado de un lirismo arrebatador. Ortega es claro, pero frío, como Sánchez de Tagle, aunque, por la propensión de su gusto depurado, cae menos veces que este otro poeta en el prosaísmo. El anhelo de conservar siempre la compostura académica, lo obliga en muchas ocasiones a que sus pensamientos y sus sentimientos nobles, verdaderos y profundos, aparezcan revestidos con un traje declamatorio que les da el aspecto de engañosas ficciones.

Porque este poeta, como casi todos los de su tiempo, fue un poeta civil y, llegada la oportunidad, puso su lírica al servicio de la causa política, que era una suprema causa: la causa de la patria. La efervescencia de los episodios dramáticos que se sucedieron más tarde en la vida nacional, eran algo así como los dolores de un alumbramiento, la pugna del nuevo ser al desprenderse, por esfuerzo natural y necesario, de la matriz que lo contuvo, y esa agitación, esa inquietud, llegaban a las

liras de los poetas y, sacudiéndolas, les arrancaban cantos heroicos, alabanzas olímpicas, frenéticas inspiraciones. El jubilo de la libertad embriagaba a las musas, como una fuerte y agria posca.

Ortega sintió, como los otros, esta borrachera de ideal y de vida. Pero su temperamento delicado no le permitió llegar al exceso. Sus características fueron la moderación y la templanza. Hombre de gran salud moral, se detuvo en los límites de un generoso y ponderado entusiasmo. Era un sagaz y prudente observador. Por encima del tumulto de las pasiones, la severidad de su juicio clareaba como luz de estrella sobre ola de borrasca. Así, cuando la adulación de los cortesanos, la impetuosa admiración de un ejército y el ciego delirar de un pueblo, levantaron a Iturbide hasta la efímera visión de un trono, este poeta cantó el poema de la verdad y de la justicia, y quiso, con su elocuencia libre y clarividente, convencer a la ambición en sus desatentadas locuras. La oda de Ortega a Iturbide es una de las páginas más honradas, valientes y puras de aquella época impura y revuelta:

¿No miras, oh caudillo deslumbrado,
ayer delicia del azteca libre,
cuánto su confïanza,
su amor y gratitud has ya perdido...?

¿De la envidia las sierpes venenosas
del trono en derredor no ves alzarse,
y con enhiestos cuellos
abalanzarse a ti? ¿Los divinales
lazos de amistad bellos,
rasgar, y conjurarte mil rivales...?

La cándida verdad, que te mostraba
el sendero del bien, rauda se aleja
del brillo fastuoso

que rodea ese solio tan ansiado;
ese solio ostentoso,
por nuestro mal y el tuyo levantado.

Tres númenes inspiran a Ortega; son los mismos que mueven y socorren la musa de Sánchez de Tagle; los mismos que estremecen el alma deslumbrada de los mexicanos de entonces: la patria, la religión, el amor.

Ortega es un creyente de cuerpo entero; sin una vacilación, sin una duda. Era un fiel severo católico, obediente a los dogmas de la Iglesia. Su fe, un poco pueril pero respetable, era la de su tiempo; era la ortodoxia común, que, de cuando en cuando, envolvía él en la limpidez sonora de sus versos. Su poema más acabado y elegante, es, sin duda, el que, con unción verdadera y elevada entonación, escribió sobre un asunto teológico: *La venida del Espíritu Santo.*

Canta Ortega cuanto se refiere a acontecimientos de la época, a *México libre* (en un melodrama heroico en el que aparecen personificaciones de la más pura abstracción, como la Ignorancia, el Despotismo, la Libertad en diálogo y en acción, con la América, y las deidades paganas Marte, Palas y Mercurio), *Al Ejército Trigarante, A Iturbide,* a la *Instalación de la Diputación provincial,* a las *Disensiones civiles,* a la epopeya de *Tampico.* Lo curioso de estas composiciones patrióticas es que, en una de ellas, está interrumpida, de pronto, la versificación de la silva (combinación de endecasílabos y eptasílabos) y colocada una estrofa de arte menor (una octavilla de seis u ocho sílabas) como fragmento de un himno, para volver luego a seguir el curso cadencioso de la oda. Son los primeros rayos de la alborada romántica.

Ortega se valió también de la fábula para hacer poesía política. Hay en su colección algunas composiciones de este género.

El amor que lo inspira es suave y casto, tímido y ruboroso. Se vale, como sus antepasados y sus contemporáneos, como Navarrete y Sánchez de Tagle, de la vieja anacreóntica, del lenguaje de la égloga, del disfraz pastoril, para expresar sus amorosos devaneos. Conserva todavía el convencionalismo y la melosidad de Meléndez Valdés. Como Arriaza, es, a veces, elegante y atildado.

Mas en estas farsas infantiles de una poesía mediocre y vetusta, Ortega encuentra el modo de mostrar un alma toda sencillez, un corazón todo pureza.

Los ojos de Delia lo enamoran y fascinan. Bajo este arcaico nombre, herencia de los *eglogistas* italianos, se oculta la única y suave pasión del poeta. No hay otra en toda la obra. Y se adivina en ella cómo el hombre realizó su ilusión y formó un hogar lleno de castidades y ensueños.

*

El triunfo de la revolución constitucionalista, en España, puso de nuevo en vigor la ley magna promulgada en Cádiz el año de 1812 y derogada poco tiempo después de haberse jurado aquí en medio de la convulsión insurgente. Tal fenómeno político apresuró la realización de la Independencia. Sin ponerse de acuerdo, absolutistas y liberales coincidieron en creer llegada la hora de hacer viable y definitivo el pensamiento que anidaba en todos los cerebros, el ansia que ocultamente agitaba todos los pechos americanos. El período de crisis social tocaba a su fin.

La literatura nacional rompió a hablar de nuevo, después de su forzado silencio. Habló por medio de folletos efímeros, de cuadernillos alados, de rápidos y humorísticos escritos que se cruzaban, brillando en la oscuridad de la vida mexicana, preñada de inquietud y esperanza, como insectos luminosos en la penumbra de un vasto jardín. No reapareció el periódico circunspecto y constante; no se reprodujo la época de entusiasmo y estímulo del *Diario de México;* no se desbordaron las publicaciones en versos fragantes como cestos colmados de rosas; pero los panfletistas de 1810 y 1812, los ágiles combatientes de las ideas, sí tornaron a presentarse. Algún papel, sin embargo, tuvo por poco tiempo el carácter de periódico, como *El Conductor Eléctrico* y *El Argos;* pero su vida fue breve, y tras de breve, intermitente. El tiroteo apasionado, vehementísimo, incesante, lo mantuvo el folleto. "El Pensador", que escribió entonces muchas hojas volantes, pareció inagotable; su facundia, su fecundidad, hicieron explosión y alcanzaron proporciones gigantescas. Es célebre la polémica sostenida entre el librepensador Fernández de Lizardi y el conservador fray Mariano Soto a propósito de la situación.

Por ella, mejor que por otros escritos del tiempo, se viene en conocimiento del avance, cada día más firme y más rápido, de las ideas nuevas. La lucha intelectual entonces tomó un solo aspecto: el político. La Colonia no estaba, de derecho, emancipada aún del poder hispano; pero de hecho, comenzaba a estarlo ya, porque, como escribió alguna vez el general Calleja: "Seis millones de habitantes decididos a la Independencia no tienen necesidad de acordarse ni convenirse."

La terminación de tan largo período de intranquilidad

fue, como se sabe, el simbólico abrazo de confraternidad que, en un pueblo del sur, se dieron Vicente Guerrero y Agustín de Iturbide. El general insurgente y el coronel realista fundieron en él la aspiración de absolutistas y liberales, y sellaron, con signo de amor, una ansiada reconciliación y un perdón generoso y sincero.

Mi insigne maestro Justo Sierra, en su profundo y sintético estudio sobre la evolución política y social de México, resume y explica de esta manera y con nutrida y jugosa concisión, el fenómeno histórico de nuestra Independencia:

> Un capítulo de trescientos años de historia española quedó cerrado el 27 de septiembre de 1821. Comenzaba la historia propia de un grupo nacido de la sangre y el alma de España, en un medio *sui generis* físico y social; ambos influyeron sobre la evolución de ese grupo: el primero, por el simple hecho de obligarlo a adaptarse a condiciones biológicas, bastante, si no absolutamente, distintas de la ambiencia peninsular; y el otro, el social, la familia terrígena, transformándolo por la compenetración étnica, lenta, pero segura, de que provino la familia mexicana. Es verdad que a su vez el grupo indígena fue transformado: admirablemente adaptado al medio en que se había desenvuelto, había adquirido un núcleo social que estaba en plena actividad en la época de la conquista. Esta, al mismo tiempo que le proporcionó, con nuevos medios de subsistencia, comunicación y cultura moral, intelectual, la facultad de ensanchar esa actividad indefinidamente, lo sumergió de golpe en una pasividad absoluta, sistemáticamente mantenida durante tres siglos, y que se extendió poco a poco a toda la sociedad nueva.
>
> La evolución española, cuya última expresión fueron las nacionalidades hispanoamericanas, no tuvo por objetivo consciente (a pesar de que éste debe ser el de toda colonización bien atendida, y todo menos eso fue la do-

minación española en América) la creación de personalidades nacionales que acabaran por bastarse a sí mismas; al contrario, por medio del aislamiento interior (entre el español y el indio, abandonado a la servidumbre rural y a la religión, que fue pronto una superstición pura en su espíritu atrofiado); aislamiento concéntrico con el exterior, entre la Nueva España y el mundo español, trató de impedir que el agrupamiento que se organizaba y crecía, por indeclinable ley, en la América conquistada, llegara a ser dueño de sí mismo.

Pero la energía de la raza española era tal, que el fenómeno se verificó, y al cabo de tres siglos, gracias a la comunicación se había verificado, como un fenómeno osmótico, entre los grupos en el interior y las ideas en el exterior, se encontró España con que había engendrado Españas americanas, que podían vivir por sí solas, lo que ella se esforzó en impedir por medio de una lucha insensata...

Por lo que toca a los hechos y aspectos puramente literarios de este lapso de veinte años que he venido analizando, creo que todos ellos pueden reducirse a dos fórmulas:

1a. La literatura mexicana, desde 1800 hasta 1810, conservó su fisonomía neta y absolutamente española; puede afirmarse que no fue otra cosa que una rama o prolongación de la literatura hispana del siglo XVIII, con todos los caracteres de este período de decadencia: el culteranismo, el prosaísmo, unidos al atildamiento y artificio seudoclásicos.

2a. Las agitaciones sociales y políticas que desde 1810 hasta 1821 sufrió la Colonia alteraron las formas literarias, creando la literatura política, y dando entonación heroica a la poesía lírica, siempre con la indispensable y natural dependencia y sujeción de los modelos españo-

les. En las ideas y en las expresiones que se transformaron, se nota ya la influencia de la literatura francesa; pero esa influencia no es directa, sino que nos llega por medio de nuestro contacto con el alma española, la cual sufre en aquella época la sugestión y la fascinación del pensamiento francés. Nótase también una marcada tendencia, por parte de algunos escritores, a dar carácter, personalidad y peculiaridad a la literatura novohispana; a copiar y a reproducir fielmente nuestro medio físico, moral y social, y a hacer entrar en la prosa, y aun en el verso, giros y modismos populares. Esta tendencia, iniciada ya de tiempo atrás, adquiere fuerza y desarrollo durante la guerra insurgente, y tiene por origen la necesidad de hablar al pueblo, en su lengua y con su espíritu, de cosas que necesariamente debía comprender y saber, para animarlo a entrar, como primer factor, en la lucha por su libertad. De allí, la aparición del escritor que personifica este impulso: "El Pensador Mexicano".

Cuando México se sintió libre, cuando tuvo la conciencia de su soberanía, pasado el primer instante de goce arrebatado y sublime, empezó desde luego a tratar de constituirse en un sólido organismo en marcha progresiva. Y en esa tarea tuvo que recurrir inmediatamente a dos nuevas formas literarias, de que hablaré al comenzar el estudio de la época siguiente; a saber: el periodismo de doctrina; la oratoria parlamentaria.

México, julio de 1910.

FIN